

ODIARE

Mar Montes



ODIARE

Mar Montes

© 2018, Mar Montes

marmontesbxl@gmail.com

Diseño y maquetación: MarianaEguaras.com

Diseño de cubiertas: Nerea Pérez Expósito

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

odiare [o-dià-re]

v. tr. Provare odio o avversione per qualcuno.

*Para Michel-Vincent
Gracias*

SUMARIO

[Ágata](#)

[Basalto](#)

[Pizarra](#)

[Granito](#)

[Antracita](#)

[Negro](#)

[Celeste](#)

[Una semana antes](#)

ÁGATA

Beatriz se sentó delante del ordenador, abrió su buzón de correo y se preparó mentalmente para la tarea. De camino al trabajo se había propuesto limpiar su bandeja de entrada. Acababa de quitarse de encima el borrador del informe Umonisa. Se lo había enviado el día anterior a Mariano, su jefe, para que le hiciera sus comentarios y le dijera lo que había que cambiar. No tenía ninguna reunión prevista. Era el día perfecto para ver los muchos *e-mails* que tenía todavía sin leer y enterarse de lo que los demás compañeros habían hecho durante la semana en la que ella se había atrincherado detrás de su mesa de despacho para redactar aquel informe. No había podido contar con la ayuda de nadie. Mariano había insistido sobre la importancia estratégica de la tarea. Le había dicho que cuanto menos gente estuviera al tanto, mejor. Si la idea cuajaba con los de la Junta Directiva, podría haber una importante reestructuración de, al menos, dos direcciones de la empresa. Beatriz era consciente de que aquello era, más que nada, una idea para cortarles las alas a más de uno en su avance en la empresa. Estaba segura de que era cosa de Celia, su directora. Una vez más, Mariano había tomado nota de las instrucciones de Celia y delegado el trabajo sin cuestionar la utilidad ni los plazos. Evidentemente, había pensado en ella para realizarlo. El análisis que había elaborado Beatriz, unos meses antes, sobre el mercado francés había sido bien recibido por Celia. Además, con aquel trabajo ya hecho, a Beatriz no debía de costarle mucho hacer el nuevo informe, había comentado Mariano. Beatriz no había visto la relación. Lo primero que había pensado era que los datos obtenidos entonces no le iban a evitar tener que dedicar, por lo menos, dos o tres días a recabar información sobre Umonisa para conocer todos los aspectos relevantes para hacer ese nuevo informe. Tendría que empezar de cero, se había dicho Beatriz y, encima, una semana era poco tiempo para tal cometido. Como tantas otras veces, Beatriz no había hecho el más mínimo amago de quejarse, se había remangado y se había puesto inmediatamente a trabajar en el tema. Ahora, Beatriz estaba contenta de haberse librado de ese informe. Aunque fuera por un momento, pues Mariano o Celia le irían con comentarios y cambios que ella tendría que integrar, de nuevo, con la misma

urgencia con la que había tenido que preparar ese primer borrador.

Apenas había tenido tiempo de barrer con la mirada la lista de *e-mails* sin abrir para decidir por cuál empezaba, cuando una invitación de Mariano para una reunión apareció encima del último correo. La invitación no aclaraba mucho de qué se trataba, pero como lugar indicaba «arriba». A Beatriz no le apetecía ir «arriba». Había salido corriendo de casa y con las prisas se le había olvidado la chaqueta. Se había dado cuenta nada más pisar la calle, pero ya iban bastante mal de tiempo y, esperando que conforme avanzara el día la temperatura subiera, no había vuelto a casa a cogerla. Tanto insistirles a sus hijos, pensó, en que se subieran bien la cremallera antes de salir y ella iba a cuerpo. Peor había sido la vez en que, empujando a toda velocidad el cochecito de Luis, de camino a la guardería, se había dado cuenta de que todavía llevaba puestas las zapatillas de casa. Aquella vez sí había tenido que volver a cambiarse. Beatriz recordó la situación como quien se cuenta una anécdota antigua. Ahora que no tenía que dejar a uno en la guardería y al otro en el colegio, iba menos estresada. ¡Qué gusto poder dejarlos a los dos en el mismo sitio por las mañanas! Además, se vestían solos. Eso también había sido un gran alivio. Ella simplemente les dejaba la ropa preparada y no solía haber problemas, aunque Luis a veces se empeñaba en llevar otra camiseta distinta. «Esa no, la *chula*, mamá», le daba como explicación. Beatriz intentaba mantenerse firme. «Otro día, que ya vamos mal de tiempo», decía. Pero Luis, cruzando los brazos delante del pecho y haciendo una mueca exagerada de enfado, se quedaba inmóvil en medio del cuarto de baño. Miguel no era tan cabezota, pero con Luis, Beatriz sabía que si no cedía no saldrían de casa a tiempo. El problema era, a menudo, saber de qué camiseta se trataba, quizás la de los minions. «No, esa no, la *chula*», insistía Luis. Beatriz entonces pensaba si no estaría malcriando a sus hijos. En un artículo sobre qué hacer ante las rabietas, había leído que lo peor era hacer siempre lo que ellos quisieran. Y si no, ya estaba su madre para recordarle que en su época no se les consentía tanto a los niños. «Se ponían lo que decían las madres y punto», le solía decir doña Milagros. Claro que tampoco sería tan difícil entonces, pensaba Beatriz. En más de una ocasión, había oído decir a su padre que él no tenía mucho más que una camisa para diario y otra para el domingo. Miguel y Luis tenían el cajón a rebosar de camisetas entre las que elegir, y Beatriz se mordía la lengua para no echarle a su madre en cara que, muchas de ellas, se las había comprado precisamente ella.

Beatriz no encontraba mucho tiempo para ir de compras y, a menudo,

recurría a internet. O si no, a su madre, que no solo encontraba tiempo para ello, sino que también le gustaba. «Voy a las rebajas, ¿necesitas algo para los dos?», solía preguntarle doña Milagros. La mayoría de las veces, Beatriz respondía a su madre que no, que no necesitaba nada, o quizás sí pero mejor no reconocerlo porque entonces tenía que ponerse a pensar o a abrir cajones para ver qué les hacía falta. Beatriz no tenía tiempo para eso. «Como no sean unos calzoncillos para Miguel...», dejaba caer Beatriz para contentar a su madre. Pero su madre volvía, como mínimo, con dos bolsas de ropa llenas. «Si pantalones ya tenían», le decía Beatriz a su madre al vaciar las bolsas encima del sofá. «Es que estaban al -70 %», daba doña Milagros como argumento irrefutable.

A Miguel la ropa le daba igual. Alguna vez Beatriz le había comprado alguna prenda con dibujos de Spiderman, que le gustaba mucho de pequeño, y él apenas había parecido darse cuenta. Con Luis, sin embargo, en su época de superhéroes, sí que tenía que llevar puesto todos los días algo de Batman. Había tenido incluso un pijama con el distintivo en el pecho y una capa negra pegada con velcro a la espalda. Al sacarlo de la bolsa, Juan le había preguntado con sorna si la capa era para que saliera volando de la cama por las mañanas. «Pues lo mismo funciona», recordaba Beatriz haber pensado en aquel momento. De hecho, Beatriz lo había querido comprobar a la mañana siguiente. Ella era la que siempre iba a despertarlos. Sabía que, si dejaba a Juan levantarlos, él encendería directamente la luz del cuarto y acompañaría de palmadas un seco «Venga, arriba». A Beatriz, sin embargo, eso le parecía no ya brusco, sino traumatizante. A ella siempre le había costado salir de la cama y era consciente de que si, ahora de adulta, no podía soportar oír la radio era porque su padre insistía en levantarlos con ella todas las mañanas. Así que Beatriz lo hacía con más cuidado, poco a poco. Primero con un suave «Buenos días» mientras abría las cortinas. Luego haciendo ruido por la casa, antes de volver al cuarto repitiendo: «Buenos díaaas, es la hora de levantarseee», con voz cantarina. Miguel era siempre el primero en salir de la cama. Luis, a menudo, se daba media vuelta en la cama dándole la espalda a Beatriz. «Venga, Batman, sal volando de tu cama», le había dicho Beatriz sin mucho éxito. Si Luis hubiera salido madrugador como Miguel, Beatriz no habría tenido que lidiar con el estrés de llegar siempre tarde por las mañanas. En el colegio ya le habían llamado la atención un par de veces por llegar varios minutos después del timbre. Lo peor es que solía ser en los días en los que Luis tardaba más en salir de la cama, cuando se ponía a discutir

malhumorado sobre la ropa. Así que Beatriz terminaba sacando todas las camisetas del cajón. Se las ponía delante para que Luis identificara rápidamente cuál era la *chula*, mientras le daba mentalmente una patada a la vocecilla que le decía que era una mala madre por tenerlos tan consentidos.

Beatriz hizo un clic con el ratón para comprobar a quién más estaba dirigida la invitación para la reunión «arriba», aunque se lo imaginaba. Los únicos participantes eran Mariano, Celia y ella. La hora, a las nueve y media. Beatriz miró el reloj en la esquina de la pantalla. «Dentro de tan solo cuatro minutos», se dijo. Beatriz guardó su bolso en el primer cajón de su mesa de despacho y se levantó para ir a los ascensores. Dudó en coger el informe, a lo mejor era de eso de lo que quería hablar, pero «arriba» no podría hacer anotaciones fácilmente. Tendría que anotar mentalmente todos los cambios que le dirían que tenía que hacer. Dudó unos instantes más y terminó volviendo a su mesa para coger un bolígrafo y un cuaderno. Salió al pasillo y se dirigió hacia el despacho de su jefe para subir juntos, pero la puerta estaba cerrada. El pasillo estaba desierto. No había nadie a quién preguntar si Mariano estaba o no en su despacho. Llamó a la puerta tímidamente. Nadie respondió. ¿Habría subido ya Mariano? Aunque quizás no había oído llamar, Beatriz apenas había rozado la madera con los nudillos, pero no se atrevió a golpear la puerta más fuerte. Dudó si esperar un poco. Mariano era de lo más puntual y si estaba en su despacho no tardaría en salir. Pensó en acercar la oreja a la puerta para ver si oía movimiento dentro, pero no se atrevió por si aparecía alguien por el pasillo. Ya debía de ser la hora y, si Mariano había subido ya, Beatriz llevaba todas las papeletas para ser la última en llegar. No dirían nada, pero lo más seguro es que Mariano la recibiera mirándose el reloj como hacía a menudo. Beatriz no sabía si Mariano lo hacía conscientemente o sin darse cuenta, pero a ella eso le incomodaba.

Fue hacia los ascensores y pulsó el botón de llamada. Pasaron unos instantes sin que ninguno de los dos llegara. Las nueve y media era mal momento para coger el ascensor por la cantidad de gente que llegaba a trabajar a esa hora. Encima el edificio se estrechaba a partir del piso diez e intentar coger el ascensor desde una planta con poca gente, como la suya, era difícil en las horas de mayor movimiento. Los ascensores no se paraban allí muy a menudo para dejar salir a algún compañero. Beatriz miró hacia la puerta que daba a las escaleras sopesando qué sería más rápido, si subir seis pisos

andando o esperar a que llegara el ascensor. No le apetecía llegar a la reunión con la cara roja y jadeando. Por suerte, el timbre anunciando que la puerta del ascensor se iba a abrir sonó y Beatriz saltó dentro mientras le daba repetidamente al botón del último piso. El ascensor estaba desocupado y el peso de ese vacío se le desplomó en los hombros. Llegaba tarde y, sin que ella se diera cuenta, su pie se puso a dar leves golpecillos en el suelo. Al llegar al último piso, Beatriz salió del ascensor y se dirigió a la puerta para subir de dos en dos el último tramo de escaleras que llevaba a la azotea. Estaba vacía. «Bueno, por lo menos no llego tarde», se dijo mirando a su alrededor. No debía de ir mucha gente por allí. Quizás alguien de mantenimiento de tarde en tarde. Una vez había visto una chaqueta amarilla con rayas fluorescentes tirada sobre una de las chimeneas de ventilación.

La discreción era la razón oficial de convocar reuniones allí. Beatriz sospechaba que el no poder fumar en las salas de reunión ni en los despachos también tenía algo que ver. Celia fumaba como un carretero. Siguió fumando durante años en su despacho después de que estuviera prohibido. Desde luego, pensaba Beatriz, no era de las que se habrían ido abajo, a la entrada del edificio, a mezclarse con la plebe de fumadores que se arremolinaban alrededor de dos ceniceros colocados en la pared. Celia mantenía la puerta cerrada y la ventana abierta permanentemente. Pocos apreciaban tener que ir a su despacho. En invierno helaba y el olor a tabaco se incrustaba rápidamente en la ropa. «¿Has tenido reunión con Celia hoy?», le preguntaba Juan arrugando la nariz cuando Beatriz lo saludaba de vuelta en casa. Beatriz aprovechaba para desahogarse y le explicaba lo fastidiosa que había sido la reunión. Con la cantidad de trabajo que ella tenía y que evidentemente no se hacía solo, y ella mientras estaba perdiendo el tiempo de reunión en reunión. A menudo, Juan se ponía detrás de ella y empezaba a masajearle los hombros, luego, acercaba sus labios para susurrarle al oído: «Si quieres, después, te doy un masaje». Beatriz siempre quería, cómo no iba a querer, y se lo hacía ver con algún comentario pícaro o volviéndose para morderle con suavidad el lóbulo de la oreja mientras le contestaba un «Sí, quiero». Pero Beatriz sabía que después de preparar la cena, bañar a sus hijos, poner una lavadora y recoger la cocina, aquel masaje, seguramente, no tendría lugar.

A Beatriz que la ropa le cogiera olor a tabaco no le importaba tanto. En cuanto podía, al volver a casa, se cambiaba. Pero el pelo también lo cogía. Beatriz no soportaba acostarse en la cama y tener el olor del despacho de Celia en la almohada. Hacía poco más de un año que habían puesto detectores

de incendio en todos los despachos. Eran particularmente sensibles y simplemente con encender una cerilla cerca se ponían a aullar. Algunos se preguntaron en ese momento si había sido una astucia para evitar que la gente fumara en sus despachos. «Es una norma europea», había sido la única explicación dada. Fuera o no verdad, el ahorro en lavadoras y tintorería se notaba. Pero Celia había encontrado pronto una solución: la azotea. «Las paredes tienen oídos», le había escuchado Beatriz a Celia como excusa. Y es que no siempre el tema de las reuniones en la azotea versaba sobre el contenido del trabajo que tenían que hacer, sino sobre las estrategias y los posicionamientos de cada uno en la empresa. Celia veía enemigos por todas partes y las reuniones en la azotea se habían vuelto cada vez más frecuentes. A Beatriz, desde luego, no la invitaban siempre, pero Celia apreciaba, le había dicho en algún lejano momento, su discreción y su lealtad. Quizás apreciaba también la información que le podía sacar a Beatriz. Celia se había dado cuenta de que Beatriz era de las que se llevaban bien con todo el mundo. Beatriz conectaba bien con la gente que trabajaba con ella, incluso con la de otros departamentos. No era extraño que le confiaran comentarios sobre el trabajo y algún que otro chisme. Celia sospechaba que Beatriz no era consciente de la utilidad de toda esa información, aunque alguna vez que Celia había hurgado con preguntas, Beatriz había reaccionado incómoda, como si la estuvieran forzando a desvelar intimidades.

Beatriz se acercó a la barandilla que rodeaba la azotea. Tenía un aspecto lamentable. Solo conservaba restos de la pintura azul que en algún momento la había recubierto. Pero de eso debía de hacer mucho, porque ahora tenía ese aspecto triste y deslucido que solo el paso del tiempo consigue darle a las cosas. El ruido de la calle desvió su atención. Le daba vértigo mirar hacia abajo, pero la curiosidad fue más fuerte. El tráfico era intenso en la calle y la gente seguía entrando en el edificio. Se inclinó hacia delante apoyándose en la barandilla para así controlar su miedo. La barandilla cedió y Beatriz dio un paso brusco hacia atrás. Había cedido levemente, pero lo suficiente para que a Beatriz se le pusiera la carne de gallina. Se fijó en la estructura buscando dónde estaría el problema. ¿Cómo era posible que aquello estuviera así de suelto? Era un peligro, aunque bien era cierto que no estaría previsto que mucha gente subiera a la azotea a apoyarse en la barandilla. Bastante había, se habrían dicho, con añadir una barandilla encima del reborde de palmo y medio. «Pues no la han instalado con mucho cuidado», se dijo Beatriz. Buscó con la mirada las fijaciones al suelo. No le parecieron muy sólidas. Encima,

en los laterales, las tuercas que se suponía que debían mantener firmemente unido cada tramo de barandilla estaban medio sueltas y dejaban ver unos centímetros el saliente atornillado que deberían haber cubierto por completo. Beatriz las observó. ¿Se habrían ido soltando con el paso del tiempo o es que no se habían ajustado con mucho esmero? Beatriz examinó con la mirada el resto de los tramos de barandilla y, en otras partes de la azotea, las tuercas se veían más pegadas al marco correspondiente. ¿Se les habría pasado ajustar las de aquel tramo? A veces pasaba. Se ponían varios a hacer una cosa, cada uno empezaba por una punta y luego se quedaban cosas por terminar porque uno pensaba que eso ya lo habría hecho el otro. Aunque aquello debería haberlo supervisado alguien. ¿O no? Eran unas tuercas gordas y Beatriz pensó que quizás, simplemente con la mano, podría apretarlas un poco. Si se lo decía a los de mantenimiento, vete a saber cuánto tiempo tardarían en ir a arreglarlo. Metió la mano en el bolsillo del pantalón buscando un pañuelo de papel con el que no manchase los dedos. No tuvo, sin embargo, tiempo de intentarlo. En ese momento, Celia y Mariano entraban por la puerta. Mariano riendo. Seguramente Celia acababa de decir algo gracioso. O quizás no había sido muy gracioso, pero Mariano sabía cuándo había que reírse y cuándo no. Estaba claro que había una buena sintonía entre ellos. A Beatriz, a veces le costaba saber si Celia hablaba en serio o simplemente se trataba de un comentario irónico. Siempre esperaba a ver la reacción de Mariano antes de decidirse por reírse o mostrarse seria.

Celia se acercaba a la barandilla. En los pocos pasos que la separaban de la puerta por la que había salido a la azotea, le había dado tiempo de sacar un cigarrillo, llevárselo a la boca y encenderlo. Beatriz quiso decirle que tuviera cuidado, que no se apoyara en la barandilla, pero la mirada de Celia la paralizó. Beatriz tuvo la impresión de que no iba a ser una reunión agradable y el frío que había notado al salir a la azotea se intensificó. Celia echó lentamente una bocanada de humo ladeando la cabeza y levantando el mentón con altanería. Beatriz sintió el desprecio de aquella mirada chorrearle por el cuerpo. Mariano se acercó y puso actitud seria. Estaban a pocos centímetros de la barandilla, pero a Beatriz se le había olvidado de golpe el peligro. La reunión no duró mucho, aunque a Beatriz se le hizo eterna. Celia había leído el informe de Umonisa la noche anterior. Beatriz se preguntó si Celia tendría una vida fuera del trabajo. Ella se lo había enviado a Mariano más bien tarde, y él no se lo habría enviado a Celia sin leerlo antes y añadir sus comentarios. Celia no estaba nada contenta con el informe. No era eso lo que ella había

pedido. Nada del informe parecía haberle gustado, ni el análisis, ni la estructura, ni la presentación. Beatriz miró hacia Mariano buscando apoyo. Al fin y al cabo, había sido él quien le había explicado lo que tenía que hacer. Beatriz incluso le había propuesto para su consideración, unos días antes, un esquema de la estructura del informe y había discutido extensamente con él sobre el análisis y los principales argumentos. Pero Mariano simplemente asentía con la cabeza con cara de «a ver cómo salimos de esta». Celia seguía explicando que no era eso lo que esperaba, pero sin aclarar cuál era exactamente el problema de aquel informe. La cara de Beatriz debía de reflejar bastante desconcierto, y Celia, molesta, dirigió su mirada a Mariano esperando que este demostrara entender algo tan evidente. Mariano, sin perder la compostura, propuso la primera idea que se le pasó por la cabeza. No tenía mucha lógica, pero a Celia pareció gustarle. Animado, Mariano continuó proponiendo cambios y desarrollando nuevas ideas. Beatriz, con los ojos como platos, se guardó las ganas de preguntar cómo se podrían relacionar todos esos cambios y las nuevas conclusiones con los datos que tenían. Le quemaba la pregunta, pero se daba cuenta de que no era el momento. Allí, delante de Celia, a Mariano le molestaría que se cuestionasen sus ideas. Ya le pediría aclaraciones más tarde, cuando pudiera hablar con él solo. Celia parecía satisfecha con las propuestas de Mariano, había terminado su cigarrillo y todo su cuerpo indicaba que daba prácticamente por concluida la reunión. Solo quedaba un detalle que Beatriz esperaba que Mariano preguntase. Sin embargo, no hizo falta. Celia lo dejó claro mientras aplastaba con el zapato, contra el chinarro de la azotea, lo poco que quedaba de su cigarrillo. Dada la urgencia, la revisión del informe tenía que estar lista dos días más tarde. Beatriz no entendía por qué corría prisa, pero, por la manera en que Celia lo había dicho, estaba claro que parte de la urgencia se debía a que Beatriz le había hecho perder el tiempo con su porquería de trabajo. ¿Dos días? A Beatriz empezó a acelerársele el corazón. No era suficiente, sobre todo teniendo en cuenta que tendría que rehacer completamente el informe y que no tenía ni idea de cómo tenía que hacerlo esta vez. Beatriz miró a Mariano buscando de nuevo ayuda, pero este no dijo nada. Tampoco Celia esperaba respuesta. De vuelta a su piso, cuando estuvieron solos, Beatriz le preguntó a Mariano:

- ¿Podemos ver un momento en tu despacho lo que hay que hacer?
- Por la tarde, que esta mañana tengo una reunión detrás de otra.
- Solo un momento —suplicó Beatriz desesperada.

—Ve haciendo los cambios que ha dicho Celia y esta tarde ya vemos lo que queda para mañana —le dijo Mariano mientras, dándole la espalda, se metía en su despacho.

Beatriz se quedó clavada en el pasillo con la mirada perdida. Sabía que tenía que ir corriendo a su mesa y ponerse como loca a rehacer el dichoso informe, pero estaba completamente paralizada ante lo descomunal de la tarea.

—¿Te vienes a tomar un café? —dijo Noelia parándose al lado de Beatriz.

—Ahora no puedo, tengo que hacer algo urgente.

—Si quieres vamos simplemente a las máquinas a por uno rápido en vez de bajar a la cafetería.

—Otro día. En serio.

—Lo de «urgente» me lo conozco yo. Te matas para hacer algo que corre prisa y luego le preguntas una semana después a Mariano qué es lo que pasa con el tema y te dice que todavía no ha tenido tiempo de verlo.

—Ya —respondió Beatriz mecánicamente.

—Ánimo —le dijo Noelia con cierta pena mientras se dirigía hacia los ascensores.

Pero Beatriz no la oyó. Como un autómata se fue hacia su mesa, se sentó delante del ordenador y abrió el fichero con el informe. Le había pedido a Juan ayuda con la presentación de algunas de las cifras. Mariano había sugerido ponerlas en una tabla. Pero Beatriz estaba convencida de que en un gráfico ilustrarían mejor las explicaciones del texto. Juan le había echado una mano con un par de ellos. A él se le daba bien el programa de hoja de cálculos. Se habían pasado toda una noche, después de meter a Miguel y Luis en la cama, probando varios tipos de gráficos hasta dar con el que mejor se ajustaba a lo que Beatriz quería. Estaba muy orgullosa del resultado. Los gráficos se veían bastante profesionales comparados con los que ella y sus compañeros solían incluir en los documentos de trabajo. Pensaba que impresionaría con ellos a Mariano y a Celia. Con Celia, sin embargo, no lo había conseguido. Le había pedido que quitara uno de ellos. «Da la impresión contraria al mensaje que queremos transmitir», había dicho de una manera tan cortante que a Beatriz le había parecido oír el ruido de una hoja de guillotina abatiéndose sobre su nuca. ¿Pero qué puñetas era el mensaje que quería dar con aquel informe? Beatriz seleccionó el gráfico y lo borró. Bueno, por lo menos eso estaba claro que tenía que hacerlo, pero ¿y ahora qué?, se preguntó.

Beatriz buscó el botón de volumen de su ordenador. Los *e-mails* llegaban sin descanso y cada vez que recibía uno se oía una especie de *bling*. Así no se

podía concentrar. En vez de bajar el sonido, como otras veces, lo apagó. Consciente de su cabreo, respiró hondo. No merecía la pena ponerse de mala leche por un simple gráfico. ¿Qué era lo que le dolía realmente? ¿Haberle dedicado su tiempo, y el de Juan, a algo que terminaba tan rápidamente en la basura o que la tratasen de tonta por no entender lo que tenía que hacer?

—Mariano quiere que vayas a la reunión con los de estrategia. Es ahora mismo en la 4C —le anunció en ese momento la secretaria de Mariano.

—Pero si tengo que terminarle una cosa urgente...

—Pues se lo explicas a él —le contestó Sara sin contemplaciones.

Para cuando Beatriz llegó a la sala de reunión ya estaban todos sentados y habían empezado a hablar. Mariano le indicó el asiento al lado de él.

—Toma nota de todo que luego tenemos que enviarle un resumen a Celia —le dijo discretamente.

Beatriz se había librado de las dos reuniones anteriores, pero pronto constató que volvían a discutir del tema de siempre. Los del Departamento de Estrategia Corporativa querían reorganizar los «flujos de decisión» y se habían traído esta vez a unos consultores externos que, con una presentación llena de colorines, les habían explicado las ventajas de eliminar las rígidas estructuras organizativas de la empresa. Mariano escuchaba paciente, aunque se removía en su asiento cada vez que los consultores soltaban un anglicismo. Beatriz miraba de reojo el reloj. ¿Cuánto estaba previsto que durara la reunión? ¿Una hora? Los consultores parecían tener cuerda para rato. «Optimizar los *flows* de decisión» se podía leer en la presentación proyectada en la pared. Un esquema presentaba una empresa tipo. «Se podrían haber molestado en adaptar la presentación a nuestra empresa», pensó Beatriz. De todos modos, estaba claro que, por mucho consultor que los de estrategia se trajeran, a Mariano no lo iban a convencer. Tenía órdenes precisas de Celia para torpedear cualquier avance en el sentido que querían los de estrategia y estos sabían que sin el apoyo del departamento de Mariano no iban a ir muy lejos.

Cuando le tocó su turno de palabra, Mariano utilizó su tono más conciliador, como si en la última reunión no hubieran terminado a gritos. Beatriz, sorprendida, le escuchó decir que la idea le parecía buena y que merecía la pena probarla. A Julio, el jefe del Departamento de Estrategia, aquello le pilló con el pie cambiado y, convencido de que podrían enterrar el hacha de la guerra, bajó la guardia.

—Sí, efectivamente. Además, como se ha visto en la presentación, se

pueden mejorar significativamente los ratios sin apenas aumentar los costes. Mariano, como tienes experiencia con proyectos de envergadura, me gustaría que liderásemos juntos este —le tendió la mano Julio.

—Ahora, el siguiente paso es convencer a Celia y Pablo —respondió Mariano como si estuvieran del mismo lado.

—¿Cómo sugieres que lo hagamos? —le preguntó Julio animado por los derroteros que sorprendentemente estaba tomando la reunión y, sobre todo, dispuesto a demostrar que la oferta de que Mariano también dirigiera el proyecto iba en serio.

—Lo primero es lanzar un proyecto piloto, de entre seis meses y un año, en un departamento, para ver cómo se podría extender al resto de la empresa. El de logística me parece el mejor candidato. Con los demás siempre hay imprevistos, sobre todo en esta época del año, y si encima introducimos al mismo tiempo nuevos métodos de trabajo, los beneficios se van a ir al garete.

—¿Nuevos? Pero si están ya más que probados en otras empresas —respondió Julio mostrando su desánimo mientras miraba a los consultores, que acababan de hablar largo y tendido de los muchos ejemplos que existían de otras empresas que habían adoptado aquellos métodos de trabajo.

—A Celia y Pablo no se les puede presentar un cambio tan radical, así como así —empezó a explicar Mariano—. Tienen que ver que puede funcionar en esta casa. Además, como bien se ha dicho —dijo mirando a los consultores—, el éxito del proyecto depende de la motivación de los empleados de abrazar el *change*. Hay mucha gente en esta casa a la que no le gusta que le cambien las cosas de un día para otro.

Mariano había acompañado sus últimas palabras con una apenas disimulada mirada a su reloj. Julio se había quedado con cara de «no me lo puedo creer» y le faltaron las palabras. Ya lo habían dicho todo, una y otra vez, basándose en estudios y proyecciones de su departamento o, como ese día, en la experiencia de consultores externos. Habían hablado de las muchas ventajas y los pocos riesgos. Habían utilizado multitud de ejemplos, más o menos conocidos, de empresas de su entorno que habían introducido los cambios propuestos. Mariano empezó a recoger los papeles que tenía delante de él. Beatriz vio que los demás también empezaban a guardarse el bolígrafo o a moverse en la silla preparándose para levantarse. Los consultores eran los únicos que no hacían el más mínimo movimiento. Miraban a Julio como esperando instrucciones para contraatacar con los muchos argumentos que todavía les quedaban en la recámara. Pero el optimismo de Julio, después de

tantas reuniones inútiles como esa, se había hecho añicos y, pálido, tardaba en reaccionar.

—Te dejo a ti lo de hablarle a Pepe para que le expliques lo del proyecto piloto con su departamento —dijo Mariano levantándose de la silla.

Beatriz le siguió hacia la puerta. Se imaginó la cara de «¿qué coño me estás contando?» que pondría Pepe, el jefe de logística, cuando Julio fuera a hablar con él. Si es que Julio lo hacía. Logística era un título bastante pomposo para lo que en realidad hacían. O más que pomposo, puro eufemismo. En la empresa había todavía gente que los llamaba «los de mantenimiento». Estaba claro que ensayar a modo de prueba con logística los cambios organizativos que Julio pretendía introducir iba a servir de poco. Si había un departamento cuyo funcionamiento era incompatible con los *flows* de decisión que les habían presentado los consultores, ese era logística.

Mariano apenas le dirigió la palabra de vuelta a su piso. En el ascensor, Beatriz intentó sacar el tema del dichoso informe, pero Mariano se lo quitó de encima con un «Mira a ver con Sara si tengo un hueco después de la reunión con los de contabilidad».

Beatriz volvió a su mesa con el ánimo por los suelos. La reunión con los de contabilidad era de cinco a seis, pero siempre solía durar más de una hora. Tendría que ver con Juan si podía recoger él a Miguel de la natación. Su madre para entonces ya estaría de vuelta en casa con Luis. Menos mal que podía contar también con ella, porque Mariano no era de los que tenían prisa por llegar a casa.

Beatriz siguió por el pasillo hacia su sitio y oyó la puerta de Mariano cerrarse. ¿Para qué la tendría siempre cerrada? Noelia solía decir con un guiño que seguramente Mariano la cerraba para ponerse a jugar al solitario o para echarse una siesta. Beatriz tenía sus dudas. Le constaba que Mariano trabajaba o, al menos, se lo leía todo, porque luego, hablando con él, Beatriz se daba cuenta de que estaba al tanto de todo, fuera el tema que fuera. Sería para concentrarse mejor que la cerraba, suponía. Lo malo de tenerla siempre cerrada era que si Beatriz quería hablar con él era difícil ver si era buen momento. Nunca se sabía si estaba dentro o no, si estaba al teléfono o reunido con alguien. Encima, a su secretaria había que sacarle la información con sacacorchos.

Aquella tarde, Beatriz se acercó de nuevo a la puerta cerrada. Eran ya las seis y media y la reunión con los de contabilidad tendría que haber terminado.

—¿Está Mariano dentro? —le preguntó a Sara.

—Sí.

—¿Sabes si está al teléfono o con alguien?

—Noelia ha entrado hace un rato, pero no sé si habrá salido ya.

—Si hubiera salido, la habrías visto ¿no? —preguntó Beatriz al tiempo que se decía que menuda idiotez había soltado.

—Porque no tengo derecho a levantarme al baño, ¿eh? Ni para comer, ni para ir al baño, aquí todo el día con el culo, cada vez más gordo, pegado a la silla. No sé ni para qué me apunto al gimnasio, si no puedo ir nunca... —empezaba a contarle Sara a la pantalla de su ordenador como si estuviera sola.

Beatriz se dio media vuelta y fue de nuevo a sentarse delante de su ordenador. Intentaba preguntarle lo mínimo a Sara. No era por sentirse ignorada, eso le pasaba constantemente, no solo con Sara. En los pasillos a veces se sentía invisible. Sobre todo cuando se cruzaba con Pablo, que nunca se molestaba en devolverle el saludo. O en las reuniones. En las reuniones, a menudo, Beatriz tenía la impresión de que la gente no era consciente de su presencia. A veces decía o proponía algo que era inmediatamente rechazado, y luego, unos minutos más tarde, alguien presentaba de nuevo la idea y todo el mundo parecía estar de acuerdo. Alba le había dicho que tenía que ser más asertiva. Beatriz había buscado en internet qué era eso. «Persona que expresa su opinión de manera firme», le había contestado la página web de la RAE. Beatriz no pensaba que fuera eso. Solía saber de lo que hablaba, si no se callaba. Quizás era su voz, que no era lo suficientemente potente, o quizás el que fuera más bien menuda, a pesar de los tacones altos que se ponía. Se había terminado acostumbrando y la verdad es que no le había ido tan mal. A alguno que se había pasado de listillo, los compañeros lo habían puesto rápidamente en su sitio. Ya le había advertido Noelia, al llegar a la empresa, que mejor no sacar muy descaradamente la cabeza si no quería que se la no cortasen. Lo que no le había explicado Noelia era cómo había que hacer para lidiar con Celia. Cuando Beatriz le comentaba sorprendida la última experiencia desagradable con Celia, Noelia simplemente se encogía de hombros. Beatriz se preguntaba si realmente pasaba o era una estrategia para protegerse. Alguien le había dicho que Noelia había estado a punto de conseguir el puesto que ahora ocupaba Mariano, pero que Celia había maniobrado para que se lo dieran a él en vez de a ella. Alba había comentado que a lo mejor estaban liados, pero Beatriz tenía sus dudas. Mariano no estaba precisamente para hacerle un favor y encima darle las gracias. También era cierto que, comparado con cuando Beatriz empezó en la empresa, Mariano había perdido mucho peso, pero no a

base de gimnasio y entrenamiento, sino de comer poco. Se decía que Mariano había seguido un régimen hiperproteico. Beatriz también había intentado uno así un año después de haber tenido a Luis. En un mes, había perdido un montón, pero a los pocos meses lo había recuperado prácticamente todo. Encima, no era llevadero, porque nunca podía comer lo que los demás y terminó hartándose rápidamente de los sobrecitos. Además, cada vez que Beatriz tenía cita con la doctora que la llevaba y le contaba que algo no iba bien, aquella lo solucionaba todo a golpe de receta. Vitaminas para el cansancio, glicerol para el estreñimiento y etilefrina porque tenía la tensión por los suelos y se mareaba simplemente con levantarse de la silla. Así que terminó dejándolo. A Mariano, sin embargo, el régimen parecía haberle ido mejor. Había perdido por lo menos veinte kilos y no parecía que los hubiera recuperado. Pero Beatriz seguía sin imaginárselo liado con Celia. Ni con Celia ni con nadie más, y no solo porque se pasaba todo el tiempo trabajando, sino porque kilos arriba, kilos abajo, Mariano no era nada atractivo. Y luego, la pérdida de peso se había producido tan de golpe que una voz maliciosa en su cabeza le decía que Mariano debía de tener la piel colgandera por todos sitios debajo de la ropa. Beatriz hizo una mueca de desagrado y se puso de nuevo con el informe. Empezó a deslizar las páginas por la pantalla. Sin mucho convencimiento invirtió el orden de los apartados 2.3 y 2.4, reformuló un par de frases aquí y allá y borró el título del apartado 3.5, poniendo la información en un recuadro que sombreó en gris claro. Le dio a «guardar como» y cambió el nombre del fichero añadiendo «v2» al final. ¿Cuántas versiones vendrían después de esta?, se preguntó.

Al rato, su estómago se puso a hacer ruidos incómodos. Beatriz miró la hora en la esquina de su pantalla: las siete menos cinco. Claro que tenía hambre. No había comido en todo el día. La reunión con Celia le había quitado el apetito y ni había pensado en comprarse, al mediodía, un bocata para cuando le entrara hambre. Ya no le daba tiempo a comprarse nada, cerraban la cafetería a las siete. Tampoco les quedaría gran cosa a esa hora. Beatriz abrió el cajón de su mesa buscando algo que llevarse a la boca. Tenía una bolsa de bayas de goji que parecían que eran una bomba para mantenerse joven y tener energía, pero sabían a rayos. No, el cuerpo le pedía algo dulce. Cogió el monedero y salió hacia las máquinas expendedoras del piso de abajo.

Un tiempo atrás, Beatriz se había unido a la petición iniciada por una compañera para que el contenido de las máquinas fuera más sano. No parecía que hubiera prosperado, las máquinas seguían dando refrescos una y dulces y

patatas fritas la otra. A Beatriz no le importó, lo que le apetecía precisamente era algo poco sano, algo con mucho azúcar. Beatriz recorrió con la vista todos los productos y se decantó por una barrita de chocolate con caramelo. «Dos minutos en la boca y dos años en las caderas», le advirtió una vocecita. Beatriz se quedó con la mano en alto a unos centímetros de la ranura. Miró de nuevo la barrita de chocolate a través del cristal, y su mano, como si fuera un acto reflejo, metió la moneda en la ranura. La voz se hizo oír de nuevo mientras Beatriz rasgaba el envoltorio violentamente y hendía con ganas los dientes en el chocolate. «Dos años en las caderas», le siseaba la voz. Saboreando ese primer bocado, intentó recordar a quién le había oído decir aquello. A alguna doña Perfecta del instituto lo más seguro. Sí, alguna de esas que siempre estaban dando consejos desde lo alto de su pedestal. Buenos modales, impecablemente vestidas, buenas alumnas. De esas que, si alguna vez le dedicaban unos minutos de compañía a alguien, lo hacían dejando bien claro que le estaban haciendo un favor. A Beatriz le hicieron pocos de esos favores. Ni siquiera tenía trato con el séquito de aquellas niñas reinas. Había varias en el instituto, al menos una por año. En su año eran dos, de cursos diferentes. Una se llamaba Matilde; la otra, ni se acordaba. Iban y venían por los pasillos, con sus damas de compañía, sabiendo que eran el centro de todas las miradas. De Beatriz y Alba, Matilde se reía abiertamente. La mayoría de las veces soltaba una estupidez con más bien poca gracia pero que la corte que la rodeaba convertía con sus risitas en una ocurrencia ingeniosa y divertida. Sí, ahora estaba casi segura, se lo había oído decir a Matilde. Beatriz vació el resto de calderilla de su monedero en la palma de la mano e introdujo en la máquina el importe necesario para una segunda barrita de chocolate.

Al volver a su mesa de despacho, ya solo le quedaba la mitad de esa segunda barrita. Pensó en Matilde y se preguntó qué sería ahora de su vida. Quiso imaginársela en bata fregando suelos, pero no lo consiguió. A una de sus damas de honor la había visto en la tele. Presentaba el tiempo en una cadena regional. A Matilde le habría ido bien, su padre estaba bien relacionado y eso siempre ayuda. Miró hacia el despacho de Mariano, que seguía con la puerta cerrada, cogió el informe y un bolígrafo y fue decidida a llamar a la puerta y a imponerse, aunque Mariano estuviera ocupado haciendo algo. Sara no estaba en su mesa, pero no debía de andar lejos. Se habría ido a chismorrear con la secretaria de Celia. Beatriz golpeó un par de veces la puerta y, sin esperar contestación, la abrió con determinación. Mariano, señalando al teléfono que tenía pegado en la oreja, le dedicó una mirada de «¿no te das cuenta de que no

es el momento?». Beatriz, incómoda, quiso salir del despacho lo más rápido posible, pero se dio contra el picaporte de la puerta y se le cayó el bolígrafo. Al querer recogerlo se le esparcieron las hojas del informe por el suelo. Beatriz miró a Mariano, que, con la mano tapando el micrófono del teléfono, suspiraba ruidosamente mirando hacia el techo. Beatriz, de cuclillas, consiguió recoger todas las hojas y salió del despacho a la vez que se incorporaba de nuevo. Al girarse se cruzó con la secretaria de Mariano. Sara la miraba extrañada. ¿Qué hacía Beatriz agachada en el despacho de Mariano? Además, ¿qué hacía allí dentro?; una lucecita roja en su teléfono de secretaria indicaba que la línea de Mariano estaba ocupada y, por lo tanto, que estaba hablando.

Beatriz pensó en decirle a Sara que la llamara en cuanto Mariano terminara su conversación, pero Sara la miraba de un modo raro y poco amigable. Además, no estaba segura de querer ver a Mariano tan pronto, con el bochorno todavía metido en el cuerpo. Se habría puesto incluso roja. No era necesario tener un espejo para saberlo, sentía el calor en la cara. Volvió a su mesa y siguió haciendo cambios en el documento sin tener idea de si esos eran o no los cambios que Mariano y Celia esperaban. Lo que quedaba de la segunda barrita de chocolate descansaba en su envoltorio, al lado del ratón. Beatriz lo cogió y leyó la información nutricional: 265 calorías por barra. Se había zampado casi 400 calorías en cinco minutos. Al estirar el envoltorio, el olor a chocolate consiguió penetrar en su nariz. Beatriz miró hacia la puerta de Mariano y se llevó a la boca el trozo de barrita que le quedaba: 530 calorías. Bueno, ya estaba hecho, y, además, ¿no le habían dicho siempre que la comida no se tiraba a la basura?

Al cabo de un rato, Mariano salió de su despacho y se dirigió a los ascensores.

—Si dentro de cuarenta y cinco minutos no estoy de vuelta llámame al móvil y así puedo decir que tengo una urgencia que atender —le gritaba Mariano a Sara.

Mariano tenía de nuevo otra reunión, probablemente imprevista, pero lo suficientemente importante como para no poder quitársela de encima. Le habría convocado alguien «de los que contaban» en la empresa. No debía de ser Celia. A ella no le daba burdas excusas para acortar una reunión por muy tarde que fuera. En todo caso, mejor para Beatriz que fuera así, porque entonces la reunión no se eternizaría y en menos de una hora Mariano estaría de vuelta. Beatriz miró la hora intentando calcular si todavía podría hablar con

él después de esa nueva reunión. El reloj marcaba ya las siete y media. No le apetecía esperar. Además, después de haber pasado todo el día como el ratón y el gato con Mariano, nada le aseguraba que conseguiría hablar con él del informe cuando volviera. De pronto, Beatriz se dio cuenta de que, de todos modos, no podía esperarlo. Tenía que salir corriendo. Ese día le tocaba a ella preparar la cena y no tenía restos de los que tirar como en otras ocasiones. Buscó la chaqueta en el perchero hasta que recordó que no la había llevado esa mañana. Un «¡Qué tonta estás, Beatriz!» sonó en su cabeza tan fuerte que se dio la vuelta pensando que alguien lo había dicho a sus espaldas. Pero la oficina estaba vacía, hacía rato que ya no quedaba nadie.

BASALTO

Unos días más tarde Beatriz seguía sin saber si aquel dichoso informe tenía futuro, si tendría que cambiarlo de nuevo completamente o, lo que era peor, si terminaría en la basura. No sería la primera vez que Celia pedía algo, trabajaban como locos en hacerlo y luego Celia no volvía a mencionarlo. Una vez, Beatriz se había atrevido a quejarse. «Las prioridades cambian», le había contestado Mariano con la condescendencia del que enuncia una ley universal.

En la pantalla de Beatriz apareció una ventanilla recordándole que ese día tenía comida. Beatriz cayó en la cuenta de que era el primer miércoles del mes; tocaba, pues, comida. Solía tener pocas citas para comer al mediodía, quizás alguna de vez en cuando con Mariano y algún cliente. El resto de las veces esperaba que Noelia o algún otro compañero pasaran preguntando si tenía planes para comer e iban a almorzar por la zona. Aunque la mayoría de las veces malcomía algo rápido porque aprovechaba el descanso del mediodía para ir también al banco, a la tintorería o a recoger algún encargo. Pero los primeros miércoles de cada mes tenía cita con las «empoderadas». Beatriz no recordaba cómo había surgido el nombre del grupo, pero no le gustaba, le parecía un poco patético. Se habían conocido en un seminario para mujeres sobre retos profesionales al que había asistido con Alba. Empowering Women se llamaba. Era un seminario internacional al que habían venido a dar charlas mujeres conocidas del mundo empresarial. Beatriz se había tenido que coger el día libre porque aquello no entraba en la categoría de «cursos» y su empresa no se hacía cargo.

La mayoría de las «empoderadas» habían coincidido en el taller sobre cómo acelerar sus carreras y habían decidido seguir en contacto. A algunas les había ido mejor que a otras, pero, a pesar de lo aprendido en aquel seminario, ninguna había subido como la espuma en la jerarquía de sus respectivas empresas. Aun así, a Beatriz aquellas citas le animaban a no tirar la toalla. La gran mayoría tenía hijos como ella y, a pesar de ello, seguía al pie del cañón, aunque Beatriz se preguntaba si el tamaño de sus ambiciones iba, como el suyo, desinflándose gradualmente.

Cuando Beatriz llegó al restaurante, Lucía y Sofía se disponían a pedir.

Todas estaban muy ocupadas y el acuerdo era que no se esperara a que todas llegaran para empezar. Ese día, de todas maneras, Carmen ya había dicho que no podía ir y Alba llegaba sistemáticamente tarde. Así que cuando Sofía vio a través del cristal a Beatriz cruzando hacia la acera del restaurante, se puso a llamar al camarero. Beatriz llegó a tiempo para pedir su plato y el de Alba, que le había enviado un mensaje diciendo que estaba aparcando.

—¿Y para beber?

—¿Cuál era ese vino de Bullas que estaba tan bueno? —preguntó Sofía.

—El de la casa. ¿Pongo una copa?

—Dos —añadió Lucía.

—Agua. También para la que falta —dijo Beatriz.

Una de las cosas que a Beatriz le gustaba del grupo era que casi nunca hablaban de los hijos. Sí, sabían cuántos tenían cada una, si eran un niño o una niña e, incluso, a veces hasta sabían los nombres, pero si hablaban de ellos era más bien de manera indirecta al compartir problemas de organización o intercambiar ideas para tenerlos ocupados durante las vacaciones escolares. El objetivo del grupo era seguir en contacto para aprender de las experiencias de cada una, a la vez que intercambiar consejos e información sobre libros, artículos o cursos que pudieran ayudarles en sus carreras. La última discusión había girado sobre si se puede tener todo, familia y carrera, o más bien si se podía ser una buena madre de familia y tener al mismo tiempo una trayectoria profesional exitosa. Era curioso ver cómo, a pesar de tener ambiciones similares, veían las cosas de manera tan distinta.

Casi al mismo tiempo que los platos, Alba llegó, dio un par de besos rápidos a cada una y se sentó al lado de Beatriz. Tenía cara de estar agotada, pero Sofía contuvo el comentario antes de que saliera de su boca. Era normal. «¿A quién se le ocurre tener otro?», le había comentado a Lucía mientras esperaban las dos solas. «Sobre todo teniendo ya la parejita», había contestado Lucía. Ambas tenían sus dudas sobre la motivación de Alba para seguir pisando fuerte en el trabajo, por mucho que dijera que se estaba tomando simplemente un descanso.

—¿Cómo va todo, Beatriz? ¿Menos agobiada que la última vez? —preguntó Sofía.

—Un poco cansada con todas las urgencias y las reuniones importantes de las que me entero apenas unos minutos antes —contestó Beatriz pronunciando con cierto énfasis las palabras *urgencias* e *importantes*.

—Yo lo que peor llevo son las reuniones tarde —dijo Sofía—. Además, la

mayoría son interminables y llego a casa a las tantas.

—Deberían prohibir las reuniones después de las seis. Todo el mundo tiene derecho a tener una vida después del trabajo —dijo Alba un tanto combativa. Sentía que no todas veían con buenos ojos que hubiera ampliado la familia y, de un tiempo a esta parte, estaba más a la defensiva.

—A nosotros nos respetan por lo menos los viernes por la tarde —dijo Lucía—. Como muy tarde nos pueden poner una reunión al mediodía, pero luego no, porque los viernes, si no sales temprano, tardas dos o tres horas en llegar a casa por los atascos.

—Tienes suerte de no tener que ir con el coche al trabajo —le dijo Sofia a Beatriz.

—Sí, con el metro pierdo menos tiempo que con el coche —contestó Beatriz—, pero, aun así, a menudo también llego bastante tarde a casa. Si tengo que ver algo con mi jefe, siempre se las arregla para que sea a última hora de la tarde.

—Claro —apuntó Alba—, como a Mariano le está esperando su mujer con la comida en la mesa y todo lo demás organizado, no tiene que salir corriendo del trabajo.

—Además, parece como si se despertara a última hora de la tarde —añadió Beatriz—. El resto del día no da mucho la lata y, por la tarde, empieza a pedir cosas o a convocar reuniones.

—No debe de tener muchas ganas de volver a casa —comentó Lucía—. ¿No decías que tenía cuatro hijos? Seguramente prefiera la oficina, debe de estar más tranquilo allí que en casa.

—Sí, cuatro —respondió Beatriz—. Yo no sé cómo su mujer da abasto, aun sin trabajar.

—¿Sin trabajar? ¿Te has oído bien? —saltó Alba.

—Bueno, ya me entiendes.

—Ese es el problema, que todo el mundo lo entiende así —dijo Alba molesta—. A mí también mi suegra me echa en cara que yo trabajo menos —continuó Alba marcando comillas en el aire al decir *trabajo*— y no entiende cómo voy tan acelerada a pesar de la jornada reducida.

—Ya sabes que yo no pienso así —se justificó Beatriz—. Solo quería decir que, como él lo tiene todo hecho cuando vuelve a casa, se tira hasta las tantas en el despacho. Yo con la excusa de los niños me intento escapar cuando puedo. Lo peor es la secretaria, que tiene que estar allí mientras esté él.

—¿Por qué? —preguntó sorprendida Sofia—. ¿No sabe él coger el

teléfono?

—Dice que a él no le pagan para contestar el teléfono o mecanografiar *e-mails*.

—¿Mecanografiar? —preguntó Lucía extrañada de que todavía se usara esa palabra—. ¿Le escribe la secretaria los *e-mails*?

—Los mensajes kilométricos que envía dentro de la empresa se los da escritos en un papel a la secretaria y ella se los teclea. Para los demás, a menudo, nos pide que le preparemos nosotros el texto, lo copia con algún que otro cambio y los envía.

—¡Menuda joya te ha tocado, rica! —comentó Sofía.

—Sí, ese y la otra, que también es para echarle de comer aparte. ¿Cómo se llamaba? —preguntó Lucía.

—La joya número dos es Celia —dijo Beatriz con ironía—. Sinceramente, no esperaba de ella solidaridad femenina, pero lo contrario tampoco. Podía haberle dado el puesto de Mariano a una mujer que se lo había currado de sobra y no lo hizo.

—A lo mejor es de esas a las que no les gustan las mujeres —opinó Lucía—. Yo también he visto alguna que prefiere trabajar con hombres. Debe de ponerle tener machos a sus órdenes.

—A Celia lo que le pone sobre todo es la sumisión —explicó Beatriz—. Y con Mariano ha tenido suerte, nunca le dice no. De todas maneras, ahí estamos nosotras para hacerle el trabajo.

—Yo siempre he dicho que hay que evitar a las jefas sin hijos, son las peores —sentenció Lucía—. No entienden lo que supone tener familia.

—Yo, antes de tenerlos, tampoco lo entendía. Veía lo estresadas que estaban mis compañeras de trabajo que eran madres, pero nunca me imaginé que con hijos fuera todo tan cuesta arriba —dijo Beatriz.

—Hasta que no pasas por ello, no sabes lo que es —dijo Sofía—. Yo antes me iba tranquilamente a tomarme un café con los compañeros y las comidas las estirábamos como chicles. Como de todas maneras luego había que quedarse hasta las tantas...

—Lo peor de una jefa es que, como seguramente se lo ha tenido que currar más que un hombre para llegar a donde está, es más exigente. Espera que todos hagan los mismos sacrificios que ella —comentó Lucía.

—O tiene complejo de abeja reina —opinó Sofía—. Cree que arriba del todo no puede haber muchas mujeres. Así que, a aquellas que tienen ambiciones, las considera sus competidoras directas, como si no hubiera

también hombres que ambicionaran ese puesto que a ella tanto le ha costado alcanzar. La típica «abeja reina» es de las que, cuando consiguen llegar a lo alto de la torre de «macholandia», en vez de ayudar retiran la escalera de cuerda para que las demás no puedan subir.

—Sí, y tú, querida —añadió Alba dirigiéndose a Beatriz—, tú eres la abeja obrera.

—¡Y Mariano el zángano! —apuntilló Lucía haciendo reír a todas.

Sofía levantó la mano para llamar al camarero. Ya habían terminado hacía unos minutos y como tardara un poco más en ir a atenderlas no les daría tiempo a tomarse un café. Pero el camarero no parecía tener mucha ayuda e iba de un lado a otro llevando y recogiendo platos con los ojos clavados en el suelo para no cruzarse con la mirada de los muchos clientes que lo reclamaban.

—Si yo me tengo que quedar en casa cuidando cuatro hijos creo que me daría algo —comentó Lucía.

Sofía asintió con la cabeza y añadió:

—Hay lunes en los que, cuando voy al trabajo después de dejarlos en el cole, me digo que por fin empiezan las vacaciones.

—¡Qué exagerada que eres! —saltó Beatriz.

—¿No te pasa también a ti? —siguió Sofía—. ¿Después de un finde en el que ha hecho malo y casi no habéis podido salir? Los míos, un fin de semana de esos, están como tigres enjaulados y...

—Hay mujeres que prefieren quedarse en casa y dedicarse a sus hijos —le cortó Alba—. Yo conozco a una compañera de instituto que se apuntó a Medicina, pero su único objetivo era encontrar allí un marido. No creo que se sacara más allá de primero o segundo y hoy está feliz en su casa.

—La mujer de Mariano creo que hizo Ingeniería —dijo Beatriz.

—¿Y para qué complicarse la vida con una carrera de las duras si luego te vas a quedar en casa? —se preguntó Sofía en voz alta.

—Lo mismo todavía no había conocido a Mariano —comentó Beatriz intentando comprender cómo una mujer podía aceptar renunciar a tanto por un hombre como Mariano—, o pensaba que cuando fueran un poco más mayores podría incorporarse de nuevo al mercado laboral.

—Sí, pero ¿dónde vas profesionalmente con cuatro hijos? —preguntó Lucía.

Beatriz miró discretamente a Alba, que se movía incómoda en su silla, pero las dos sabían que Lucía tenía razón.

—En todo caso es una suerte para él que ella se ocupe de todo en casa. Así él puede medrar en el trabajo —opinó Beatriz.

—Si es que, como ya dijo alguien, detrás de un gran hombre siempre hay una gran mujer —dijo Lucía con un guiño.

—Y, como también añadió alguien, detrás de una gran mujer hay una gran niñera —le respondió Sofía.

—¡Para las que se lo puedan permitir! —se quejó Beatriz.

—A mí, puestos a elegir, me gustaría también tener una esposa en casa —se sinceró Alba.

—Qué razón tienes —le contestó Lucía—, lo de la igualdad es una patraña. Alonso y yo lo único que compartimos de la casa a partes iguales son las facturas.

—Tú no te vayas a quejar, que el tuyo hasta cocina —dijo Sofía ante el amago de Beatriz de intervenir.

—Sí, a ti, rica, te ha tocado la lotería —estuvo de acuerdo Lucía.

—No, si no me puedo quejar con Juan, pero constato simplemente que los hombres parecen tener un umbral de tolerancia hacia la suciedad y el desorden más alto que nosotras.

—Sí, es verdad. Yo no me puedo ir a la cama con la cocina sucia y los platos de la cena en el fregadero, pero Pedro ni se da cuenta de que siguen ahí —comentó Alba.

—Prueba a dejarlos en el fregadero —sugirió Sofía—. Yo, la primera vez, tuve que resistir las ganas de meterlos en el lavavajillas durante día y medio, hasta que Alberto, sin decirle nada, él solito se puso a hacerlo. Ahora ya parece que ha interiorizado que yo no lo voy a hacer más y, a veces, hasta lo hace el mismo día. Ya tengo yo bastante con hacer la compra y la comida, que recoja él.

Beatriz retuvo el gesto de asco al pensar en el fregadero de Sofía, aunque reconocía que, a ella, lo que menos le apetecía hacer después de meter a Miguel y a Luis por fin en la cama era ponerse a limpiar lo de la cena. Quizás Sofía tuviera razón. El problema era que una vez que se ha cogido la costumbre de que el otro haga ciertas cosas, se da por hecho que las hará. Y ella siempre se había ocupado de recoger la cocina. Juan tenía buena voluntad, la verdad es que sí, Beatriz tenía suerte. Si Beatriz se lo decía, Juan hacía muchas cosas sin rechistar. Pero entonces, había no solo que decírselo, sino que Beatriz debía interrumpir cada dos por tres lo que estuviera haciendo por las preguntas de Juan. «¿Dónde se ponen los cuencos de aperitivo?»; «¿Hay

otra botella de detergente? A esta ya no le queda casi nada». A veces Beatriz gritaba desde la otra punta de la casa que el detergente estaba debajo del fregadero, pero siempre era más efectivo volver a la cocina, abrir el armario y sacarlo, para evitarse un «no lo veo» y tener que terminar yendo de todas maneras a ponérselo en la mano.

—La próxima vez hazte la sorda, que se las ingenie él mismo, y ya verás como a la larga no te pregunta más, por lo menos por el lavavajillas —sugirió Alba.

—Sí, hija, que tampoco hay mil sitios. En el frigorífico no iba a estar —añadió Sofía.

—Yo conocí una vez una sueca que decía que tenían en la puerta del frigorífico una tabla con las cosas de la casa que había que hacer y con qué frecuencia —dijo Alba.

—Ya me imagino las que le tocaba a él. Algo como cambiar las bombillas o apretar tornillos sueltos. ¿Me equivoco?

Lucía era un poco escéptica ante tal idea. Ella también había intentado desde un principio que quedara claro lo que le correspondía a cada uno, pero Alonso prefería decidir las cosas sobre la marcha.

—Pues sí, porque cada semana le tocaba a uno hacerlo todo: cuartos de baño, polvo..., todo menos la comida, que le tocaba al otro. Encima decía que cuando le tocaba a él, si volvía tarde del trabajo, se ponía el despertador temprano a la mañana siguiente para limpiar antes de irse.

La cara de sorpresa de Lucía era tal que a Beatriz le hizo gracia verla así, con la boca abierta y como si hubieran congelado su imagen.

—Estás de foto, Lucía.

—Sí, yo también me quedé así. Hasta se me molestó porque le dije de broma que no la creía. Supongo que, si entre tanto ha conocido a más parejas españolas, ahora sí entenderá que aquello me pareciera asombroso.

—Me parece que sus padres deberían haber enviado a más de uno a un internado en Suiza —opinó Lucía.

—Suecia —le corrigió con gusto Alba.

—Sí, eso, Suecia, siempre las confundo —dijo Lucía preguntándose si a Alba le había molestado su comentario sobre la mujer de Mariano y sus cuatro hijos.

La conversación había vuelto por los derroteros de siempre y, mientras se repartían la cuenta, Beatriz se preguntaba si las demás se quedarían con el mismo sabor de boca. En la mesa de al lado había tres hombres y, aunque por

el ruido del local fuera imposible oír de lo que estaban hablando, Beatriz estaba segura de que no sería de la última comida a la que sus mujeres no le habían echado suficiente sal o de la camisa que se habían tenido que poner arrugada porque ellas no habían planchado todavía esa semana. Eso o cualquier otra cosa de la casa, a ellos, les importaba bien poco. Si habían pensado más de un segundo en ello hubiera sido un milagro, y ella, sin embargo, la noche anterior, se había ido a la cama rumiando porque Juan, al bajar la basura, no se había bajado también la bolsa de las botellas de vidrio que Beatriz había preparado y puesto a la vista para que las tirara en el mismo viaje.

No, ellos estarían hablando de cosas más útiles. Quizás compartirían de vez en cuando algún chiste verde o un comentario sobre la anatomía de una hembra que los tres conocieran, pero seguramente eso quedaría para otro contexto. Allí, estarían comentando alguna información sobre los mercados, los cambios en la empresa o sobre lo bien que hacían su trabajo. Desde luego, después de la comida, no volverían a la oficina arrastrando los pies y medio deprimidos como ella. Aunque Beatriz debía reconocer que la mayoría de las veces la charla le servía para desahogarse y volver más ligera al trabajo. Esa vez, sin embargo, sin saber muy bien por qué, no había sido el caso. Aunque tampoco podía decir si se sentía más decaída que al llegar. Sentía aquel dichoso informe como una pesada losa que le aplastaba el ánimo.

—¿Estás bien? —le preguntó Alba una vez que Sofía y Lucía se hubieron despedido.

¡Qué capacidad tenía Alba para leer en ella! No se le podía ocultar nada. Pero Beatriz no tenía ganas de hablar y, de todas maneras, no podía tardar mucho en volver al trabajo. Así que esquivó la conversación diciendo que simplemente estaba cansada y ahí se había quedado la cosa.

De camino al trabajo, Beatriz se había dado cuenta de que ni siquiera le había preguntado a Alba cómo le iba todo con Carlota. ¿Seguiría despertándola por las noches por los dientes? Beatriz estaba tan centrada en su desánimo que no le había dedicado la más mínima atención a Alba y a su evidente cansancio. Debía de estar agotada. Contenta, pero agotada, que un bebé da muchas alegrías, pero cuando hay dos más de los que ocuparse... Beatriz iba pensando en cómo echarle un cable a Alba, quizás llevarse una tarde a sus dos hijos mayores a un sitio de bolas. «O que se vengan a jugar a casa —se dijo—, aunque los cuatro juntos van a montar demasiado follón».

Unos metros más adelante, Beatriz vio a Celia y a Mariano que se dirigían

a la entrada del edificio. Mariano iba asintiendo callado mientras que Celia parecía dar instrucciones. Esa tarde quizás Mariano le vendría con algo nuevo que hacer. Un nuevo desafío a sus capacidades. Una nueva tarea para completar en tiempo récord. Beatriz aminoró el paso, no tenía ganas de coincidir con ellos en el ascensor. Al entrar en el edificio ya no los vio. Esperando el ascensor estaba, sin embargo, Noelia hablando con Gracia. A Gracia, en la oficina, la llamaban «la abuela». Tenía la cara bastante arrugada para su edad. Cincuenta y tantos, había calculado Beatriz una vez. «No es como para que tuviera ya tantas arrugas», había comentado. Noelia decía que era porque de joven había fumado mucho. «Eso y lo poco que come», solía decir, porque Noelia era de buen comer, y ya fueran las arrugas o el mal humor, todo lo achacaba a no comer lo suficiente. «Si algo bueno tiene estar gorda es que la grasa estira la piel», le había dicho Noelia, antes de añadir con un guiño: «Es más barato que hacerse un *lifting*». Gracia, sin embargo, no debía de estar muy interesada en estirarse las arrugas y, aún menos, en ganar ni siquiera un gramo de grasa corporal. A menudo se llevaba para comer en el trabajo una fiambra con tan solo pepino. A veces apio. «Así ya puede estar delgada», «Con razón está más seca que un palo», comentaban las compañeras cuando sacaba la fiambra. De espaldas, eso la rejuvenecía, pero, de frente, tenía la cara marcada por surcos tan profundos que todos habían terminado llamándola por el apodo de «la abuela». Gracia lo sabía, pero hacía como que no le importaba. Quizás se hubiera molestado más de haber sabido que algún malasombra la había bautizado también como E. T.

Noelia no parecía estar a gusto con la conversación. Tenía los brazos cruzados delante del pecho y se notaba su impaciencia por que llegara el ascensor.

—Si tuvieras que elegir un equipo con el que trabajar, sabiendo que el sueldo depende de los resultados conjuntos, ¿elegirías a mujeres con hijos o que fueran a tenerlos? —preguntaba Gracia—. Y tú, Beatriz, ¿lo harías?

No era fácil contestar la pregunta. Noelia y Beatriz se quedaron por un momento calladas. Sus pensamientos les parecieron demasiado machistas como para compartírselos, pero Noelia no estaba por la labor de darle la razón a Gracia.

—Depende también de los hombres. Los hay que tienen un piquito de oro, presentan muy bien y luego no dan un palo al agua.

—Además —dijo Beatriz—, una mujer quizás tenga hijos, pero no por eso se vuelve idiota de golpe.

—No, pero tiene más cosas que organizar y en las que pensar, y eso te ocupa espacio en la cabeza, te distrae del trabajo.

—Yo creo que elegiría a una madre —dijo Noelia aparentemente convencida de ello—. Seguro que es más productiva. Se organiza mejor y pasa menos tiempo de cháchara con los compañeros porque quiere terminar el trabajo cuanto antes para volver pronto a casa.

—Pero es rara la empresa en que se le dé más importancia a lo que haces que a las horas en las que estás presente, aunque simplemente estés calentando la silla —respondió Gracia, sin darse por aludida por la referencia a los que se pasan el día hablando con los compañeros.

Beatriz sabía que Gracia tenía razón, pero le había gustado el argumento de Noelia sobre por qué las madres eran más productivas. Aun así, mientras las horas siguieran contando más que los resultados las cosas no iban a ser fáciles, pensó. Por suerte habían llegado ya a su piso y pudieron despedirse. Gracia se fue hacia su puesto satisfecha de haber tenido la última palabra. Beatriz se dirigió hacia su mesa, dispuesta a ser aquella tarde una de esas «madres productivas». No quería quedarse de nuevo hasta las tantas, pero tenía que enviar a Mariano el proyecto de una propuesta comercial para un cliente, que, según Mariano, tenía que salir aquel mismo día. Cuanto antes la terminara, mejor, se dijo.

Beatriz quería salir ese día antes para pasar por una pastelería de camino a casa. Era el cumpleaños de Juan. No le había comprado ningún detalle. Había pensado en ello una semana antes y luego se le había ido de la cabeza. Él diría que no tenía importancia, que lo importante era celebrarlo juntos, pero Beatriz se preguntaba hasta qué punto se sentía Juan relegado en su pirámide de prioridades. Hasta no hacía poco, Beatriz se organizaba con tiempo suficiente para buscar una canguro y reservar mesa en el restaurante japonés que a Juan tanto le gustaba. Los dos últimos cumpleaños ya no lo había hecho, pero por lo menos le había regalado algo que Beatriz sabía que le iba a hacer ilusión. Esta vez, no se le había ocurrido nada que comprarle, o por lo menos nada que fuera fácil de encontrar por la zona de la oficina, aprovechando el descanso del mediodía.

En la pastelería de la esquina no había mucho repertorio aparte de la típica tarta de merengue que a Juan no le gustaba. De *moka* no les iba a gustar tampoco a Miguel y a Luis. Al final, Beatriz se decantó por una tarta cubierta de frutas variadas, con la que, una vez quitado el kiwi, no debería haber problema. Mientras la dependienta la metía en la caja, Beatriz se dijo que no

tenía pinta de ser del día. Las hojas de la fresa se veían un tanto mustias y la cobertura brillante que la fruta tenía por encima estaba un poco deslustrada. De camino a casa con tan triste tarta, Beatriz se dijo que, para su siguiente aniversario de bodas, tenía que pensar en algo para que Juan no se sintiera el último mono en su vida.

Al llegar a casa, Juan se le acercó para saludarla con un beso.

—¡Feliz cumpleaños!

—Gracias.

—Miguel, Luis, ¿habéis felicitado a papá? Hoy es su cumpleaños.

—Sí, me han regalado un dibujo. Una batalla de superhéroes. Mira, Spiderman.

Juan sonreía señalando un monigote con un parecido bastante alejado del hombre araña.

—Batman les ha salido bastante bien —añadió Juan orgulloso.

Desde luego, hasta sus hijos habían pensado en un detalle para su padre, pensó Beatriz mientras soltaba un suspiro. Entonces Beatriz recordó que no tenían velas y, por un momento, la idea de tirar a la basura el engendro de tarta que había comprado se le pasó por la cabeza.

En la encimera, su madre le había dejado una tortilla de patatas cubierta con un plato. «Sin cebolla, como a Miguel le gusta», imaginó que habría dicho su madre. La verdad es que tenía suerte. Llegar a casa, los niños ocupados jugando, la cocina recogida y media cena lista. Y encima, Juan de buen humor. Juan había abierto la caja de la pastelería y le estaba lanzando a Beatriz una mirada divertida que parecía decir «¿qué es esto?».

—Es tu tarta de cumpleaños —dijo Beatriz sin mucha convicción.

—Habrá que quitar el kiwi antes de que Luis lo vea.

—No tenemos velas.

Beatriz hizo una mueca que más que mueca parecía un puchero. A veces, de broma, Beatriz hacía como si fuera a ponerse a hacer pucheros. Sobre todo cuando Juan se metía con ella. Como cuando de viaje a Londres, Juan se había puesto a imitar el horrible acento en inglés de Beatriz o cuando a Beatriz se le trababa la lengua y no le salía lo que quería decir. Esta vez la mueca no era de broma, se sentía realmente abatida. Pero como siempre que la hacía, funcionó. Juan, con su sonrisa todavía puesta, la cogió por el talle y la acercó a él para besarla.

—¿Otro día de trabajo espectacular?

—Como de costumbre —respondió evasiva Beatriz.

—Mamá, mamá, Luis me ha roto mi camión de las tortugas ninja.

Luis venía corriendo detrás para decir que no había sido él.

—¿Entonces quién? —preguntó Miguel con rabia.

—Vamos a ver, que lo mismo se puede arreglar —le tranquilizó su padre.

Juan se fue a la habitación a ver qué se podía hacer con el camión de Miguel. Mientras tanto, Beatriz metió la tarta en el frigorífico y sacó lo necesario para hacer una ensalada. Eso, la tortilla y un poco de fiambre con pan, si tenían más hambre, sería la cena. O sin pan, porque no había caído en comprarlo cuando estaba en la pastelería y el que les quedaba del día anterior estaba un poco tieso. Tampoco les quedaba alioli. A Juan siempre le gustaba echarle a la tortilla, por encima, una buena capa de alioli. Beatriz sospechaba que era porque su madre no le ponía mucha sal. «Hay que añadir alioli a la lista de la compra», se dijo dudando de si, llegado el sábado, se acordaría. Como tampoco tenía que olvidar decirle a Mariano al día siguiente que para la reunión del viernes venía más gente de la que esperaban en un principio y no cabrían todos en su despacho. Iba a ser difícil encontrar una sala de reunión libre a esas alturas. Lo mismo habría que limitar la participación a la gente más relevante, pero eso tendría que decidirlo Mariano.

Juan parecía haber conseguido arreglar el camión, porque desde la habitación ya no le llegaba el eco de la discusión entre Miguel y Luis. Al rato volvieron los tres a la cocina para poner la mesa.

—¿Os habéis lavado las manos? —preguntó Beatriz.

—¡Qué buena idea lo de las catalanas! —dijo Juan mirando por encima del hombro de Beatriz lo que esta estaba preparando.

—De todas maneras, había que tostar el pan. Estaba un poco duro.

Una vez todo listo, Beatriz prácticamente se desplomó en la silla. No tenía hambre, simplemente ganas de meterse en la cama. La noche anterior no había dormido muy bien. Por los retazos de sueño de los que aún se acordaba cuando se había despertado, parecía que se había pasado una parte de la noche redactando mentalmente varios de los *e-mails* que tenía que enviar. Lo bueno era que algunas de las frases que había formulado en sueños se le habían quedado en la memoria y, ya en el trabajo, había podido escribirlas más rápidamente. Lo malo era que no había conseguido desconectar y estaba agotada. «Si la cabeza tuviera un botón de apagado, ¡qué bien dormiría!», se dijo.

—Mi prima Toñi me ha hablado de unas casas de veraneo por Cienfuegos —Juan hizo una pausa antes de continuar, no veía a Beatriz muy interesada—.

Tienen el río cerca y una piscina municipal a la que se puede ir a pie.

—A los niños y a mí nos gusta ir a la playa.

—Ya, si no es para cambiar la playa por el monte. Pensaba que podíamos ir una quincena a la playa y otra allí.

—En la playa no tenemos que pagar por la casa de mi tío, y lo de Cienfuegos, si tiene demanda, seguro que es una clavada.

—Vale, no está regalado, pero reservando con antelación te ahorras el veinte por ciento.

—No lo sé, yo preferiría no tocar los ahorros, que no hay mucho y nunca se sabe.

No era la primera vez que el tema del dinero surgía, y Miguel, sintiendo la tensión que empezaba a crecer entre sus padres, quiso ayudar.

—Yo sé lo que podemos hacer para conseguir mucho dinero —dijo Miguel contento de haber encontrado una solución tan buena al problema financiero de sus padres.

—Cuéntanos —le pidió Juan sonriendo en anticipación de lo que la imaginación de Miguel iba a producir.

—Le arrancamos todos los dientes a papá y así el Ratoncito Pérez le va a traer mucho dinero.

Beatriz se iba a lanzar a explicarle que después de los dientes de leche salían otros nuevos, pero que esos eran ya los definitivos y que, si se arrancaban, después ya no salía ninguno más. Sin embargo, viendo la cara de satisfacción de Miguel se dijo que mejor sería dejar a un lado explicaciones educativas y no chafarle la idea. Además, tenía que hacer esfuerzos para contener las ganas de reír.

—Buena idea —le dijo a Miguel—. Además, sin dientes, papá no podrá comer y así nos ahorramos también dinero al tener que comprar menos comida.

Miguel sonreía satisfecho.

—Pero —continuó Beatriz—, por la cara que pone, no parece estar por la labor.

—Yo quiero poder comer —dijo Juan poniendo una cara triste.

—Y además iba a estar muy feo —añadió Luis apoyando a su padre.

Al final habían encontrado una vela en forma de cinco. Luis no parecía muy conforme con la idea de utilizarla. Había que poner, según él, el número de velas que correspondiera a los años. Pero su padre le había dicho que podía soplar por él y Luis se había quedado tan contento. El resto de la noche fue

bien. Se durmieron pronto, no había mucho que recoger de la cena y Juan se puso a ver un partido, con lo que no salió de nuevo el tema de la casa de alquiler en Cienfuegos.

A la mañana siguiente Beatriz estaba más animada al llegar al trabajo. «Hoy —se dijo—, debería tener tiempo para tomarme un café con Noelia». Tenía que preguntarle cómo iban sus planes de ir de vacaciones a Islandia. Beatriz nunca había preparado unas vacaciones con tanta antelación, pero Noelia hacía meses que había reservado el vuelo y comprado una guía turística. Parecía estar disfrutándolas desde ya antes de que empezaran. En el pasillo se topó con Mariano, que parecía estar de buen humor, aunque Beatriz creyó ver en su mirada que se preparaba para decirle algo que a ella no le iba a gustar. Antes de que Beatriz pudiera sacar el tema de la reunión del viernes e incluso sin tan siquiera decir un «buenos días», Mariano le propuso un café, cosa que rara vez había hecho. No, desde luego, pensó Beatriz, la cosa no pintaba bien.

—No tengo a menudo la ocasión de decirte lo contento que estoy con tu trabajo.

El temor a oír malas noticias se disipó y la tensión que empezaba a instalársele en los hombros se relajó por unos instantes. Beatriz olvidó lo que tenía que decirle sobre la reunión del viernes.

—Se lo digo a menudo a Celia: tengo suerte de tener a Beatriz en mi equipo, es eficiente y autónoma. Ella está de acuerdo. ¿Todo bien por tu parte?

La pregunta la pilló desprevenida. Asintió casi sin darse cuenta. Con la de veces que había ensayado mentalmente quejas sobre la cantidad de trabajo o los plazos y en ese momento se había quedado sin saber qué decir. Tampoco Mariano le dejó mucho tiempo para que se lo pensara. Siguió hablando, dando rodeos, alabando el trabajo de Beatriz, pero poco a poco acercándose al tema que quería abordar.

—Los del Departamento de Asesoría Legal están que trinan porque dicen que tenemos todavía una buena parte de clientes con contratos de los antiguos y que no pueden gestionar tal amalgama.

Beatriz empezaba a ver a dónde quería ir a parar Mariano, pero la catarata de palabras de reconocimiento que había vertido sobre ella la tenía un tanto atontada.

—Yo les he dicho lo de siempre, que por el momento hay otras prioridades antes de hacer firmar a todos esos clientes el nuevo modelo. Pero esta vez las

largas no han funcionado y, encima, Celia les ha dado la razón.

El marrón se iba perfilando en el horizonte, pero Beatriz seguía callada. Mejor no sugerir nada, todavía había posibilidades de quitárselo de encima, se dijo.

—Para empezar, necesitamos saber cuáles son los clientes que todavía tienen un contrato antiguo, prepararles una versión actualizada y luego ponernos en contacto con ellos para explicarles los cambios y, esperando que no haya que hacer concesiones o negociar los nuevos términos, fijar fecha para la firma. Quiero que cojas el listado de clientes y me los pongas en un cuadro indicando, en una columna, si tienen contrato nuevo o han firmado alguna de las anteriores versiones. Para los de contrato antiguo, otra columna con la fecha de la firma del contrato, y una última columna con los datos de contacto.

—La fecha de la firma para los que tienen contrato antiguo quizás no sea necesaria —comentó Beatriz mientras se arrepentía de no haberse mordido la lengua. Tal comentario equivalía a aceptar la tarea.

—Sí, porque empezaremos a contactar con los de los contratos más antiguos, que son los más problemáticos, según parece. Entre los contratos más recientes hay cláusulas más parecidas a las del modelo actual.

—Y ¿no podría hacerlo Raúl? Yo tengo lo del análisis que pidió ayer Celia.

—Raúl y los otros hacen las cosas de cualquier manera. En quien tengo confianza es en ti.

—Ya, pero es que...

—Además, si lo tiene que hacer Raúl, ya podemos esperar sentados, y necesito el cuadro para el lunes por la mañana porque Celia ha convenido con los del Departamento de Asesoría Legal que el lunes por la tarde les daremos una estimación de cuántos contratos podremos actualizar de aquí a uno, a seis y a doce meses.

—Pero para mañana viernes no va a dar tiempo.

—Por eso le he pedido a Celia que nos diera hasta el lunes a mediodía. Más tarde de entonces no quiere que le demos la información, que en la última reunión entre directores se enzarzó por otro tema con Isidro, del área jurídica, y dice que no puede permitirse más roces con él.

Mientras Mariano se alejaba por el pasillo, Beatriz se decía que entre el viernes por la tarde y el lunes por la mañana la diferencia no era mucha, a menos que Mariano y Celia pretendieran que Beatriz se llevara el trabajo a casa para hacerlo durante el fin de semana. Bueno, tampoco era cuestión de

que cundiera el pánico, el cuadro que tenía que preparar era sencillo. La pregunta era cuánto tiempo le llevaría consultar los contratos de los muchos clientes que tenían.

Debería haberle pedido a Mariano que una secretaria imprimiese todos los contratos. No era una solución muy ecológica, pero a ella le costaría menos tiempo que si tenía que abrir en la pantalla cada fichero para buscar los datos con los que rellenar el cuadro. Conforme se iba haciendo una idea de lo que la tarea implicaba, la rabia empezó a imponerse a su desánimo. Lo que hubiera tenido que hacer realmente era librarse por completo de semejante marrón. Siempre le pasaba igual. En plena conversación se quedaba en blanco y, luego, apenas unos minutos después, cuando ya era demasiado tarde, se le ocurrían un montón de argumentos que hubiera podido utilizar. Lo más seguro es que Raúl lo pudiera hacer perfectamente. Tampoco se le veía muy ocupado últimamente, pero Mariano le había hecho dudar. Y los del Departamento de Asesoría Legal, con que se comprometieran a actualizar todos los contratos en un año, sin especificar el ritmo, seguro que también se quedaban contentos.

De vuelta a su ordenador, Beatriz cruzaba los dedos deseando que hubiera una carpeta con todos los contratos de clientes. Si no, tendría que ir carpeta de cliente por carpeta de cliente y buscar el fichero que correspondiera a la versión escaneada del contrato firmado, y eso, eso sí que le llevaría tiempo. Pero no, a nadie de la empresa se le había ocurrido hasta ahora consolidar la versión electrónica de todos los contratos. Solo estaban todos agrupados, en formato papel, en los archivos del noveno piso. Pero aquellos archivadores polvorientos incluían cualquier contrato firmado por la empresa, ya fuera con clientes, proveedores o servicios externos, con lo que no iba a ahorrarse mucho tiempo consultándolos. Además, la sala con los archivos era tal laberinto que había que llevar prácticamente mapa y brújula si uno quería adentrarse en ella y no perderse.

Las carpetas con los documentos correspondientes a cada cliente aparecieron en la pantalla por orden alfabético. Beatriz pensó que lo mejor sería, primero, ir abriendo el fichero llamado «contrato» de cada cliente, imprimir la primera y la última página, que eran en las que solían figurar los detalles que ella necesitaba, y luego pasarlos al cuadro. Aunque empezar por crear el cuadro en el procesador de texto se le antojaba más apetecible. Empezara por donde empezara, lo que Beatriz tenía que evitar era mirar hacia la esquina inferior derecha de la pantalla. «No, mejor no la mires», se dijo apenas un segundo antes de que su mirada se fijara en el número allí indicado:

678. Había 678 clientes.

Dos horas más tarde ya no podía más. Había conseguido completar el cuadro con los primeros cincuenta y tres clientes, pero apenas había hecho un descanso para ir al aseo y la cabeza empezaba a darle vueltas. Miró su buzón de correo electrónico. No sería la primera vez que Mariano le decía que hiciera algo y luego, al rato, cuando ya lo tenía a medias, le daba otras instrucciones. Si de pronto se le ocurría que quería otra columna con información adicional por cliente, tendría que volver a abrir una a una las carpetas de los clientes que ya había incluido en el cuadro. Por suerte, en su bandeja de entrada no había ningún *e-mail* ni de Mariano ni de su secretaria. «El brazo armado de Mariano» llamaba Noelia a Sara de broma. Beatriz pensó que le vendría bien hacer un pequeño descanso con Noelia. A veces, Noelia, aunque ya se hubiera tomado un café, se apuntaba a otro. Se tomaba entonces uno descafeinado porque decía que, si no, no podría dormir, aunque todavía quedara mucho para la noche. Pero Noelia estaba en una reunión y la idea del café se fue al traste. De todas maneras, Beatriz se dijo que tampoco podía entretenerse mucho. ¿Cuánto tiempo le llevaría terminar el maldito cuadro? Beatriz cogió un trozo de papel dispuesta a hacer una regla de tres como en el colegio. Si había podido rellenar la información de cincuenta y tres clientes en dos horas, para hacerlos todos necesitaba... Más de veinticinco horas. ¿De dónde iba a sacar el tiempo? En todo caso, no podría salir a comer ni ese día ni al siguiente.

El viernes a mediodía llevaba un buen ritmo de trabajo. Dejaba que el teléfono sonara y tampoco contestaba a los *e-mails*. Había desechado también la idea de imprimir la primera y la última página de cada contrato. Como la impresora era compartida, cada vez que se levantaba a recoger lo que ella había mandado imprimir tenía que esperar que otras impresiones terminaran o se tenía que poner a buscar sus hojas intercaladas entre las de los demás. Así perdía demasiado tiempo. Había terminado, pues, abriendo las carpetas de clientes una a una e introduciendo inmediatamente después los datos en el cuadro que había creado en el procesador de textos. Iba relativamente rápido. Repetía una y otra vez los mismos clics y movimientos con el ratón. Al cabo de las horas se había convertido en algo totalmente mecánico. Beatriz sospechaba que habría algún que otro error. Tendría que haberlo, haciendo tan rápido las cosas, habría quizás alguna fecha que había copiado mal o algún dato que había introducido en la línea que no correspondía. La idea de presentar un cuadro con errores no le gustaba lo más mínimo, pero no tenía

otra opción, no iba a tener tiempo para repasar lo que había hecho. En realidad, ni siquiera iba a tener tiempo de terminar la tarea a tiempo. Tendría que continuar durante el fin de semana. El problema era que, en casa, desde su ordenador, no tenía acceso a las carpetas con información sobre los clientes. No le quedaba otra que abrir las más de trescientas carpetas que le quedaba por consultar, apuntar los datos a mano y pasarlos durante el fin de semana al cuadro. Eso haría, se dijo ignorando su estómago, que le decía que tenía hambre.

El lunes por la mañana, Mariano todavía no había preguntado por el cuadro. Beatriz miró la hora. Las diez y media. Para entonces ya le hubiera gustado poder enviárselo a Mariano. Aceleró el ritmo para terminar a las once. Lo más seguro es que Mariano quisiera ver con ella el cuadro terminado. Querría hablar con Beatriz antes de decidir qué se le decía a Celia sobre el ritmo al que se podrían comprometer a actualizar los contratos. Por lo que Beatriz había visto, habría que hacerles firmar el nuevo contrato a las dos terceras partes de los clientes. Con algunos tenían una buena relación y contacto regular, así que no sería un problema, pero había otros de los que Beatriz ni siquiera había oído hablar nunca. Si empezaban por los fáciles, los primeros dos meses podrían ir rápido, quizás sesenta por mes. Lo ideal es que Celia no se comprometiese con los del Departamento de Asesoría Legal a actualizar más de cincuenta por mes. El problema es que, a menudo, Celia hacía caso omiso de las recomendaciones de Mariano e iba prometiendo plazos y cantidades totalmente irreales. Beatriz pensó en el comentario de Lucía sobre las jefas que esperan de todos los mismos sacrificios que ellas mismas hacían, pero, bueno, sin hijos, el sacrificio no tenía el mismo valor. Y si no que se lo dijeran a Luis. El pobre contaba con que Beatriz les iba a llevar al cine el domingo. Y, al final, para que Beatriz pudiera trabajar tranquila, habían terminado en casa de los abuelos porque Juan tenía ya algo previsto con unos amigos de la universidad.

A las once y veinte, Beatriz se levantó para ir al despacho de Mariano. Le había enviado por fin el cuadro terminado, apenas cinco minutos antes, y quería ver si tenía que hacer algo más para preparar la reunión de Celia esa tarde con el director del área jurídica. En ese momento Mariano salía de su despacho. Se dirigía hacia los ascensores, parecía ir a una reunión.

—Mariano —dijo Beatriz prácticamente corriendo tras él—, acabo de enviarte el cuadro, ¿quieres que hablemos del tema?

—Ahora no. De todas maneras, la reunión de Celia con Isidro se ha

retrasado al jueves por la tarde —dijo mientras entraba en el ascensor—. Habla con Sara para encontrar un hueco en mi agenda el miércoles y vemos juntos el cuadro entonces.

La puerta del ascensor se cerró delante de Beatriz. Se quedó allí unos instantes, parada, como sin saber qué hacer. Y era cierto, no lo sabía, la mente se le había quedado de pronto en blanco. De lo único de lo que era consciente era de que le dolía sobremanera la cabeza. La cabeza, la nuca, los hombros. Y también algo más, algo en lo más profundo de ella, algo a lo que no conseguía poner nombre. Al principio pensó que era cansancio, pero no lo era. Sintió un pinchazo en el costado y se volvió a sentarse en su silla, pero a mitad de camino se desvió para pasar junto a la mesa de Noelia.

—¿Has ido ya a tomarte un café?

—Sí, pero no importa. Además, tengo hambre —respondió Noelia levantándose de la silla.

—Pues entonces vamos a la cafetería en vez de a las máquinas —propuso Beatriz—. No hace falta que cojas dinero, yo te invito, que tengo que celebrar que me he quitado algo gordo de encima.

—¿Sí? Cuéntame.

—Mejor no. ¿Cómo va lo de Islandia?

De vuelta a su mesa, Beatriz pensó que debería revisar la tabla de clientes para eliminar errores. Ahora que tenía más tiempo podría presentarla mejor. No tenía ganas de volver a abrir carpeta tras carpeta los dossiers de cada cliente, pero podría concentrarse en los errores que saltaran a la vista, como una falta de ortografía o algún dato claramente discordante. Su índice se quedó parado en el aire resistiéndose a apretar el botón del ratón que abriría el archivo. No le apetecía lo más mínimo seguir trabajando en aquello. «Al menos, la presentación», se dijo para animarse. Era una tabla muy larga y podría utilizar un gris claro cada dos líneas para que fuera más fácil leer la información de un cliente sin equivocarse de línea. Aunque Sara lo que hacía, cuando trabajaba con una lista larga de clientes, era poner una regla encima e ir bajándola poco a poco para que al leer no saltara por error de una línea a otra. Porque sería Sara la que se encargaría de llamar a los clientes una vez que Celia hubiera dado sus instrucciones después de su reunión con Isidro. ¿O no? Pensar que a ella le tocaría parte del trabajo de contactar con los clientes le dio vértigo. Movié el ratón por la pantalla y fue a abrir su buzón de correo.

El resto del día, Beatriz aprovechó para responder *e-mails* y seguir con las tareas que se habían quedado en suspenso por culpa del cuadrado de Mariano.

Alguna vez intentó abrirlo de nuevo para darle el repaso que tenía pendiente, pero el vértigo volvía implacable. Al final se dijo que descansar del cuadro un día o dos no le vendría mal. Con que se pusiera el miércoles, antes de la reunión con Mariano, sería bastante. Además, al final se estaba haciendo tarde y tenía que volver a casa.

De camino a los ascensores se cruzó con Mariano. «Mierda», se dijo Beatriz. Si algo bueno tenía el que Mariano tuviera a menudo la puerta de su despacho cerrada, era que no solía ver a qué hora se iba Beatriz. Esta vez, sin embargo, Mariano no miró automáticamente su reloj.

—Le he mandado el cuadro a Celia —le informó Mariano.

—Como la reunión se ha retrasado pensaba repasarlo por si había errores, que lo he hecho muy rápido.

—Los había, yo he corregido un par de nombres de clientes que estaban mal escritos, pero Celia ha encontrado más. Mañana te pones lo primero con el cuadro, que si presentamos una chapuza a los de Isidro no nos van a tomar en serio.

Beatriz quiso preguntarle qué errores había encontrado Celia para empezar por ellos al día siguiente, pero Mariano ya le había dado la espalda y entraba en su despacho. ¿Sería alguna fecha? Introduciéndolas, a algún año le había puesto un cero de más, pero enseguida lo había corregido. De todas maneras, eso no le parecía grave. Si alguien leía 20006 en una fecha, bien se podía imaginar que era el año 2006. Siguió pensando en el cuadro ajena a lo que pasaba a su alrededor mientras se dirigía a la entrada del edificio. En la calle, poco antes de llegar a la boca del metro, Carmen la paró.

—¡Qué! ¿Ya no saludas?

—Perdona, no te había visto, iba pensando en algo del trabajo.

—Pues ya tiene que interesarte mucho para que vayas así de ensimismada —comentó Carmen.

—Interesante no es la palabra —respondió Beatriz sin querer dar más explicaciones.

—Siento haberme perdido la comida del otro día. ¿Quién fue al final?

—Sofía, Lucía y Alba.

—¿Cómo lo lleva Alba?

—Parece que bien...

—Yo no sé cómo puede... —le cortó Carmen antes de volverse a saludar a una mujer que pasaba cerca de ellas—. Es una compañera de trabajo —explicó cuando la mujer se hubo ido.

—Y ¿qué tal es? —preguntó Beatriz al ver la buena sintonía entre ella y Carmen. Nunca era mala idea agrandar el grupo de «empoderadas» con gente nueva. Al fin y al cabo, eso se suponía que era el *networking* que les habían recomendado tanto en el seminario sobre cómo avanzar en sus carreras.

—Maja, y además trabaja bien. Bueno, para ser sincera, es muy buena. Organizada e inteligente. Es una pena.

—¿Una pena por qué? —quiso saber Beatriz.

—Porque con la pinta que tiene no creo que llegue muy lejos.

Beatriz miró en la dirección por la que se había ido aquella mujer.

—A mí me parece que va bien arreglada —comentó sorprendida.

—Sí, es bastante guapa y encima se arregla. Siempre va superbién maquillada y con las uñas como si le acabaran de hacer la manicura.

—Bueno, si tiene tiempo para eso... —dijo Beatriz mirándose discretamente sus uñas recomidas—. Ya me gustaría a mí ir tan guapa.

—¿Al trabajo?

—Claro, ¿por qué no?

—Depende de si quieres que valoren tu trabajo o no.

—Pero, si trabajas bien, ¿qué pasa por ir arreglada a la oficina? —dijo Beatriz sin entender todavía cuál era el problema.

—Pues que tus compañeros de trabajo te verán más como una presa que se quieren tirar que como una compañera de trabajo. Y, cuando hablen de ti, no se pondrán a comentar la brillante idea que tuviste en la última reunión, sino el tamaño de tus tetas.

—¿Me estás diciendo que crees que hay que ser un adefesio para que se fijen en lo bien que haces tu trabajo?

—Bueno, muy fea tampoco, que la fealdad se tiende a asociar con la falta de inteligencia, pero tan guapa como ella...

—Supongo que todo eso está basado en los estudios científicos que tanto te gusta a ti leer —comentó Beatriz con una sonrisa.

—Sí, hay experimentos que lo demuestran. De hecho, he leído un libro sobre uno que seguro que te interesa.

—No tengo mucho tiempo para leer.

—Aunque sea en el metro, se lee fácil.

Beatriz no dijo nada. En el metro ni se le había ocurrido que podría ponerse a leer. Como no fuera algún documento corto, para adelantar trabajo. El vagón siempre iba lleno y rara vez encontraba un asiento libre. Además, encajonada entre los cuerpos de los otros ocupantes tenía que llevar los brazos

prácticamente pegados al suyo. Aunque pudiera levantar una mano con un libro a la altura de los ojos, le habría sido imposible poder pasar las páginas, porque tenía que sujetarse con la otra a algún sitio para no caerse cuando el metro aceleraba o frenaba.

—Es un experimento con niños —dijo Carmen para ver si así despertaba el interés de Beatriz.

—¿Utilizan a niños como cobayas?

—Es un test en el que intentan medir su capacidad de autocontrol con una golosina. Los dejan solos en una habitación con un plato en el que hay una nube, un caramelo o cualquier otra chuche. Antes de salir de la habitación se les dice que no la toquen, que se esperen a que llegue el encargado del test. Luego, los del experimento se van a la habitación de al lado y observan la reacción del niño, que no sabe que le están viendo a través de un espejo.

—Algunos no aguantarían ni diez segundos antes de zamparse la nube.

—Pues eso es lo que estudian. Parece que los que consiguen resistir a la tentación más tiempo lo tienen luego más fácil en los estudios y en la vida en general. Se frustran menos y consiguen más. Bueno, me tengo que ir. La próxima vez que quedemos para comer te traigo el libro —dijo Carmen a la vez que le daba dos besos rápidos y empezaba a andar hacia el paso de peatones.

Mientras esperaba el metro Beatriz pensó en Miguel. ¿Lo tenía consentido, como alguna vez había insinuado su suegro? El nivel de tolerancia a la frustración de Miguel era muy bajo. Luis tenía más paciencia, quizás porque, siendo el segundo, desde el principio había tenido que compartir. Pero con Miguel, de bebé, Beatriz saltaba como un resorte para ver qué le pasaba cada vez que emitía el más mínimo quejido. Lo había acostumbrado mal, pero para cuando quiso darse cuenta, ya era tarde. Se había dejado llevar por sus miedos de madre primeriza y, de pronto, cambiar radicalmente de actitud con Miguel le pareció cruel. Se dijo que cuando Luis estuviera allí, ya se acostumbraría poco a poco a que su madre no estuviera tan pendiente de él. Aunque Beatriz había tenido sus dudas en aquel momento. De hecho, se preguntaba hasta qué punto Miguel se pondría celoso al tener que compartir sus padres con el recién llegado. Al final, no había reaccionado muy mal. También es verdad que Juan, como intentando compensarle, empezó a ocuparse más de él. Así que Miguel no se había vuelto mucho más paciente. Miguel sería, Beatriz estaba bastante segura, de los que tardarían menos en comerse la golosina. Pensó en los resultados del experimento de Carmen. ¿Estarían empujando a Miguel al

fracaso? «Dios, qué difícil es esto de educar a los hijos», se dijo cerrando los ojos un instante.

Al abrirlos, la puerta del vagón también se abría para recibir a los pasajeros que esperaban en el andén. Beatriz creyó ver a Celia en el vagón y el corazón le dio un vuelco. Volvió a mirar y vio, aliviada, que era simplemente alguien con un peinado parecido al de ella. De todas maneras, Celia iba siempre en coche. Un BMW negro brillante, que a esas alturas de la tarde todavía le esperaba un par de horas más en el aparcamiento del edificio. Y allí estaba ella, como sardina en lata, mientras que Celia volvería a casa, escuchando música, sentada cómodamente en los asientos de cuero de su cochazo. No es que tuviera envidia del coche. Era claramente un coche para alardear y, a Beatriz, eso no le iba. No, no era el coche, era todo en Celia, se dijo mientras su mano izquierda buscaba un resquicio entre otras manos extranjeras para agarrarse a la barra que atravesaba de abajo arriba el vagón. Con el paso de las estaciones, se libró de la imagen del coche de Celia, de su ropa de marca y de sus bolsos caros, pero no de ella. Celia seguía incrustada en su pensamiento. Había encontrado errores en su tabla. Celia había encontrado «errores». Mariano lo había dicho como si su tabla estuviera plagada de equivocaciones. Beatriz pensó en lo que le esperaba al día siguiente y se dijo que, de nuevo, no se le había ocurrido pedir distribuir la carga. A ella las líneas de aquella tabla le salían por los ojos, y seguro que algunos de los errores, aunque fueran evidentes, ya ni los vería. Era mejor que otra persona la revisara. Sí, ese hubiera sido un buen argumento. Hubiera. «Mierda», dijo Beatriz abriéndose paso hacia las puertas del vagón, que empezaban a cerrarse. Casi se le había pasado la parada.

PIZARRA

Beatriz llegó al parque la primera, como solía pasar bastante a menudo. Hacía años que intentaba ahorrarse los plantones. Si habían quedado a «en punto», se organizaba para llegar entre «y cinco» e «y diez». Con los años empezaba a darle menos reparos llegar tarde y cuando había quedado con amigas pasaba más del reloj. Esa vez, había llegado a «y ocho», pero porque Miguel y Luis se habían preparado en un santiamén al saber que iban al parque. Beatriz miró hacia la entrada que había al otro lado de los toboganes, pero no vio a nadie acercarse. Siempre era difícil prever cuánto tardarían Alba y Araceli. Cuando, años atrás, quedaban para salir de marcha, Araceli siempre llegaba como mínimo veinte minutos tarde. Ahora, con una costumbre bien establecida desde hacía tanto tiempo y, sobre todo, con una niña a cuestas, Beatriz ni se planteaba que Araceli pudiera llegar hasta pasada «y media». Alba era, en general, un poco más «puntual», aunque solía llegar, por lo menos, diez minutos tarde. Y, ahora que tenía que movilizar a tres hijos, la cuestión no era cuándo, si no si vendría.

Beatriz sacó el móvil, podía aprovechar para dar señales de vida. En algunos grupos de WhatsApp ya casi no participaba, a no ser que reenviara algún chiste que había recibido. El grupo más activo era el de las vecinas de la playa. No se veían más que durante la temporada de veraneo, pero el resto del año no paraban de intercambiar felicitaciones de santo, anécdotas de los hijos o comentarios sobre programas de la tele. Beatriz a menudo se limitaba a enviar emoticonos llorando de la risa como respuesta a algún chiste. Pero ella no contaba gran cosa y, menos, graciosa. Había tenido que dejar tantas veces a medio escribir un mensaje, porque Miguel y Luis se ponían a pelearse o alguno de los dos le venía llorando, que ya apenas lo intentaba. Pero, ahora, ahora tenía unos minutillos y podía aprovecharlos mientras Miguel y Luis estuvieran distraídos. Levantó la mirada para ver qué hacían y empezó a escribir contando la anécdota más reciente. Hacía un par de días, durante la cena, Miguel les había preguntado si para tener un bebé había que dar un beso en la boca de una chica. Juan le había contestado que con solo un beso no, pero se había quedado sin saber qué más dar como explicación. Beatriz había

conseguido cambiar el rumbo de la conversación con alguna pregunta sobre la comida y Miguel no había insistido. Beatriz dudó antes de apretar el botón de envío. A Beatriz aquello del beso en la boca le había hecho gracia y se había dicho que lo compartiría en cuanto encontrara tiempo. Ahora, sin embargo, con el texto ya escrito no le pareció tan buena idea y decidió borrar el mensaje sin enviarlo. De pequeña se había prometido que ella no se reiría con sus amigas a costa de sus hijos. No había podido resistir a la tentación de compartir con Alba la ocurrencia del Ratoncito Pérez, pero sabía que, si alguien mencionaba la anécdota delante de Miguel, este se lo pensaría mejor la siguiente vez que se le ocurriera contarles a sus padres alguna idea parecida. A Beatriz le había pasado cuando era pequeña. Le había hecho una confidencia de lo más seria a su madre. Le había dicho que ella no quería tener hijos porque no quería que el médico le viera el sexo durante el parto. A Beatriz le había sentado fatal cuando al poco oyó a su madre contándoselo a sus amigas. Era algo íntimo y le dolió. Recordando aquella lejana vivencia, Beatriz pensó en lo claro que había tenido ella de niña que el médico que la asistiría en el parto sería un hombre. Al final solo había tenido mujeres alrededor de ella, tanto con Miguel como con Luis. Pero para ella, de pequeña, un médico solo podía ser un hombre canoso y bigotudo. Se preguntó hasta qué punto la realidad en la que había crecido había grabado en ella ciertas ideas a fuego. ¿Estaría educando a sus hijos guiada por los estereotipos que durante años había absorbido por todos los poros de su cuerpo? ¿Hacía cosas por ellos que no haría por una hija? ¿Les hablaba distinto? Miró de nuevo hacia donde estaban Miguel y Luis y se paró a analizar el carácter y el comportamiento de cada uno. ¿Cómo serían en pareja?, se preguntó. ¿Aceptarían con naturalidad que sus parejas pudieran superarles en lo profesional, pero esperando que ellas asumieran las riendas de la casa y del cuidado de los hijos? Si era así, ella tendría seguramente gran parte de la culpa. Le había costado tanto delegar en Juan el cuidado de sus hijos que solían venir a ella si tenían hambre, si buscaban algo, si se les había mojado la ropa... A su padre iban a enseñarle sus dibujos y a contarle orgullosos sus triunfos, pocas veces a pedir ayuda, a menos que requiriese fuerza. «Pídeselo al papá», «pregúntale a papá», les decía Beatriz cada vez más. «Sabes, Miguel, para cosas del fútbol tu padre sabe más que yo». «Pero si lo buscas en internet te sale», contestaba Miguel sin darse por vencido. Y Beatriz cedía y escribía en el buscador «penalti a lo Panenka». Entonces Luis venía a pedir que le pusiera vídeos de animales haciendo monerías y, con la tableta ya en la mano, era más difícil mandarlo a que se lo

pidiera a su padre.

Luis era más sensible y cariñoso que Miguel. ¿Influiría ello en que fuera un padre más atento y protector con sus hijos o aceptaría que su mujer acaparara, como ella con Juan, el mando de todo lo que concernía a sus hijos? Perdida en sus pensamientos, Beatriz no había visto a Alba acercarse.

—Hola, ¿llevas mucho esperando? —le dijo Alba dándole un par de besos.

—No, pero mira dónde han conseguido ya subirse —respondió Beatriz señalando hacia Miguel y Luis con la cabeza.

Alba los saludó rápidamente con la mano y se puso a desatar de la sillita a Anais, que empezaba a impacientarse al ver a los otros niños jugar y a su hermano mayor ya montado en un balancín.

—¿Y tu peque?

—La he dejado con Pedro, si no era muy probable que no pudiéramos hablar ni tres segundos seguidos.

Beatriz vio a una madre levantarse del banco donde estaba sentada con una amiga para consolar a un niño que se frotaba la rodilla, lloroso, y pensó que quizás algunos segundos sí, pero muchos minutos seguidos sería difícil hablar. Con cuatro, las probabilidades de que hubiera cualquier incidente, ya fuera una caída o una pelea, eran altas.

—Supongo que además te servirá de descanso —dijo Beatriz antes de añadir—: relativo. Debe de dar gusto confiársela a alguien un rato.

—Sí y no —respondió Alba—. Yo pensaba que ya no tendría ni tiempo ni ganas para darle de mamar a Carlota durante mucho tiempo, pero me cuesta quitármela. Como sé que es la última quiero disfrutarla al máximo.

—Estarás muerta —dijo Beatriz mientras calculaba mentalmente cuántos meses tendría ya Carlota. Ella nunca le había dado durante tanto tiempo de mamar a sus hijos.

—Y no solo eso. En el trabajo me duele el pecho muchísimo. Me saco lo que puedo entre reunión y reunión, pero es un follón, siempre corriendo del aseo a donde tenemos el frigorífico o de allí al aseo a seguir llenando el biberón.

Beatriz no dijo nada, pero se le leía en la cara lo que estaba pensando.

—Ya sé, comiendo papillas ya no necesita mamar, pero se las toma regular. Con la leche, hace un par de semanas que estamos intentando pasar a la de bote, pero no quiere.

—Y ¿cómo hacen en la guardería?

—Les llevo la leche que me saco. Además, las papillas allí se las toma

bien.

Alba se puso a andar hacia los toboganes, había perdido a Anais de vista y se acercó a ver dónde estaba. Beatriz miró hacia donde había visto la última vez a Miguel y a Luis. Les había puesto una camiseta de colores llamativos para tenerlos controlados más fácilmente, pero, aun así, tardó unos segundos en tenerlos de nuevo localizados a los dos. En ese momento vio a Araceli y a su hija acercarse tranquilamente. Araceli hizo una especie de saludo con la mano que Beatriz interpretó como un «Sé que me habéis estado esperando, pero aquí estoy». Ya no se lo tomaba a mal, ni esperaba una excusa del tipo «Se me ha echado el tiempo encima». También sabía que no era cuestión de relojes, por mucho que hubieran bromeado años atrás diciéndole a Araceli que le iban a regalar un reloj bueno en su siguiente cumpleaños. Por eso Beatriz había insistido tanto en verse directamente en el parque, así por lo menos sus hijos estarían entretenidos.

Araceli llegó a la altura de Alba y Beatriz y les dio un par de besos a cada una.

—¡Qué grande está ya Emma! —dijo Alba.

—Sí, ya lleva un tiempo preguntándome que a qué edad se puede ir sola al colegio o con cuántos años se puede tener un móvil.

—Todavía no tiene los siete, ¿no? —preguntó Beatriz.

—No, los cumple dentro de dos meses. Yo le he dicho que, para el móvil, hay que esperar a los doce, pero entonces me pregunta por qué menganito tiene ya uno.

—A algunos se los regalan en las comuniones —comentó Alba con una cara que dejaba claro que no estaba de acuerdo.

Beatriz se acercó a ver si Miguel y Luis querían beber.

—Mamá va a estar allí —les dijo señalando el banco donde Araceli y Alba acababan de sentarse.

Miguel, concentrado intentando coger una mariquita con una hoja, apenas miró en la dirección que le indicaba su madre. Luis echó un trago rápido de la botella y salió corriendo diciendo que él iba a jugar con «su amigo». Beatriz miró al otro niño que no había visto nunca antes. Era increíble la facilidad que tenía Luis para hacer «amigos». Ya le hubiera gustado a ella congeniar tan fácilmente con los clientes en el trabajo.

Miró en la dirección de Luis para ver qué hacía con su nuevo amigo. Se veía a los dos acalorados de tanto correr de un sitio para otro. Esa mañana, había amanecido tan nublado que Beatriz había dudado en si era una buena

idea lo de verse en el parque. Entre tanto había mejorado y empezaba a hacer calor. Beatriz tenía sed y se dijo que debería haber bebido un trago antes de ofrecerle la botella a Luis. Miró el agua un tanto turbia que quedaba en la botella y se la metió de nuevo en el bolso.

—Luis está ya sudando —dijo Beatriz al llegar a la altura de sus amigas.

—Pues espérate a ver a Emma dentro de diez minutos —añadió Araceli.

—No la llevas muy abrigada —comentó Alba.

—No, pero ya verás —contestó Araceli—. Lo peor son los pies. De adolescente seguramente le echarán un pestazo horrible.

—El otro día había un médico hablando en la radio sobre el olor de pies —dijo Alba—. Tiene un nombre muy raro, que sería incapaz de repetir. «Podo no sé qué».

—«Podotufu» —sugirió Beatriz con un guiño.

—¿Y qué decía? —preguntó Araceli, que sí parecía interesada.

—Pues explicaba que era por culpa de unas bacterias que proliferan con la humedad, así que hay que evitar llevar dos días seguidos el mismo calzado, para que le dé tiempo a secarse.

—¿Y no recomendaba ningún producto? —insistió Araceli. El tema del olor de pies la tenía un poco preocupada.

—No recuerdo que hablara de algún producto, pero sí de que después del baño hay que secar bien los pies, sobre todo entre los dedos, para que no se queden mojados. El problema, según ese médico, era que las madres no les secan bien los pies a sus hijos —añadió Alba con una media sonrisa asomándole por la comisura de los labios.

—¿Las madres? —enfaticó Beatriz.

—Sí, sí, como lo oyes —contestó Alba.

—Si es que, cuando se trata de niños, tenemos la culpa de todo —opinó con ironía Araceli.

—Me pregunto si habrá algún hombre al que al oír el comentario le chirrié tanto como a nosotras —dijo Beatriz.

—A Pedro no pareció chocarle cuando se lo conté, pero, eso sí, enseguida fue a presumir de conocimientos con las madres del parque. Según él se quedaron impresionadas con lo de que hay que secar bien entre los dedos de los pies —comentó Alba.

—¿Le dejas a Pedro ir solo con los niños al parque? —preguntó Araceli burlona.

—Con lo que pone un padrazo... —opinó Beatriz siguiendo con la broma.

Alba miró a su alrededor y vio que la mayoría de los adultos que había en el parque eran mujeres y algún que otro señor mayor que debía de ser un abuelo. También había dos hombres más jóvenes, uno con su mujer y otro solo, en el que ya se había fijado al entrar en el parque porque dos madres cuchicheaban mirando en su dirección. Ella también había pensado que estaba de buen ver.

—Vamos, que son madres, no van buscando ligue —respondió Alba, aunque empezaba a tener sus dudas.

—¿Estás segura? —insistió Beatriz burlona—. Yo tenía un compañero que le pedía el bebé a su hermana con la excusa de sacarlo a pasear para que ella descansara. Pero no lo hacía por la hermana, sino por él. Decía que se liga más con un bebé que con un perro.

Araceli asentía con la cabeza y sonreía al ver la cara pensativa de Alba. De pronto, Luis se cayó y la conversación se quedó ahí por el momento. Beatriz dio un respingo del asiento y fue hacia su hijo. Luis se tocaba el codo dolorido y parecía dudar entre llorar o seguir jugando, pero cuando vio la cara preocupada de su madre acercarse, se decantó por lo primero. Beatriz le remangó la camiseta buscando dónde se había dado el golpe y vio apenas una rojez que lo más seguro ni se convertiría en moratón. De todas maneras, con el suelo cubierto de losetas de goma era difícil que se hubiera hecho mucho daño. Aun así, le dio una pequeña dosis de *mamiretal* y al instante Luis se levantó y volvió corriendo a sus juegos. Cuando Beatriz regresó al banco, Araceli seguía metiéndose con Alba por lo «peligroso» que era dejar a Pedro solo entre madres desesperadas.

La vez anterior también habían hablado las tres de cuernos, pero con menos guasa. Habían debatido sobre, en el supuesto de que sus maridos las engañaran, si les gustaría que se lo dijeran. Beatriz había dudado en sacar el tema, pero la indecisión la recomía. Pedro le había dicho a su mujer que el marido de Araceli la engañaba y Alba no había tardado en contárselo a Beatriz. Alba había intentado obtener más detalles de Pedro, pero era un tema incómodo. Además, él había dado a entender que no sabía, o prefería no saber, mucho del tema. Lo que sí había sacado Alba en claro era que Agustín no tenía una fija, una querida. «Varias», se había limitado a responder Pedro cuando Alba le había preguntado si Agustín le había puesto los cuernos a Araceli con una o más mujeres. La pregunta le había salido a Alba automáticamente. «Como si tirarse a una o a varias fuera distinto», había saltado Beatriz cuando se lo había dicho. Y sí, para Alba no era lo mismo, pero no había conseguido

saber más de Pedro. Si eran compañeras con las que se liaba en alguna fiesta del trabajo, mujeres que conocía en sus viajes de negocios o prostitutas, no estaba claro. Beatriz opinaba que tenían la obligación moral de decírselo a Araceli, tanto si había sido un desliz o no. «Encima, si es reincidente, ni te cuento», había añadido Beatriz indignada. Alba no estaba del todo de acuerdo, le fastidiaba lo que Agustín le hacía a Araceli, pero no estaba segura de que decírselo fuera lo mejor. Además, había dicho Alba, a veces el que salía peor parado era el mensajero. Así que habían decidido tantear el terreno con discreción una vez se volvieran a ver en el parque. De aquello hacía ya varios meses. Entonces, Beatriz, rezando para que no se le notara mucho la mentira, les había comentado que tenía un compañero de trabajo que le ponía los cuernos a su mujer y que tenía el dilema de decírselo o no a ella. «Si es simplemente la mujer de uno de tu trabajo, no», había respondido rotunda Araceli. Evidentemente, ese era el punto débil de la estratagema, ya lo habían discutido Alba y ella, pero Beatriz no podía referirse a «una amiga» al exponer el asunto, porque Araceli enseguida preguntaría que quién era pensando que seguramente la conocería. Beatriz había tenido entonces que explicar lo maja que era aquella mujer y lo bien que le caía. Había explicado que se la cruzaba a menudo y que le daba pena que no supiera que su marido le ponía los cuernos. «Sobre todo teniendo un hijo», había añadido Beatriz, mientras Alba le intentaba decir con la mirada que cerrara ya el pico. Araceli se había pensado entonces un poco más la respuesta, pero venía a ser la misma. «No, mejor no decírselo». Alba había apuntado rápidamente que ella estaba de acuerdo, mientras le daba vueltas a toda velocidad en su cabeza a cómo cambiar de conversación sin que se notara mucho. Pero el debate estaba servido. Araceli pensaba que mejor no meterse porque, desde fuera, es difícil saber qué tipo de relación tiene una pareja. Podía incluso ser una relación abierta. Beatriz, sin embargo, dudaba de que hubiese muchas parejas con ese tipo de relación. «Además, me consta que ella no le pone los cuernos a él», había insistido Beatriz. Araceli quería preguntar a Beatriz cómo estaba tan segura, pero Alba había empezado a hablar de una tienda de ropa en la que estaban de liquidación por traspaso y eso le interesaba. «En todo caso, a mí no me gustaría que me lo dijeran si me ponen los cuernos», había zanjado Araceli antes de pedirle a Alba más detalles sobre dónde estaba aquella tienda.

Con tal respuesta, el dilema había quedado resuelto, aunque Beatriz seguía sin estar convencida de que fuera mejor callarse esas cosas. Araceli, sus razones tendría, pero a ella sí que le gustaría que se lo dijeran, pensaba. De

camino de vuelta al banco, Beatriz no pudo evitar ver una cornamenta sobre la cabeza de Araceli. Su mirada se cruzó con la de Alba, que le pedía que se quitara esa cara de pena de encima. Araceli, en todo caso, no pareció darse cuenta, como tampoco se dio cuenta de que, cuando Beatriz se sentaba de nuevo con ellas, Alba movía ligeramente la cabeza y le decía a Beatriz con la mirada «ni se te ocurra sacar el tema».

El resto del tiempo, sin embargo, transcurrió de buen humor y cuando Alba dijo que se tenían que volver, a Beatriz le pareció muy pronto. Araceli se quedó unos minutos más. Hacía tiempo que no habían quedado y Araceli parecía echar mucho de menos poder recordar con ella su época de estudiantes. Estaba animada esa tarde. Beatriz la dejó hablar mientras reía al recordar batallitas contadas ya mil y una veces. Pero Emma parecía aburrirse y venía constantemente a quejarse, unas veces porque tenía sed, otras porque le picaba un ojo.

—Espera, no cierres el ojo que tienes una pestaña, te la voy a quitar —le dijo su madre separándole los párpados.

—¿Quieres un pañuelo? —ofreció Beatriz.

—No, ya la tengo —dijo Araceli—. Anda, no, se ha quedado dentro —añadió al no ver la pestaña en la punta del dedo con él que creía haberla sacado.

—¡Válgame Dios! —exclamó Emma.

Beatriz miró a Araceli sonriendo.

—Ya la tengo, venga, vete a jugar y no te toques más el ojo.

Beatriz seguía mirando a Araceli divertida.

—Sí —dijo Araceli—, Emma pasa demasiado tiempo con mis padres. Agustín no dice eso.

—Son como esponjas. Oyen algo que les llama la atención o les hace gracia y, luego, lo sacan siempre que pueden.

—Las expresiones «viejunas» de mis padres, por lo menos, no son un problema. El problema es que Emma te suelta cualquier burrada que ha oído y, encima, falta con que le digas que eso no se dice para que no deje de repetirlo.

—Ya, Luis está en esa época en que no paran de decir «caca». El otro día, estaba con un vecino mirando por el ventanal del balcón y empiezan a señalar cosas en la calle diciendo «mira, una caca» y «allí, otra caca», y se mondaban.

—A Emma también le hacía gracia, «caca», «pipí», no paraba. Parece que mi sobrino lo que no para de decir es «joder» —contó Araceli con una mueca—. Lo habrá oído en el cole, porque mi hermano no lo suele decir.

A Beatriz le hubiera gustado volver a sacar el tema de los cuernos, pero Araceli no era tonta y se habría dado cuenta. Encima, con Emma interrumpiendo cada dos por tres... Siguieron hablando de cosas menos trascendentales, haciendo algún comentario sobre alguien que conocían y dejando cada vez silencios más largos entre tema y tema. Beatriz se dijo que no era necesario hablar sin parar para disfrutar de la compañía de Araceli. Estaba a gusto con ella, ¿se conocían desde hacía ya tantos años! Araceli parecía también estar a gusto, pero, harta de tanta queja de su hija, al final terminó yéndose también.

—Me voy, que me la conozco y se va a poner cada vez más follonera.

—Estará cansada, a los míos les pasa lo mismo —dijo Beatriz, levantándose como Araceli del banco.

Miguel y Luis ni siquiera se enteraron de que Emma se había ido. Tenían para rato y Beatriz pensó que por lo menos no había venido cargada con la merienda para nada. Siempre llevaba de todo encima, por si acaso. Agua, toallitas, algo de comer... El bolso siempre le pesaba un montón. Juan se reía de ella porque la mayoría de las veces ni la mitad de las cosas que llevaba auestas habían sido necesarias. Así que Beatriz, a menudo, se sentía como un camello. Aunque, si había que elegir, ella prefería ser precavida. Bastaba con que un día, con las prisas, se le olvidaran los botellines de agua, para que, apenas hubieran salido, empezara alguno de los dos a decir que tenía sed. Y eso, después de que Beatriz preguntara dos o tres veces antes de salir si tenían que beber.

Beatriz sacó el móvil de nuevo y se puso a leer mensajes y a ver vídeos atrasados. La mayoría eran chistes más bien con poca gracia, pero a menudo iban seguidos de rondas de emoticonos risueños. Volvió a la lista de contactos y eligió dos o tres a los que escribir. Dos eran amigas con las que cada vez tenía menos contacto. Solteras, todavía se veían más o menos a menudo para tomar algo. Ahora, con hijos, la relación se limitaba a un «¿Qué tal?» por WhatsApp de vez en cuando. Beatriz empezó a escribirle a la primera, miró la pantalla y vio que el corrector automático le proponía «estáis» después de «qué tal». Aceptó la sugerencia, pero cuando estaba escribiendo que esperaba que todo fuera bien, se lo pensó mejor, volvió atrás y escribió «estás». No le interesaba si el peque llevaba bien el cambio de la guardería al colegio o si al marido lo habían elegido para un proyecto u otro. Lo que le interesaba era saber cómo estaba su amiga. Leyó algunos de los mensajes anteriores y se dio cuenta de que habían intercambiado banalidades sobre sus familias como si

les diera pudor escribir sobre ellas mismas. Como mucho un «estoy harta» o «estoy supercansada» aquí o allá. Quizás más les había parecido demasiado egoísta. O quizás era que no pensaban en otra cosa que no fuera sus hijos y el esfuerzo que suponía sobrevivir a su día a día. Atrás se habían quedado las recomendaciones sobre lo que ponerse para tal o cual evento, los comentarios sobre la clase de zumba a la que se habían apuntado o los proyectos de viajes que habían compartido en el pasado.

Beatriz levantó la vista para ver dónde estaban Miguel y Luis. El pequeño estaba subido al barco de madera, entretenido con una especie de catalejo. Miguel estaba en los columpios, lo cual era un poco extraño porque a menudo decía que eran para los niños pequeños. En el columpio de al lado había un niño un poco más grande que se balanceaba con fuerza. Una vez cogida cierta velocidad, cuando el columpio subía impulsado por sus piernas extendidas hacia adelante, el niño saltó para caer de pie a un par de metros delante del columpio. Miguel lo imitó, saltó y cayó de pie con los brazos extendidos como un gimnasta que acaba de clavar su salida de las paralelas. Miguel miró a su madre como esperando un aplauso o algún gesto de admiración, pero Beatriz no estaba segura de que ese juego fuera una buena idea. Dudó durante unos instantes en si decirle o no a Miguel que se dejara de acrobacias. No quería ser una vez más la aguafiestas. «Déjalo», le habría dicho seguramente Juan si hubiera estado allí. «Se está divirtiendo», habría añadido. Aunque lo que realmente intentaba decirle Juan a Beatriz es que confiara en sus hijos. Beatriz era consciente de que no podía protegerlos constantemente y de que ellos tendrían que aprender también por su cuenta. ¿Los estaría protegiendo más de lo debido, cortándoles las alas y haciendo de ellos futuros adultos dependientes?

Miguel se subió de nuevo en el columpio y se puso a balancearse, cogiendo poco a poco más velocidad. Conforme iba y venía, su risa iba en aumento y Beatriz sonrió consiguiendo olvidar en parte su preocupación. Miguel saltó de nuevo cuando el columpio volvía hacia adelante. Beatriz tuvo la sensación de que Miguel no había saltado en el momento oportuno. De hecho, cayó sentado en vez de caer de pie. Beatriz se inclinó hacia adelante para levantarse, pero la risa de Miguel se hizo todavía más franca. Sí, la verdad es que tenía gracia eso de caerse de culo. Mejor que se lo tomara así y no que le diera vergüenza, sobre todo delante de aquel otro chico que parecía dominar tan bien la cosa. Beatriz pensó que aquello merecía una foto, pero no le dio tiempo a sacar el móvil del bolso. En ese momento el columpio volvía y golpeó la cabeza de

Miguel con fuerza. Beatriz estaba lejos, pero le pareció oír un «crac». Salió corriendo hacia Miguel, que se tocaba detrás de la cabeza con la mano derecha, la sonrisa petrificada en su cara. La distancia hasta donde estaba Miguel le pareció a Beatriz interminable, como si estuviera en uno de esos sueños en los que corría con todas sus fuerzas pero no avanzaba. Miguel se miró la mano derecha y su cara cambió, estaba llena de sangre. Luis se había acercado a donde estaba su hermano. Los demás niños del parque habían interrumpido sus juegos y los adultos miraban con cara de preocupación.

—Luis, coge el bolso de mamá y vamos corriendo al coche —gritó Beatriz.

Pero Luis estaba paralizado, con la mirada clavada en la mano ensangrentada de Miguel. Beatriz había llegado a la altura de Miguel y sin hacer caso de su aprensión miró la parte posterior de la cabeza, pero no vio gran cosa más allá de un amasijo de sangre y pelos.

—Vamos, Luis —insistió Beatriz mientras cogía a Miguel en brazos.

Una madre se acercó para preguntar si era grave, pero cuando vio la sangre sacó el móvil y le dijo a Beatriz:

—¿Llamo a una ambulancia?

—No, voy a llevarlo directamente a urgencias —respondió Beatriz.

—¿Hay un médico aquí? —oyó Beatriz gritar a alguien, pero nadie parecía serlo.

—El San Carlos está muy cerca —dijo la mujer de la ambulancia—. La entrada a las urgencias es por la calle Salzillo.

Luis seguía sin moverse, y Beatriz, sosteniendo a Miguel con una mano, tiró con la otra de Luis en dirección al coche.

—Coge el bolso de mamá y saca las llaves del coche, mi vida —le dijo a Luis forzándose a utilizar un tono más tranquilizador esta vez.

Luis salió corriendo finalmente hacia el banco, abrió el bolso pero tardó en encontrar las llaves. Cuando las tuvo, intentó ponerse el bolso en bandolera tal como hacía su madre, pero pesaba mucho, así que tiró de él arrastrándolo por el suelo. Entonces un señor agarró el bolso y cogió la mano de Luis con fuerza. Beatriz, que avanzaba pero seguía volviéndose cada dos segundos para ver por dónde iba Luis, miró al señor y le dedicó una tímida sonrisa de agradecimiento. Cuando llegaron a su altura Beatriz le dijo:

—Tengo el coche aquí cerca. Enfrente de la librería.

El señor se limitó a asentir y siguió a Beatriz hasta el coche. En los brazos de Beatriz, Miguel ni lloraba ni decía nada, y ella le suplicaba suavemente al oído «háblame».

—Me duele, mamá —susurró finalmente Miguel para gran alivio de Beatriz.

Cuando llegaron, la respiración de Beatriz se había acelerado y prácticamente jadeaba. Miguel pesaba ya más de veinticinco kilos y, una vez que lo dejó en el suelo junto al coche, Beatriz notó sus brazos agarrotados por el esfuerzo. Abrió la puerta trasera y ayudó a Miguel a sentarse. El hombre dejó el bolso de Beatriz en el asiento del copiloto y abrió la otra puerta trasera para que Luis entrase.

—¿Puedes conducir? —le dijo a Beatriz tendiéndole las llaves.

Beatriz asintió con la cabeza, pero no consiguió contestar que no había problema, que el hospital no estaba lejos. Lo único que consiguió decir Beatriz fue la primera sílaba de un «gracias», la segunda se le ahogó en la garganta.

Luis estaba aterrorizado al ver tanta sangre y no paraba de mirar la cabeza de su hermano.

—¿Se le va a salir el cerebro a Miguel, mamá? —consiguió preguntar.

—No, no, ya verás como en el hospital se lo curan rápido.

—¿Con una tirita gigante? —quiso saber Luis.

—No lo sé, pero ahora tienes que estar tranquilito para que mamá pueda conducir sin ninguna distracción. ¿Vale?

Beatriz arrancó el coche y al meter la primera se dio cuenta de que su mano derecha temblaba. «No está lejos», se dijo. A unos metros del semáforo, este se puso en ámbar. Beatriz quiso acelerar para pasarlo en el último minuto, pero el coche de delante se paró y Beatriz tuvo que frenar bruscamente. Se giró para ver a Miguel, que seguía más tranquilo de la cuenta.

—Enseguida llegamos, cariño. Dime algo.

Miguel la miró, pero no dijo nada. «Por Dios, que no sea grave», pensó Beatriz. «¿Por qué no habla?». «¿Será pasajero o es que el golpe le habrá afectado a la región del habla?». Beatriz se puso a pensar en qué otras secuelas podrían quedarle. Tenía ganas de volverse y pasarle un dedo de un lado para otro delante de los ojos, como había visto en alguna película. No entendía mucho para qué servía esa prueba, pero sabía que si Miguel no seguía con la vista el dedo sería mala señal. El ruido desagradable de los neumáticos rozando con el bordillo cortó en seco sus reflexiones. Antes de que tuviera tiempo de girar el volante para separarse del bordillo, Beatriz oyó un golpe fuera del coche. Quiso mirar por el retrovisor derecho, pero este ya no estaba en su sitio, sino colgando. Beatriz miró por el retrovisor interior y vio un poste

de tráfico alejarse. A Juan no iba a hacerle ninguna gracia. Las manos empezaron a temblarle todavía más violentamente y Beatriz se preguntó si conseguiría llegar o si terminarían todos en urgencias porque ella había provocado un accidente.

Respiró profundamente e intentó concentrarse en el trayecto; no estaban lejos. Miró su mano derecha, apoyada en la palanca de cambios, dispuesta a cambiar a cuarta en cuanto el tráfico le dejara pisar a fondo el acelerador. La mano estaba manchada de sangre, como también lo estaba la manga de la camisa. Beatriz quiso evitarlo, pero la imagen de la cabeza ensangrentada de Miguel se plantó en su mente. Intentó empujarla fuera una y otra vez, pero la imagen volvía. «Si al menos Miguel dijera algo...», pensó Beatriz.

—Luis, ¿cómo va Miguel?

—No sé —se limitó a decir Luis sin mucho convencimiento.

Beatriz no veía a Miguel a través del retrovisor. «Debería haberlo sentado en el lado de Luis», se dijo. Pero, para eso, hubiera tenido que cambiar el asiento de Luis de lugar. Su objetivo era, sin embargo, llegar al hospital lo antes posible y bastaba que uno fuera con prisas para que costara desenganchar el cinturón de seguridad del asiento. Maldito tráfico. Pitó de nuevo, pero lo único que obtuvo fue otros pitidos irritados. Quizás no debería haber cogido el coche. Sí, deberían haber llamado a una ambulancia. Las ambulancias se abren paso y seguramente ya habría llegado al parque. Beatriz pensó en sacar un pañuelo por la ventanilla como había visto de pequeña hacer a su padre cuando su madre se había roto el codo. Pero no tenía un pañuelo a mano. Beatriz miró alrededor de ella en el coche, pero no vio ni siquiera un mísero pañuelo de papel. «Seguramente en el bolso», pensó. Pero, después del primer frenazo, este estaba en el suelo delante del asiento del copiloto y a Beatriz se le hacía imposible cogerlo, abrirlo y rebuscar en su interior mientras intentaba conducir como podía. Sacó la mano y la agitó intentando dar a entender que era una urgencia. Una mano salió por la ventanilla del conductor del coche de delante y le dedicó una peineta.

También tenía que llamar a Juan, pero eso se le antojaba todavía más difícil. «¿No estabas mirando?» se lo imaginaba diciendo, como si él estuviera más pendiente de sus hijos que ella. ¿No era él el que decía que había que darles autonomía? Una vocecilla le aclaró que aquello no entraba en la categoría de «darles autonomía», sino que era pura negligencia. «Pero ¿qué clase de madre eres? ¿Cómo has podido dejar que pasara?», le recriminó la vocecilla. Beatriz miró de nuevo por el retrovisor intentando ver aunque solo

fuera un trocito de la cara de Miguel. «¿Le quedarán secuelas a Miguel?, ¿algún tipo de parálisis que le afecte al habla o a los movimientos?», se preguntó.

Miguel emitió un sonido que Beatriz no supo si era un gruñido o un quejido. Se lo imaginó perdiendo la consciencia o la poca que tenía, con la cabeza ensangrentada caída hacia delante, inerte. Dios mío, su hijo se moría y ella era incapaz de hacer nada útil, simplemente temblar, equivocarse con las marchas y arrancar el retrovisor. De pronto, Beatriz se dio cuenta de que la imagen de los coches delante de ella empezaba a cubrirse con una especie de filtro gris. Beatriz conocía la sensación y las consecuencias le aterrorizaron. Era la sensación que tenía a veces cuando tenía la tensión baja y se levantaba bruscamente de la silla. El mareo entonces era momentáneo y, a menudo, ni siquiera necesitaba volver a sentarse para que se le pasara. Otras veces, sin embargo, la vista seguía nublándosele progresivamente hasta que todo se volvía negro y perdía la consciencia. Beatriz no podía permitir que el gris se volviera negro, no conduciendo, no tan cerca de la ayuda que su hijo necesitaba urgentemente.

—Luis, cántanos una canción —consiguió decir.

Pero Luis no quería cantar una canción. Beatriz se giró y vio un profundo miedo en los ojos de Luis. El gris delante de ella se espesaba, no iban a llegar. Sabía que tenía que relajarse y expulsar cualquier pensamiento negativo de su cabeza para que el gris se aclarara de nuevo poco a poco. Respiró profundamente, pero algo le decía que era inevitable, iba a perder el conocimiento y estampar el coche contra algo. Beatriz bajó de nuevo la ventanilla y empezó a hacerle gestos a un joven que estaba saliendo de su coche aparcado. El joven dudó un instante en qué hacer. «Otra idiota dando vueltas buscando una dirección», se dijo el joven convencido una vez más de que no se podía vender un coche a una mujer si no lleva un GPS instalado. No sabía a dónde querría ir aquella mujer, pero como hubiera que girar varias veces a la derecha o a la izquierda no merecía la pena darle ninguna indicación, en el primer giro se equivocaría. Alguien dos o tres coches detrás de Beatriz pitó y el joven terminó por acercarse.

—Urgencias —le dijo Beatriz con un hilo de voz señalando hacia el edificio del hospital que se veía al final de la calle.

El joven se acercó más, no estaba seguro de haber entendido. La mujer parecía querer salir del coche. Entonces vio la sangre que cubría el hombro izquierdo de Miguel y tiró al suelo el cigarrillo que se iba a encender, abrió la

puerta del coche y ayudó a Beatriz a salir. Vio su cara pálida, descompuesta, y buscó su mirada para decirle que no se preocupara, que él les iba a llevar hasta el hospital. Sintió la mano de Beatriz temblando e instintivamente se la apretó. Le pareció oír un «no puedo», pero otro pitido impaciente cubrió la voz de Beatriz. Beatriz fue tambaleándose hacia el otro lado del coche para sentarse en el asiento del copiloto. Mientras avanzaba hacia la puerta, Beatriz se apoyaba en el coche con la mano izquierda para sostenerse. Al joven, aquel momento le pareció una eternidad. En cuanto Beatriz abrió la puerta, el joven se metió en el coche, lo arrancó y consiguió decir:

—Enseguida llegamos.

Aunque el tono de optimismo con el que hubiera querido pronunciarlo se quedó en algún lugar por el camino. En el asiento de atrás, al lado del niño herido, había otro más pequeño que lo miraba petrificado. Mientras aceleraba, el joven miró de reojo a Beatriz, que parecía haber perdido el conocimiento. Una pelota se cruzó delante del coche y el joven frenó a tiempo para no atropellar al crío que corría tras ella. Con el frenazo, la frente de Beatriz se dio contra el salpicadero. «Mierda, no se ha puesto el cinturón», se dijo el joven, que miró para atrás para ver si los niños lo llevaban puesto. Pocos minutos más tarde, con una mano en el volante y la otra sujetando a Beatriz para que no se volviera a estampar contra el salpicadero, llegó a la entrada de urgencias. Salió del coche e hizo gestos a un enfermero que estaba fumando a pocos metros de la puerta. El enfermero vio a Beatriz, que empezaba a volver en sí y se tocaba dolorida la cabeza.

—Voy a por una silla de ruedas —dijo aplastando el cigarrillo en el suelo.

—Es el niño —contestó el joven saliendo del coche—, se está desangrando —añadió sorprendido por la pasividad del enfermero.

El joven abrió la puerta del lado de Miguel mientras el enfermero se acercaba. Beatriz había salido también del coche. Se la veía aturdida, pero parecía estar recuperando los colores. En todo caso, sus movimientos eran más rápidos. Beatriz sacó a Luis del coche, lo cogió en brazos y echó a andar siguiendo al enfermero que acababa de desaparecer con Miguel por la puerta del edificio. Al llegar a la recepción, Beatriz ya había dejado atrás su mareo.

—¿Es usted la madre? —le preguntó una administrativa desde detrás del mostrador.

—¿Dónde se lo han llevado?

—Ahora se lo indico, me tiene que dar los datos. ¿Nombre y apellidos?

Beatriz empezó a dar mecánicamente los datos que le pedía mientras

miraba hacia el pasillo intentando adivinar por qué puerta se habrían llevado a Miguel. Luis no decía nada, pero apoyaba la cabeza contra el pecho de Beatriz y eso parecía tranquilizarle.

—814, sala de espera verde —dijo la administrativa como si Beatriz debiera saber dónde estaba aquella sala.

Beatriz miró en la dirección que aquella mujer parecía indicar con la cabeza, pero no vio ninguna sala verde. La administrativa había vuelto a lo suyo.

—¿Hay...? —dijo un señor que se había acercado al mostrador.

—Un momento —le cortó la administrativa sin levantar la vista.

—¿La sala de espera verde es por aquí a la derecha?

—Sí, 814.

La administrativa levantó la cabeza y con la mirada le preguntó al señor que qué quería esta vez. Beatriz se dirigió al pasillo de la derecha esperando ver alguna indicación. Luis empezaba a pesarle y un dolor punzante se abría paso por su espalda a la altura de los riñones.

—¿Han traído por aquí a mi hijo? —le preguntó a una doctora—. Es castaño claro con los ojos verdosos.

—¿Qué tenía?

—Sangre en la cabeza, un golpe con un columpio.

—Lo han llevado a radiología. Pase esa puerta y gire a la izquierda. Verá unos asientos contra una pared verde. Espere allí, que no tardarán en ir a buscarla.

—Gracias —respondió Beatriz sin necesidad, su cara ya lo decía todo.

Beatriz tiró por el pasillo de la izquierda. 809-823 indicaba un rótulo blanco y negro. Más adelante vio otros dos con los números 811 y, más adelante, 815. Volvió sobre sus pasos y vio que un pasillo lateral se ensanchaba a pocos metros. No veía a nadie a quién preguntarle, pero una de las paredes era verde limón. Se sentó, puso a Luis en el asiento de al lado y le cogió la mano.

—No hay que preocuparse —dijo sin atreverse a mirarlo—, ahora los médicos van a curarle.

La mano de Luis estaba pegajosa. Beatriz sacó una toallita del bolso y se la limpió. Luis había debido de tocar la sangre de Miguel en algún momento. Con la mano inerte, Luis seguía sin decir nada, tenía miedo. Beatriz lo sentó en su regazo.

—Vamos a llamar a papá para decirle que Miguel está en buenas manos y

que no hay que preocuparse.

Beatriz cogió su móvil pensando que a lo mejor tenía un mensaje de Juan preguntando por qué tardaban tanto en volver, pero no, ni llamada perdida ni mensaje. Le dio al icono con la foto de Juan y el teléfono empezó a marcar. Al cabo de cinco tonos saltó el contestador. Juan solía ponerlo en modo «vibración» cuando iba al trabajo, pero a veces se le olvidaba cambiarlo cuando volvía a casa. Beatriz esperó unos instantes antes de intentarlo de nuevo. Si lo tenía cerca lo habría notado vibrar y seguramente le devolvería la llamada. Pero Juan no llamó y Beatriz marcó de nuevo y, de nuevo, le salió el contestador. Típico, cuando lo necesitaba no contestaba. Beatriz no lo llamaba mucho. Sabía, sin embargo, que había otros matrimonios que se pasaban la vida colgados al teléfono. Años atrás había tenido un compañero de trabajo a quien su mujer llamaba continuamente para preguntarle cualquier cosa. Pero ella no, Beatriz llamaba solo cuando era necesario y le daba rabia que la mitad de las veces no pudiera hablar con Juan. Lo más estresante había sido, durante la recta final de sus dos embarazos, sobre todo del primero, no saber si podría contar con él. En aquellos momentos, Beatriz a menudo pensaba que se pondría de parto y que, no solo no podría dar con Juan para que la llevara al hospital, sino que él seguramente llegaría al paritorio una vez hubiera terminado todo. Beatriz tecleó «llámame cuando puedas» y le envió el mensaje.

Luis se había quedado dormido y Beatriz se echó hacia atrás en el asiento para que estuviera más cómodo contra ella. La respiración de Luis era regular y tenue. Beatriz empezó a relajarse y pudo, por fin, llorar en silencio.

GRANITO

Beatriz cogió la varilla del test. Faltaban todavía cuatro segundos para que terminara la espera, pero no podía aguantar más. Miró la ventanita y cogió de nuevo el folleto. Lo había leído tres veces, pero con los nervios se le había olvidado lo que tenía que salir cuando era positivo y lo que salía cuando era negativo. Ahora tenía la varilla del test encima del folleto y no había duda. Estaba embarazada. No de mucho, todavía no había tenido la primera falta, pero lo estaba. Con Luis y Miguel no le había costado nada, pero esta vez era ya el cuarto test de embarazo que utilizaba. No quería perder tiempo, con los cuarenta ya encima, no le quedaba mucho. Después del segundo test negativo había empezado a apuntarse en el calendario del móvil los días que serían más fértiles en el siguiente ciclo. A Juan no le había dicho nada de sus cálculos. Llegado el momento, Beatriz tomaba la iniciativa y Juan nunca decía que no a sus avances. Él estaba de acuerdo con tener un tercero, pero si venía, bien y si no, también, le había dicho.

La idea había sido de Beatriz. Y eso que, después del embarazo de Luis, se había prometido que nunca más pasaría por lo mismo. Desde el primer momento había estado muy cansada. Además, había tenido diabetes gestacional y Luis había nacido muy grande, después de un parto particularmente horrible porque ya estaba demasiado dilatada para que le pusieran la epidural cuando el anestesista llegó de otra urgencia. El dolor del parto se le había olvidado pronto, pero el cansancio le había perseguido durante meses. Ahora las cosas eran más llevaderas; Luis, con cuatro años, era cada vez más independiente. Se vestía solo, hacía su cama y empezaba a ayudar a poner la mesa. Aun así, antes de tomar la decisión, Beatriz se había preguntado si realmente quería empezar de nuevo con pañales. ¿Y el estrés? Las caídas, los accidentes, las visitas a urgencias serían más frecuentes con tres.

Beatriz aún tenía muy reciente la última visita a urgencias, pero esa no había sido la primera. También habían tenido que ir una vez que Beatriz pilló a Miguel bebiéndose la botella de jarabe para la tos y otra en la que a Luis se le rompió el vaso en el que estaba bebiendo y pensaban que podía haberse

tragado algún trozo de cristal. Cuando pasó lo del columpio, Juan había bromeado diciendo que tendrían que hacerse una tarjeta de fidelidad. «Cada cinco visitas deberían regalar un paquete de tiritas de los minions», había dicho de broma. Al final, lo del columpio no había sido grave. Mucha sangre, sí, pero no había habido fractura. Eso sí, a Miguel le habían tenido que dar varios puntos y lo habían dejado un tiempo en observación por la conmoción. La cosa se había quedado finalmente en anécdota, pero el susto había tenido a Beatriz completamente paralizada un buen rato aquel día. Tan paralizada que simplemente le había dicho un tímido «gracias» a aquel joven cuando le fue a llevar las llaves del coche. Lo había estacionado en el *parking*, luego la había buscado por todo el hospital y ella, encima, no había caído siquiera en preguntarle cómo se llamaba. «¿Ves? —le había dicho Juan—, no hay que preocuparse tanto por todo, a veces las cosas terminan saliendo bien». Y ¿quién sabe?, con un tercero quizás también sería así, había pensado Beatriz.

Juan se había sorprendido cuando Beatriz le había dicho que quería tener otro hijo. No parecía ser de las que disfrutaban estando embarazada. Solía estar más nerviosa de lo normal y, luego, tras el parto, el ánimo le daba un buen bajón. Él tenía por tanto asumido que se plantarían con dos. Además, por fin habían conseguido un buen ritmo con los horarios de trabajo y los del cole. Solo faltaba que en la empresa de Beatriz se modernizaran un poco y aceptaran el teletrabajo, aunque fuera solo un día a la semana, como él ya hacía en la suya.

Juan no había dicho gran cosa, había dejado hablar a Beatriz, había escuchado sus razones y visto el brillo en sus ojos. El mismo brillo que cuando él, años atrás, le había preguntado, como quien no quería la cosa, que por qué no se casaban. Juan sabía que ella tenía ya la decisión tomada y que él no sería capaz de decirle que no. Tampoco le disgustaba la idea. Como hijo único siempre había soñado con tener muchos hermanos. Habría que hacer algunos cambios, pero le parecía factible. Lo único que le preocupaba era el posible chasco que se llevaría Beatriz si era otro niño. Porque si Beatriz quería quedarse embarazada seguramente era para tener una niña. «Esta vez es una niña», le había dicho Beatriz pasándose la mano suavemente por el vientre durante el embarazo de Luis. «¿Cómo lo sabes?», le había preguntado Juan sonriendo y dispuesto a jugar a llevarle la contraria. Ella había respondido simplemente que lo sabía con una gravedad que había puesto punto final a la conversación.

Cuando la ecografía no dejó lugar a dudas de que sería un niño, Beatriz se

empeñó en que se llamaría Luis. Juan la observaba por si veía por algún resquicio un atisbo de tristeza. Pero Beatriz parecía haber superado pronto la decepción, por lo menos de cara al exterior. ¿Para qué? Lamentarse no arregla las cosas, parecía decir cuando Juan le preguntaba con la mirada. «Tampoco es para tanto», se mentía a sí misma. Al fin y al cabo, el ser los dos niños era práctico, ya tenía la ropa y más adelante sería más fácil organizarse. Podrían apuntarlos a las mismas actividades. La parte más racional de Beatriz estaba convencida de que no se le quedaría esa espinita clavada. Tampoco es que tuviera mucho tiempo para pensar en el tema. Beatriz se había pasado los últimos años sin tiempo para nada, corriendo de casa al trabajo y del trabajo a casa, y sin parar ni en un sitio ni en el otro.

Había sido en vísperas de su cumpleaños cuando la idea de otro embarazo le había empezado a rondar a Beatriz. «Cuarentona», la había llamado cariñosamente su hermano. De pequeña, Beatriz siempre se había imaginado a una cuarentona como una señora mayor, con un traje sobrio y un bolso de piel de serpiente. Lo de la piel de serpiente siempre se había preguntado por qué sería, pues no recordaba que en su niñez hubiera visto a ninguna señora con un bolso parecido. Ahora, adulta, ya no veía ningún bolso de piel serpiente en su imaginación, sino los cuarenta acercándose al galope, decididos a firmar el acta de defunción de su fertilidad. Beatriz siempre había pensado que sería la menopausia la que le haría sentirse menos mujer. La menopausia y todos esos desarreglos hormonales que hacían que salieran pelillos en el mentón. Pero no, era ahora, con los cuarenta diciéndole a su reloj biológico que el final de su etapa como hembra se acercaba. Si todavía le quedaba alguna, pensó, esta sería su última oportunidad de ser madre.

Al final su cuarenta cumpleaños pasó. La idea de un tercer embarazo seguía ahí, en algún sitio, pero las dudas empezaban a condenarla al olvido. Cuando veía a Juan jugar con Miguel y Luis, le daban ganas de compartirla con él, pero Beatriz nunca parecía encontrar un buen momento. Y luego, era cierto que a los hijos se les quiere mucho, pero no se les quiere igual. Miguel y Juan tenían una relación cada vez más estrecha, y ella, ella tenía debilidad por Luis. Con un tercero, si cada uno tenía predilección por uno de sus hijos, ¿quién de los tres se sentiría un poco más abandonado? ¿El de en medio?

Así, la idea iba y venía, pero a menudo se veía relegada en una esquina por falta de tiempo para madurarla. Aquella había sido una época de bastante trabajo. Mariano comentaba que después de Semana Santa las cosas se calmarían. Al pasar la Semana Santa, empezó a decir bastante convencido que

sería «después del verano». Pero el otoño llegó y siguieron sin dar abasto. Beatriz empezó a decirse que con un tercero terminaría muriendo en el intento. Ya bastante tenía con dos. Y eso que se dopaba todas las mañanas con cafeína y comprimidos de magnesio. Y luego, los cuarenta ya los tenía bien encima, con canas y todo.

Sin embargo, a Beatriz le había sorprendido cuando, por ese entonces, Alba le había dicho que iba a tener el tercero. Ella, que ya tenía la parejita. «¡Qué valiente!», era lo primero que le había salido a Beatriz. Pero Alba estaba encantada, orgullosa de mostrar barriga y llena de planes para convertir en dormitorio la exigua habitación que les hacía las veces de trastero y despacho. Beatriz se había alegrado por ella, aunque mentalmente se preguntaba si Alba no tenía miedo de que naciera con alguna alteración genética. Alba era un año mayor que ella y lo tendría con cuarenta y dos. Beatriz no se había atrevido a preguntarle, pero Alba la conocía desde hacía años y había adivinado su inquietud. Quizás por eso, Alba le daba un parte detallado a Beatriz cada vez que iba a hacerse una ecografía o cualquier otra prueba.

Aunque, más que el hecho de que Alba fuera a por otro, lo que más le había sorprendido a Beatriz era descubrir que dentro de ella se había encendido de nuevo la lucecilla de su idea. Los cuarenta, al fin y al cabo, no parecían ser una barrera infranqueable. A Alba le estaba yendo todo muy bien. «Te llevan un poco más controlada, pero ya no es nada del otro mundo tener un hijo pasados los cuarenta», le había dicho Alba. Beatriz había rescatado entonces aquella idea, la había cogido y mirado por todos los costados, y cuanto más la miraba, más se decía que quería realizarla, que iba a realizarla.

Aun así, Beatriz sabía lo que eso implicaría, sobre todo respecto al trabajo. Mariano le había prometido que, si seguía trabajando así, convencería a Celia para que le subieran considerablemente el plus de productividad a partir de la siguiente revisión de salarios. Había dejado a Beatriz con la duda de cuánto podría ser, pero cualquier subida de sueldo sería como agua bendita. Juan estaba harto de repetir que les convendría cambiar de coche, que el que tenían no sabía cuánto tiempo más les iba a durar. Beatriz quería cambiar los muebles de la habitación de Miguel y Luis, que se habían quedado muy de bebés. Además, habría que comprar un escritorio para los deberes, aunque no sabía todavía cómo cabría entre tantas cajas de juguetes y disfraces.

Mariano ya le había dicho el año anterior lo de la subida de sueldo, pero no había podido ser, y Beatriz se había tenido que conformar con la

actualización mínima establecida por el convenio. Esta vez, sin embargo, Mariano le había dicho que de ese año no pasaba y había insinuado que podría ir ligado a un cambio de puesto, una especie de ascenso. Estaba claro que se lo merecía, era trabajadora y fiable, le había dicho Mariano. Había también dado a entender que Celia no sería un escollo, aunque le había sugerido a Beatriz que la tuviera contenta, pues, al fin y al cabo, Celia podía tirar de bastantes hilos en la empresa.

Seguramente ni Celia ni Mariano apreciarían que se quedara embarazada. Beatriz estaba convencida de que ella seguiría esforzándose como hasta entonces en el trabajo. Ya había pasado dos veces por ello y no recordaba que le hubieran hecho algún comentario como que trabajaba menos o peor. Beatriz había disimulado bien su cansancio y, las dos veces, se había cogido lo mínimo de baja por maternidad. Benditos abuelos. Su madre se merecía, incluso, que la pusieran sobre un pedestal. Menos mal que seguía teniendo buena salud a pesar de sus sesenta y tantos. Esta vez también podría contar con ella. Además, en el trabajo, Beatriz pensaba tener el tiempo a su favor. La fecha de la revisión anual de salarios se acercaba y seguramente podría anunciar el embarazo después de que se confirmara la subida. Así no había riesgo de que se echaran atrás una vez que supieran que estaba embarazada. Sin embargo, la duda de si, esta vez, le darían el aumento se le coló por la ropa y le provocó un escalofrío. Con lo mucho que se lo curraba, no tendrían ninguna excusa para no dárselo, se animó mentalmente. Encima la empresa iba viento en popa, con los beneficios creciendo más que nunca.

Antes incluso de decirle a Juan que estaba embarazada, Beatriz llamó a Blanca. Blanca era una de sus mejores amigas del instituto. Habían pasado años sin verse cuando Blanca se había ido a estudiar a Madrid. Pero desde que había vuelto y abierto su consulta, Blanca era su ginecóloga. «Pásate a la hora de comer», le había dicho Blanca. A Blanca le iba bien, aunque también era porque nunca le decía que no a una paciente que llamaba a última hora para ver si tenía hueco. Sus jornadas eran maratonianas, pero parecía gustarle su trabajo. Hacía menos de un año había instalado en su consulta un equipo nuevo para hacer ecografías. El pequeño monitor dejó paso a una pantalla de televisión que había enganchado en la pared al otro lado de la biblioteca, donde tenía sus manuales de medicina y obstetricia. La resolución era francamente mejor y, aunque el gasto le había dado en un primer momento vértigo, le facilitaba enormemente su tarea. Hacía tiempo que Blanca se había acostumbrado a su nuevo instrumento de trabajo, pero todavía le agradaba ver

la sorpresa en la cara de sus pacientes cuando veían las imágenes en la pantalla. Para justificar el aumento de precio que había tenido que introducir para compensar la inversión, les daba a sus pacientes fotos impresas y vídeos, que, sobre todo las primerizas, recibían encantadas.

—Esa tele no la tenías la última vez.

—No creo que veamos mucho. Ahora te doy hora para dentro de tres o cuatro semanas —le había dicho Blanca apretando un tubo con una sustancia gelatinosa encima del vientre de Beatriz—, pero quería ver cómo estabas. ¿Notas algo?

—Todavía no. Estoy cansada, pero como siempre —había contestado Beatriz mientras Blanca deslizaba el sensor por encima de aquella gelatina transparente.

Blanca no decía nada. Beatriz miró a la pantalla, pero no veía nada. Blanca desplazaba el sensor como buscando una imagen desde otro ángulo.

—Aquí. ¿Ves esa especie de bolsa? Está aquí.

Beatriz seguía sin ver gran cosa, pero conocía bien a Blanca y aun sin verle la cara, porque tenía los ojos pegados a la pantalla, sentía que algo le preocupaba.

—¿Va todo bien? —le preguntó sin atreverse a mirar a Blanca.

—Sí, pero ¿ves esta sombra? No consigo verlo bien, parece otro, pero no estoy segura de que sea... —Blanca hizo una pausa buscando otra manera de decir «viable» antes de continuar—, de que esté bien formado. La próxima vez se verá mejor.

—¿Dos? Juan siempre ha querido tener gemelos —dijo Beatriz no sabiendo si alegrarse o no.

No le hubiera importado en el primer embarazo, pero ahora ya tenía dos. ¿Y si eran otros dos niños? ¿Sería capaz de lidiar con cuatro «torbellinos» como los que ya tenía? Su cara de preocupación era tan evidente que Blanca sonriendo le dijo:

—Por lo menos, uno sí, dos, ya veremos.

Beatriz había sido igual de prudente cuando se lo había anunciado a Juan, pero este se había puesto a dar saltitos por la habitación diciendo: «gemelos, gemelos».

—Tendremos que comprar un monovolumen.

—Y un casón —respondió Beatriz con ironía.

—Bueno, quizás más adelante, pero el coche sería bastante antes.

Beatriz le había insistido en que no estaba claro que fueran dos, pero Juan

le había contagiado su entusiasmo y ella empezaba a encariñarse con la idea. Intentaba no dejar volar su imaginación. «Que no te pase como en el cuento de la lechera», se decía, pero los primeros síntomas del embarazo empezaban a aparecer y, aunque desagradables, le animaban. El primero había sido una sensación permanente de angustia. Beatriz intentaba recordar si era más fuerte que con sus anteriores embarazos. Se suponía que con las niñas las náuseas eran más fuertes. Aunque también decían que un vientre más redondeado era una niña y uno más puntiagudo un niño y ella había tenido uno de cada con sus embarazos y luego habían sido los dos niños. «Ahora, dos niñas sería perfecto», soñaba.

A Miguel y a Luis no les habían dicho nada. Beatriz había preferido esperar a que estuviera más claro. Tampoco tenía ganas de que en el colegio empezaran a preguntarle, porque Miguel probablemente no diría mucho, pero Luis seguro que desde el primer día iría repitiendo que su mamá tenía dos bebés en la barriga.

No lo habían dicho tampoco a la familia. Beatriz sospechaba que la reacción de su madre no iba a ser muy positiva. Todo el mundo esperaba que Beatriz llegara lejos. Nadie antes en su familia había sacado un título universitario y, encima, tan brillantemente. Todos, empezando por sus padres, habían puesto sus ambiciones sobre los hombros de Beatriz. «El que vale tiene que aprovecharlo», decía su tío Gabriel y sonaba más a maldición que a halago. «Yo no pude, eran otros tiempos», le decía a Beatriz su madre, encargándole la penosa tarea de tomarle la revancha al destino en su nombre.

De hecho, si la madre de Beatriz le ayudaba tanto con Miguel y Luis no era precisamente porque no tuviera nada más que hacer, que lo tenía. Doña Milagros siempre había sido de las de no parar, tanto dentro como fuera de casa. Pero era su manera de contribuir a esa revancha nunca nombrada pero tan fuertemente deseada. Ella se quedaría en la sombra, para que Beatriz brillara. Le apoyaría haciendo lo que siempre le habían dicho que era cosa de mujeres. Lo poco, además, que doña Milagros sabía hacer, en un mundo donde la tecnología cambiaba a tal ritmo que se sentía descolgada. Con los niños, sin embargo, doña Milagros estaba en lo suyo. Siempre se le habían dado bien. «Deberían venir con manual de instrucciones», había oído quejarse alguna vez a una madre primeriza. A ella, sin embargo, criar hijos siempre le había parecido lo más natural del mundo, y seguía siéndolo. Poco había cambiado desde que ella se lanzó a la maternidad muchos años atrás. Y lo poco que había cambiado, doña Milagros lo ignoraba adrede. No era ella la que les iba

a llevar de merienda a la salida del cole una manzana y un «conglomerado de alpiste», que era como llamaba ella a las barritas de cereales. Un buen bocadillo de sobrasada y un batido de chocolate era lo que sus nietos necesitaban, que para eso estaban en pleno crecimiento.

Sí, Beatriz sabía que iba a decepcionar a más de uno. También se preguntaba si sería capaz de llevarlo todo adelante. Cada vez que entraba en el edificio en el que trabajaba sentía como si se le encogiera el útero. Y cada vez pensaba que, a la mañana siguiente, antes de afrontar la jornada, debería dedicar un momento delante del espejo a repetirse «tú puedes». Sabía que su duda sobreviviría a cualquier ejercicio de autosugestión, pero al menos, pensaba Beatriz, quizás conseguiría que la duda se retirara cobardemente a un segundo plano.

En cualquier caso, no había tomado la decisión a la ligera. Llevaba meses dándole vueltas en la cabeza y semanas preparando su cuerpo. Había dejado de tomar cerveza en el aperitivo y vino en las comidas. También había intentado comer más sano y bajar de peso, aunque esto último con un éxito más limitado que las dos veces anteriores. Poco más había podido hacer. Con Miguel había hecho cada día escrupulosamente una tabla de ejercicios para embarazadas que le habían recomendado. Durante el embarazo de Luis hubiera sido difícil encontrar un momento tranquilo para eso, pero, por lo menos, andaba mucho y la ventaja era que a Miguel le gustaban los paseos en la sillita. Sin embargo, había que evitar pasar cerca de un parque infantil durante el paseo. Si Miguel veía uno, la parada era entonces obligada. Si no, se enfadaba, empezaba a llorar retorciéndose en la sillita y empujaba con rabia el talón de un zapato con la punta del otro para quitárselo. Cuando Beatriz se paraba para recoger el zapato del suelo, Miguel aprovechaba para sacar los brazos fuera de los tirantes del cinturón de seguridad e intentaba encaramarse al respaldo de la sillita para intentar librarse de los que le retenían por abajo al asiento. Y, una vez medio suelto, era imposible volver a sentar bien a Miguel.

Al no habérselo dicho a nadie más que a Juan, Beatriz esperaba con impaciencia su siguiente cita con Blanca para poder hablar con ella. Tenía también una sensación extraña más allá de las náuseas, las dudas y el estrés del trabajo, y necesitaba que Blanca la reconfortara con un «todo va bien», como solía decirle siempre. Aunque, durante el día, mantenía sus dudas más o

menos a raya. «Por lo menos, algo positivo tiene el tener tanto trabajo», pensaba. Así tenía menos tiempo para añadirle capas de pensamientos negativos a su pesimismo.

Pero no siempre el trabajo ayudaba a evitar pensamientos negativos. Celia le había mandado hacer una presentación para un cliente. Bueno, Mariano había sido su primera opción, pero justo el día de la visita del cliente, Mariano iba a estar de viaje. De hecho, Beatriz se preguntaba si no habría organizado el viaje en esas fechas para librarse. Era un marrón descomunal porque el cliente estaba bastante descontento con ellos. Las cosas no habían ido tal y como ellos le habían prometido y el cliente había perdido bastante dinero. La reunión iba a ser tensa, pero Mariano se la había vendido a Beatriz como una oportunidad para conseguir galones y ganar puntos de cara a Celia. Beatriz no estaba muy convencida y había manifestado sus dudas, pero Mariano le había dado a entender que si no lo hacía ya se podía olvidar del aumento de sueldo.

La cantidad de trabajo para preparar la visita del cliente era enorme; sobre todo teniendo en cuenta que Beatriz, hasta ese momento, no había seguido directamente la relación con el cliente, de eso se encargaba Mariano. Pero a Beatriz lo que más le estresaba era pensar en la mañana entera que iba a tener que pasar con aquel cliente. Entonces el estómago se le encogía agarrotado, como no fuera más abajo, pues parecía que era más abajo donde sentía concentrarse esa bola de nervios que intentaba controlar. Aquello no debía ser bueno para el embarazo, se decía. Así que Beatriz intentaba no pensar en el cliente e iba retrasando el momento de preparar la presentación. Además, tampoco Mariano le había descargado de otras cosas por tener que ocuparse de la visita de aquel cliente. Beatriz seguía teniendo sus tareas de siempre, incluidas las sorpresas que solían surgir a última hora de la tarde porque Celia había pedido alguna cosa para ya mismo.

Por culpa del agobio con el trabajo estuvo a punto de anular la siguiente comida con las «empoderadas», pero alguien envió un *e-mail* diciendo que se alegraba de que esta vez pudieran ir todas y Beatriz no tuvo valor para decir que ella no iría. Esa vez, Carmen fue la última en llegar, pero aún no habían empezado a comer. De hecho, ni siquiera habían conseguido que el camarero fuera a tomarles nota. Tenían que plantearse cambiar de sitio, comenzaron a comentar; se pasaban la mitad del tiempo llamando al camarero.

—¡Vaya!, se me ha olvidado el libro —dijo Carmen al ver a Beatriz.

—¿Sabes ya lo que te vas a pedir? —preguntó Sofía a Carmen mientras

intentaba hacerle ver al camarero que querían pedir.

—Sí, lo de siempre —respondió Carmen mientras se sentaba resoplando.

—¿Cansada? —le preguntó Alba.

—Sí, está llevando más de la cuenta cubrir la vacante que tenemos en el equipo.

—¿No estabais el otro día ya haciendo las entrevistas? —preguntó Sofía.

—Sí, pero mi jefe no ha elegido a ninguno de los dos. Al chico, porque para tareas tan simples, mejor una mujer. Según él, un hombre terminaría aburriéndose y pidiendo hacer otra cosa o más responsabilidades.

—Eso es una chorrada. Si el tío se había presentado sería porque el trabajo le interesaba —opinó Lucía.

—¿Y a la chica? —quiso saber Beatriz.

—Pues a la tía, tampoco, porque por la edad que tenía «se nos podría quedar de pronto embarazada» —dijo Carmen imitando a su jefe.

—¿Y entonces? —preguntó Lucía.

—Han tenido que publicar de nuevo la oferta de trabajo.

—¿Qué han indicado en el anuncio que buscaban? ¿Mujeres con las trompas ligadas? —comentó Alba con ironía.

—Eso de que no la coge por si se queda embarazada, ¿no se lo habrá dicho durante la entrevista? —dijo Sofía—. A mí me sueltan eso y los denuncio.

—No sé si te sale a cuenta —comentó Beatriz—. Y luego, ¿cómo lo demuestras?

—A mí una vez me preguntaron en una entrevista si tenía novio —dijo Alba—. ¿Qué les importaría a ellos?

—Supongo que pensarían que seguirías a tu novio si le cambiaban de destino y que supeditarías tu carrera a la suya —opinó Sofía.

—Y ¿qué hiciste? —preguntó Beatriz.

—Nada, pero me dio mucha rabia cuando me enteré de que a un conocido que había hecho la entrevista justo antes no le habían preguntado si tenía novia. Encima era para unas prácticas de verano cuando estaba en la universidad y todavía estaba a años luz de casarme y tener hijos.

Lucía no tenía ganas de que se pasaran el resto de la comida lamentándose. El tema de la discriminación daba para hablar largo y tendido, pero era un callejón sin salida, no iban a poder resolver el problema simplemente quejándose en compañía. Consiguió desviar la conversación mencionando la película que había visto el fin de semana y la discusión derivó hacia un terreno más optimista. Cuando estaban ya casi terminando la comida, Beatriz hizo un

gesto para saludar a alguien que pasaba a unas mesas de ellas y las otras dirigieron la mirada en la misma dirección.

—Es un compañero de trabajo —aclaró Beatriz al ver el interés en los ojos de sus amigas.

—Pues te sonríe de una manera... peculiar —comentó Lucía con picardía.

—Sí —estuvo de acuerdo Carmen—, como si te estuviera tirando los tejos.

—No, es simplemente un tío majo con el que tengo que trabajar a veces —le quitó importancia Beatriz.

—¿Estás segura de que no le haces tilín? —preguntó Sofía.

—Bueno, eso creo.

—Beatriz nunca se entera de cuando están tirándole los trastos —intervino Alba—. En el instituto no pillaba una.

—Puede ser —se defendió Beatriz—. De todas maneras, siempre pienso que debe de ser otra cosa. Me acuerdo de una película de esas antiguas de cineclub. Era un ama de casa que estaba más aburrida y sola que la una, hasta que un día se pone toda ilusionada porque se da cuenta de que un desconocido se fija en ella y empieza a seguirla. Y, luego, resulta que es un detective que ha contratado su marido para comprobar que no tuviera un amante.

—Pues yo creo que este no es un detective —dijo Sofía con un guiño.

Beatriz se quedó mirando pensativa en la dirección en la que se había ido aquel compañero de trabajo, preguntándose si de verdad estaría interesado en ella. Alba, al verla ensimismada, le cortó los pensamientos de raíz.

—Cuidado, que un rollo en el trabajo te puede salir por la culata —le dijo a Beatriz.

—Sí, imagínate que se termina y luego lo tienes que ver todos los días —comentó Lucía.

Beatriz hacía un gesto como diciendo que ella no había hecho nada.

—No te piques, Beatriz, que se están riendo de ti —le dijo Carmen.

—A ver si nos trae la cuenta —suspiró Sofía intentando captar la atención del camarero.

—¿Tienes mucho trabajo? —preguntó Alba.

—Lo de siempre, pero hoy tengo que llevar a Dani a la oculista.

—¿Dónde tiene la consulta? —preguntó Carmen—. El que tenemos nos pillará muy lejos y queremos cambiar.

—Al lado de la plaza de toros. A mí también me queda un poco lejos, pero los más cercanos eran todos hombres.

—¿No eran buenos? —quiso saber Lucía.

—Pues supongo que igual que la que tenemos, pero yo hago discriminación positiva, que los hombres ya lo tienen demasiado fácil. Prefiero ayudar en su negocio a una mujer. Así que pediatra, mujer, dentista, mujer, y la oculista también es una mujer.

—Mi pediatra es también una mujer y no la elegí por ello —explicó Carmen—, pero ahora me alegro. El otro día en el hospital le pregunto a una mujer con bata una indicación y mi hijo Javi me pregunta si es la médica.

—¿Y? —preguntaron casi al unísono Alba y Sofía.

Carmen había hecho una pausa como si le diera vergüenza continuar.

—Que lo primero que pensé fue que sería una enfermera.

—No te pasa solo a ti —dijo Lucía—. Mi cuñado es enfermero y cuando está con compañeras de trabajo los familiares se dirigen a él como si fuera el médico. A él le hace gracia porque dice que a la enfermera jefe, que no la traga, eso le sienta fatal.

—Si es que, no te vayas a pensar, por muy feminista que te creas, que no te va a pasar —añadió Sofía—. Hace unos años, en clase de inglés, nos presentan un acertijo sobre un cirujano al que llevan un niño que ha sufrido un accidente y dice que no lo puede operar porque es su hijo y, sin embargo, no es su padre.

Sofía hizo una pausa para ver si las otras conocían el acertijo.

—Pues yo, venga a darle vueltas, sin caer, a pesar de saber que el artículo en inglés servía tanto para el masculino como para el femenino. Pero cuando me decían *the surgeon*, yo me imaginaba a un hombre y lo único que se me ocurría era que fuera su padre adoptivo o un tutor. La vergüenza que pasé, yo, la única tía de la clase y no se me ocurrió que *the surgeon* fuera la madre.

—En todo caso a Javi parece que no le pasará eso de mayor —comentó Beatriz.

—Me parece que yo también voy a empezar a hacer discriminación positiva, para que tampoco los míos caigan en los estereotipos de siempre —dijo Lucía.

—Para el cura de la comunión de Cheli lo vas a tener más crudo —bromeó Sofía.

Todas rieron, pero la cuenta ya estaba en la mesa y empezaron a calcular la parte de cada una y a prepararse para irse. Las despedidas eran siempre bastante breves.

De vuelta al trabajo, Beatriz se había alegrado de no haber anulado la comida. Le había venido bien reírse un rato. No quería reconocerlo, pero lo

estaba llevando peor que con los embarazos anteriores. Estaba más cansada. «Los años no pasan en balde, descansa mientras yo preparo la cena», le decía Juan. Y Beatriz le dejaba, a pesar de que sospechaba que la cena no sería muy equilibrada. Se sentaba en un sillón y cerraba unos instantes los ojos acallando la vocecita que le decía que debería acercarse a la cocina a ver lo que Juan estaba preparando para instarle a que, al menos, preparara una ensalada. Pero el descanso duraba poco, pues Miguel o Luis no tardaban en venir quejándose de que el otro le había pegado o no le dejaba tal o cual juguete.

La tarde antes de la segunda cita con Blanca, al ir al aseo, Beatriz había descubierto unas pequeñas manchas de sangre. Había conseguido no preocuparse demasiado. En internet había leído que a veces durante el embarazo podía pasar, pero sin más consecuencias. Además, había manchado muy ligeramente. A la mañana siguiente parecía que era un poco más, pero Beatriz había ido a la consulta de Blanca convenciéndose de que entraba dentro de lo normal.

—¿Cómo te sientes?

—Pues acabo de empezar a manchar un poco, así que me alegro de que me dieras la cita para hoy.

—Vamos a ver eso —dijo Blanca con el sensor preparado a deslizarse por el vientre de Beatriz.

Beatriz intentaba leer la cara de Blanca, mientras esta miraba a la pantalla sin decir nada.

—¿Va todo bien?

—¿Te acuerdas de lo que te dije de que había lo que parecía ser un segundo embrión pero que no parecía estar muy bien formado? —empezó a explicar Blanca—, pues lo estás eliminando. Seguirás sangrando unos días, es normal. El otro, sin embargo, está bien, sigue desarrollándose como corresponde. No tienes que preocuparte. Te puedo encontrar hueco para dentro de unas dos o tres semanas, si te quedas más tranquila.

—Y Juan que estaba ilusionado con la idea de gemelos...

—Ya te dije yo que tenía mis dudas de que el segundo fuera adelante. Además, ¿sabes?, la naturaleza es sabia, elimina los embriones mal formados para que los que nazcan estén en las mejores condiciones para sobrevivir.

Beatriz miraba la pantalla diciéndose que uno solo también estaba bien y que debería sentirse aliviada de no tener que cargar con dos de golpe. Pero Juan había conseguido contagiarle su entusiasmo y sentía más pena que alivio. Se imaginó la cara de decepción de Juan cuando se lo dijera y la pena se

expandió un poco más por su pecho.

—¿Qué te parece el veinticinco?

—El veinticinco va a ser difícil. Ese día viene uno de nuestros clientes gordos y yo me tengo que ocupar de él.

—Entonces, podría ser el veintitrés, pero solo te puedo dar por la mañana, a las diez y cuarto o a las doce y media.

—Mejor a las diez y cuarto.

—Tómate esto —le dijo Blanca dándole una receta—. Un comprimido cada mañana, antes del desayuno.

—¿Qué es?

—Progesterona.

La tarde se le hizo eterna. Y eso que tampoco tenía ganas de volver a casa y contarle a Juan que no serían gemelos. Beatriz saltaba de una cosa a otra sin concentrarse. Necesitaban que Celia diera el visto bueno a la propuesta que le iban a hacer al cliente de Mariano para que Beatriz pudiera continuar con la preparación de la presentación. Beatriz no veía que lo que iban a proponer fuera tan arriesgado como para necesitar la autorización de Celia. Al fin y al cabo, era Mariano el que conocía mejor al cliente y sabía perfectamente hasta dónde podían llegar para no perderlo. Pero Mariano quería que Celia viera la oferta. Ni siquiera él estaba seguro de la reacción de Celia. A veces respondía malhumorada que no se le hiciera perder el tiempo con nimias consultas, a pesar de que la decisión que había que tomar fuera importante, y otras veces con cosas triviales se ponía hecha un basilisco porque no se le había consultado. El problema era que Celia estaba de vacaciones en Estados Unidos y no iba a responder mientras allí fuera de madrugada.

Mariano le había dicho a Beatriz que fuera a su despacho cuando Celia contestara al *e-mail* para así hablar de cómo habría que presentar al cliente los principales elementos de la oferta. Beatriz miraba el reloj cada diez minutos y calculaba qué hora sería en la otra orilla del Atlántico. Sospechaba que Celia, al levantarse, lo primero que haría sería mirar los *e-mails* nuevos en su tableta. Era una de las últimas cosas que se había acostumbrado a hacer Beatriz antes de irse a la cama. Pero por la mañana era más difícil. Las mañanas solían ser una carrera contrarreloj y solo los miraba cuando Mariano le había dicho que estuviera al tanto de alguna cosa.

Beatriz se imaginó a Celia en su cama de hotel de lujo. Se preguntó si estaría acompañada. No parecía que tuviera pareja. Noelia decía que, por no tener, no tenía ni un gato esperándola en casa. Tampoco tendría mucho tiempo

que dedicarle a un animal doméstico, con los horarios de trabajo que tenía. Hasta en vacaciones seguía de cerca todo lo que pasaba en la empresa. No, no tendría pareja, pero Beatriz se preguntaba si Celia no pagaría a alguien de vez en cuando para pasar la noche. Beatriz se imaginaba su cuerpo delgado de mujer que nunca había concebido, levantarse de la cama en dirección al baño y decirle a su acompañante, sin molestarse en mirarlo, que el dinero estaba sobre la mesa. Para Celia sería seguramente una transacción comercial como tantas otras, un mero servicio remunerado.

Como esperaba Beatriz, Celia contestó de buena mañana con un mensaje breve y descarnado. Tras leerlo, Beatriz puso los codos en la mesa y apoyó la cabeza en sus manos abiertas. ¿Para qué le habían preguntado? Celia no daba su visto bueno, como Mariano pretendía. Tampoco decía que estuviera completamente en desacuerdo. Y eso no hubiera sido el fin del mundo, porque era fácil cambiar rápidamente la oferta volviendo a algo más convencional a lo que Celia no encontrara pegas. Pero no, era peor, Celia preguntaba la razón de detalles como la duración y otras condiciones anodinas del nuevo contrato. Beatriz sabía que eso supondría un vaivén de *e-mails*, con Mariano y ella explicando las razones y Celia contestando con nuevas preguntas hasta que no fuera posible hacer más. Entonces, Celia todavía podía decir que no estaba de acuerdo y habría que cambiar de todas maneras la oferta, volver a someterla a su aprobación y esperar que Celia la aceptara rápidamente. En todo caso, estaba claro que a Beatriz no le quedaría mucho tiempo para preparar su presentación. Además, tenía que hacerlo antes de que Mariano se fuera de viaje unos días después, porque con él también podría comunicarse por correo electrónico, pero Mariano querría ver la versión «papel» antes de irse.

Juan no se había tomado mal la noticia. Al llegar a casa, ya se había dado cuenta de que Beatriz no había tenido un buen día, pero se había imaginado que sería por el trabajo. No sabía que Beatriz iba a ir ese día a la ginecóloga. Bueno, sí, Beatriz se lo habría dicho, pero él no había prestado atención. Se había despreocupado pronto del embarazo. Con el primero, el de Miguel, sí que se había implicado más. Insistía incluso para acompañar a Beatriz en cada visita. Tenía un montón de preguntas y quería hacerlas él mismo. Pero este era ya el tercero y debía reconocer que la idea, en un primer momento, no le entusiasmaba. Se hubiera quedado con dos perfectamente, pero a Beatriz parecía que le hacía ilusión. Y, además, podía terminar siendo una buena idea. Juan pensaba que quizás un bebé ayudaría a Beatriz a desconectar del trabajo. De hecho, se alegraba de que Beatriz estuviera más animada, pero últimamente

no prestaba mucha atención a los detalles cuando Beatriz le hablaba de su embarazo.

Juan tenía otras cosas en la cabeza. En su empresa soplaban aires de reestructuración y se comentaba que habría un expediente de regulación de empleo. Echarían hasta el treinta por ciento del personal. Esos, al menos, eran los rumores que corrían. No se lo había comentado a Beatriz para no preocuparla. De todas maneras, hablaban poco del trabajo de Juan. Con el de Beatriz ya tenían bastante. Cada vez más a menudo, Juan no encontraba el ánimo para hablar del tema. Siempre era lo mismo, las mismas quejas, los mismos lamentos, y Juan había comenzado a perder la paciencia. Mientras Miguel y Luis no se fueran a la cama, era fácil evitarlo. Si Beatriz se ponía a recoger la cocina, él iba a bañarlos o a leerles un cuento. Cuando ya no era posible utilizarlos de escudo, era más difícil evitar que la frustración de Beatriz le calara hasta los huesos. A veces, se atrincheraba delante de la tele. Sabía que si Beatriz lo veía frente a un partido de fútbol, no se sentaría a su lado. Beatriz no aguantaba el fútbol o, por lo menos, no le gustaba nada. Así que, aunque no le interesara el partido que retransmitían, Juan encendía la televisión y, cada vez que oía a Beatriz acercarse, se sentaba en el borde del sofá, con el cuerpo echado para adelante, y soltaba un «¡venga!» cargado de tensión, o gritaba un «¡fuera de juego!» lanzando el brazo hacia arriba como si quisiera llamar la atención del árbitro. De vez en cuando, Juan sentía remordimientos. Entonces, se armaba de paciencia y le daba pie a Beatriz para que se quitara de encima su mal humor. La escuchaba y le daba consejos. Juan se decía que, por lo menos, eliminando de vez en cuando la presión evitaría que la olla explotara. Porque, eso sí, Beatriz siempre había demostrado ser bastante resistente, pero Juan no estaba seguro de cuánto margen de aguante le quedaba.

Así que esa tarde, Juan había achacado la cara de desánimo de Beatriz al trabajo. Le había extrañado sin embargo la mirada de Beatriz. La primera vez, al poco de llegar a casa, apenas se había dado cuenta, pero más tarde le había llamado la atención que Beatriz lo mirara con pena. Cuando Beatriz le había anunciado que había perdido a uno de los gemelos, Juan la había estrechado entre sus brazos, por un lado, para ofrecerle consuelo, y por otro, para que Beatriz, con la cabeza apoyada en su pecho, no le viera la cara de alivio. No eran gemelos, gracias a Dios. Desde que Beatriz se lo había anunciado le había dado muchas vueltas. Se había imaginado a menudo con los dos, uno en cada brazo, y Miguel y Luis tirándole de los pantalones, uno para que le

alcanzara un juguete de la estantería, y otro porque tenía hambre y quería que le diera algo de comer. Y, encima, si él perdía su trabajo, ¿cómo harían para alimentar cuatro bocas?

A Juan le había ahorrado los detalles, pero Beatriz había seguido sangrando durante días. Para tranquilizarse, pensaba en lo que le había dicho Blanca. Aquello era normal. Pero lo llevaba regular. Se pasaba la mayor parte del día yendo al aseo para cambiarse una compresa tras otra. En algún sitio había leído que muchos abortos pasan desapercibidos porque se confunden con una regla. Beatriz se preguntaba si, de no haberse hecho el test de embarazo, ese hubiera sido su caso. Las suyas no solían ser tan abundantes, ni durar tantos días. La duración, sobre todo, era lo que le había preocupado. Cuando pensaba que ya remitía, Beatriz había comenzado de nuevo a sangrar abundantemente. Había llamado a Blanca para ver si era normal que aquello durara tanto. Blanca le había dicho que no había una norma aplicable a todos los casos: la cantidad y la duración eran variables. Le había preguntado entonces si seguía tomando la progesterona. Sí, le había contestado Beatriz, un poco más tranquila.

A Beatriz también le tranquilizaba saber que ya quedaban pocos días para volver a ver a Blanca. No se había atrevido a llamarla al móvil o a casa y cuando había llamado a la consulta le había costado varios intentos antes de que Blanca cogiera por fin el teléfono. «Cuando pase eso, déjame un mensaje», le había dicho alguna vez Blanca, pero Beatriz no quería compartir sus preocupaciones con una máquina. Lo bueno era que, como Celia no estaba en la oficina, había menos *e-mails* a los que responder inmediatamente o reuniones convocadas en el último minuto. Bastante tenía Beatriz con la dificultad de concentrarse en su trabajo si encima se veía atrapada en una reunión pensando en si llegaría al aseo a cambiarse a tiempo.

Noelia estaba más encima de ella. Debía haberle notado algo a Beatriz y la tenía, cada dos por tres, viniendo con alguna tontería. Por lo menos aquello, y no el trabajo, la distraía. Noelia era buena gente, aunque Beatriz debía reconocer que lo suyo no eran los chistes. «Espera, ¿cómo era?», decía Noelia a medio chiste, antes de volver a empezar, porque no era así como se lo habían contado. Pero para ese entonces, ya le había quitado al chiste toda la gracia que pudiera tener. «Bueno, cuando te lo cuentan bien, es bastante gracioso, pero a mí no me sale bien el acento francés», decía a veces excusándose. Noelia sentía que, fuera lo que fuera lo que preocupaba a Beatriz, esta no tenía muchas ganas de hablar de ello. Así que Noelia llenaba los silencios con una

catarata de comentarios, cosas que había leído, cosas que había oído, lo que había hecho por la tarde o el fin de semana anteriores, a quién había conocido, qué viaje proyectaba... Beatriz se lo agradecía con la mirada y, de vez en cuando, con una pequeña sonrisa que conseguía arrancarle a la preocupación que la atenazaba.

Así fueron pasando los días, cargados con dosis variables de preocupación y de anhelo, lo que los hacía interminables por momentos. Lo único que había cambiado en la rutina de Beatriz era que había decidido acabar con los descansos del mediodía sentada delante del ordenador y salía a andar por la zona. Iba sin rumbo fijo, cambiando el recorrido según el tráfico le permitía, aunque intentando evitar la zona de restaurantes donde sus compañeros solían ir a comer. No solía pararse, todavía no lo necesitaba, todavía podía caminar a buen ritmo sin perder el aliento. De hecho, tenía la impresión de andar más rápido, como si el simple hecho de alejarse de la oficina aligerara su paso. Un día, sin embargo, se paró delante de una tienda de ropa de niños. La había visto varias veces al pasar, pero nunca se había detenido. Aquel día lo hizo sin saber por qué. No se le había pasado por la cabeza antes de que sus pies decidieran pararse allí. O quizás, sí, pero ese pensamiento habría pasado discretamente por la parte trasera de su consciencia. Beatriz se vio plantada delante del escaparate como hipnotizada por lo allí expuesto. Los maniqués eran blancos, muy simples. No tenían ojos ni boca, seguramente para que la atención se centrara en la ropa. Había una poca de bebé, pero la mayoría era para dos o tres años. La de niños, camisas y pantalones como si fueran minihombres, salvo que los pantalones llevaban elásticos en la cintura y no tenían botón ni cremallera. Era ropa todoterreno, de color camuflaje para disimular las manchas y con rodilleras para proteger de los roces. La ropa de niña, sin embargo, estaba diseñada como si las niñas no jugaran, como si su rol consistiera en posar para ser admiradas. Al lado de Beatriz, una embarazada con un gran vientre redondeado se había parado también a mirar el escaparate.

—Es monísima, si pudiera la compraba toda —dijo Beatriz señalando hacia la ropa de niña.

—¿Sabes ya que es niña? —le preguntó la desconocida al ver que Beatriz se acariciaba el vientre.

—Sí —contestó Beatriz sonriendo, como si la fuerza de su deseo fuera suficiente para que se cumpliera.

La embarazada se fue y Beatriz todavía se quedó allí un rato soñando. Poco

después, reflejada en la luna del escaparate, la hora de un reloj de calle le hizo volver a la realidad. Se tenía que volver corriendo, se había tomado ya demasiado tiempo.

Un día antes de la siguiente cita con Blanca, Beatriz empezó a sentir que su náusea remitía. Esa náusea pegajosa que la acompañaba sin descanso y que se había intensificado cuando había comenzado a tomar la progesterona. Esa náusea molesta que se le subía a veces a la cabeza y la dejaba un tanto mareada y aturdida. Esa náusea que la invadía, sobre todo por las mañanas, en el metro. Allí, rodeada de olores que antes no había sentido tan fuertes pero que, de pronto, le resultaban de lo más desagradable. Allí, su náusea se engrandecía. Pero aquella mañana, en el andén del metro, no la encontró. Se concentró buscándola, pero la había perdido. ¿Por qué no la sentía? ¿Debía preocuparse? Era verdad que era molesta y Beatriz deseaba librarse de ella, pero ¿no era acaso una buena señal? Hizo un repaso mental de las causas posibles. No, no se le había olvidado la progesterona esa mañana. No, todavía estaba en el primer trimestre. No, aquella mañana había desayunado lo mismo que la mayoría de los días. ¿Dónde estaba su náusea? El metro llegó y los que entraban y salían del vagón se cruzaron unos instantes sin que Beatriz pudiera detectar ningún olor desagradable. Beatriz miró a su alrededor, buscando un adolescente para poner a prueba su olfato de embarazada, pero no vio ninguno. Tampoco encontró su náusea al llegar al trabajo. Ni tan siquiera cuando abrió su cuenta de correo electrónico y comprobó que su bandeja de entrada volvía a tener unas dimensiones monstruosas, a pesar de la purga a la que la había sometido la noche anterior. Otras veces el estrés había devuelto su náusea a un primer plano. Pero ese día no fue así.

No encontró su náusea, pero sí su miedo ante la perspectiva de su reunión mal preparada con el cliente de Mariano. La cuenta atrás avanzaba cruelmente y el miedo comenzaba a convertirse en pánico. No quería hacerlo. Hacía días que Beatriz se animaba imaginándose que el cliente llamaba para anular la cita. También se imaginaba o, más bien, soñaba que se ponía mala y que le daban la baja hasta el día de la reunión incluido. Eso sería lo mejor, pensaba Beatriz. Estar de baja unos días, lejos del espectro de Celia que sobrevolaba la oficina, de las maneras manipuladoras de Mariano y de aquel ritmo de trabajo implacable. Poder descansar un poco, no tener que salir corriendo de casa dejando las cosas del desayuno en medio después de pasarse media hora

diciendo «¡venga!», «vestíos ya, ¡venga!», «¡venga!, cepillaos los dientes», «¡venga!, coged la chaqueta y la cartera», «¡venga!, poneos ya los zapatos». Poder dedicarle tiempo a su hija, hablarle tranquilamente mientras se acariciaba el vientre tumbada en el sofá, decirle lo contenta que estaba de tenerla, a pesar de todas sus dudas y preocupaciones.

El día se arrastró con lentitud delante de ella, como si no quisiera despedirse. Como si quisiera aferrarse a ella. Todos los demás días, hasta hacía poco, pasaban tan rápidos que, a menudo, Beatriz veía desesperada que más de una hora había pasado en apenas un instante. Una hora en la que poco había avanzado en su trabajo. Una hora que la acercaba peligrosamente al abismo de otro de los plazos completamente irrealistas que le habían impuesto para su trabajo. Aquel día, sin embargo, no pasaba, no avanzaba. Ni el día, ni luego la noche. Despierta, en su cama, Beatriz escuchaba los ruidos de la casa, el respirar profundo de Juan al lado de ella, un crujido en algún lugar de la casa, alguien que se revuelve en la cama en la habitación de sus hijos, el tictac del reloj de la cocina... Escuchaba mientras intentaba engañar a su consciencia con imágenes de lo que iba a pasar al día siguiente cuando viera a Blanca. Blanca le sonreía y le decía que todo iba bien, y Beatriz también sonreía. Pero la sonrisa se escabullía y Beatriz tenía que empezar de nuevo a proyectarse imágenes de esa cita con Blanca. Alargaba esa película mental con detalles sin importancia antes y después de que Blanca le dijera que todo iba bien. Detalles de su entrada en la consulta de Blanca, de su saludo y de la breve conversación sobre cómo estaban los hijos respectivos. También detalles de su despedida y de su salida a la calle, a una mañana soleada. La sonrisa, entonces, se mantenía más tiempo, pero terminaba por partir, empujada por una sensación de angustia. Beatriz, esperanzada, analizó esa sensación, pero no, no era su náusea.

A la mañana siguiente, Beatriz se levantó con el picor en los ojos del que no ha dormido apenas, pero también tranquila, como si supiera lo que Blanca le iba a decir. Y era verdad, lo sabía. Preparó el desayuno y se duchó tranquilamente. Luis y Miguel se levantaron solos, desayunaron y se vistieron, como si supieran que esa mañana no podían contar con su madre para decirles lo que tenían que hacer y que se dieran prisa. El tiempo hasta su cita con Blanca esa mañana pasó de puntillas, y para cuando Beatriz quiso darse cuenta, estaba echada en la camilla de la consulta de Blanca con el vientre cubierto de una sustancia gelatinosa y el tacto del sensor que se movía, se paraba y se volvía a parar como si buscara algo.

Beatriz de pronto recordó la sonrisa con la que Blanca le había acogido, las risas al comentar la última ocurrencia de la sobrina pequeña de Blanca. «Menudo bicho», recordaba ahora haber respondido Beatriz. Detrás del biombo que Blanca tenía en su consulta, Beatriz se había quitado los zapatos, las medias y la falda. «Ponte más hacia arriba para que estés más cómoda», le había dicho Blanca al echarse sobre la camilla. «Está un poco fría», le había advertido como otras veces antes de echarle un chorro de aquella especie de gelatina que Blanca utilizaba para las ecografías.

Ahora Beatriz recordaba, de pronto, todo aquello como si hubiera tenido lugar en un pasado lejano. Beatriz desvió la mirada del monitor y la dirigió a Blanca. La sonrisa de Blanca se había ido y había dejado lugar a un semblante grave de sorpresa.

—No hay nada —acertó a articular Blanca.

Beatriz no dijo nada. Solo ahora era consciente de ello, pero su cuerpo lo sabía desde hacía horas.

—No lo entiendo —dijo Blanca con la misma sinceridad con la que lo había dicho su cara unos instantes antes.

—Cuando te llamé era porque estaba preocupada, porque estaba perdiendo mucha sangre.

—No queda nada —dijo Blanca sin darse cuenta de que lo volvía a hacer en voz alta, antes de continuar, mirando a Beatriz con una mezcla de tristeza y compasión—, no lo entiendo, el segundo estaba bien implantado.

—Hace unos días se estaba calmando la cosa y, de pronto, empecé de nuevo a sangrar abundantemente —dijo Beatriz como si tuviera que justificarse.

Beatriz se vistió y todavía hablaron un rato, a pesar de que la sala de espera empezaba a llenarse y Blanca tenía que atender a la paciente siguiente. Al despedirse, Blanca hizo un esfuerzo para levantar la mirada del suelo cuando le decía «lo siento», pero Beatriz miraba hacia la puerta sin verla. Durante el resto del día, también sus compañeros de trabajo cruzaron en silencio la mirada vacía de Beatriz. Solo Noelia le preguntó si estaba bien. «Sí, sí», se había limitado a contestar Beatriz. Se sentó mecánicamente delante de su ordenador con la mente todavía más vacía que la mirada y empezó a contestar *e-mails*. Para cada uno preparó una respuesta estándar, neutra, fría, exenta de cualquier sentimiento. Ni siquiera con la fórmula de despedida se le coló ningún retazo de calor. Y así fue eliminando uno tras otro hasta acabar con toda su lista de *e-mails* para responder en una de sus tardes más

productivas en el trabajo.

Lo más difícil fue, una vez en casa, contenerse la necesidad de decírselo a Juan hasta que Miguel y Luis estuvieran en la cama. Entonces, Beatriz quiso decírselo, pero, una vez delante de él, tuvo que intentarlo varias veces. Las palabras no le salían de la boca. Lo primero que quería salir de su garganta era un brutal «Ya no estoy embarazada», pero lo contuvo y empezó por un «Hoy he visto a Blanca». Le recordó la pérdida del primer embrión, ese que no estaba bien, y cómo había estado indispuesta todo ese tiempo atrás. Le explicó que la pérdida del primero se había llevado todo por delante, que ya no quedaba nada. Juan la rodeó con sus brazos y mantuvo el abrazo durante un rato largo. Ese «ya no queda nada» se repitió como un eco silencioso durante unos instantes y Beatriz supo que no se refería solo a su vientre, sino también a su anhelo por tener una hija.

Beatriz se fue a la cama y dio rienda suelta a todas las lágrimas acumuladas desde que aquel sensor se había desplazado histérico de un lado al otro de su vientre buscando algo que no había encontrado. Al rato, Juan, siguiendo la estela de la tristeza de Beatriz, entró en la habitación. Se echó en la cama a lado de ella e intentó consolarla, pero le fue difícil encontrar las palabras. Así que se quedó un buen rato junto a ella, acariciándole la cara y el pelo. Poco a poco Beatriz se calmó, pero todavía siguió llorando durante bastante tiempo. Lloró sin sentir las lágrimas a pesar de la humedad con la que impregnaban la sábana. Dejó de sentir, no solo las lágrimas, sino también todo el resto: la respiración de Juan que se había quedado durmiendo a su lado, el frío que le pedía a gritos que se echara encima la colcha, el gusto salado de las lágrimas que le rozaban los labios antes de caer sobre la sábana. Y así se le fue formando, poco a poco, una burbuja alrededor de ella. Una burbuja que la protegería, una burbuja sobre la que todo lo de fuera le resbalaría.

ANTRACITA

Blanca le había dicho a Beatriz que se esperara un par de ciclos antes de volver a intentar quedarse de nuevo embarazada, para que el endometrio se recuperase. «Sigue con el ácido fólico», le había aconsejado. La progesterona podía dejarla, sin embargo. Beatriz había tratado de entender por qué, pero Blanca se había mostrado evasiva. Esas cosas pasan, le había venido a decir. «Incluso más a menudo de lo que piensas», había añadido. Blanca se había preguntado si hubiera tenido que ser más cauta, pero estaba segura de que lo que había visto en el monitor semanas atrás era viable. Beatriz insistía diciendo que quería saber si había algo que tuviera que evitar o, por el contrario, hacer la vez siguiente. ¿Sería la edad? No, la edad podía influir, pero Blanca no pensaba que eso fuera un problema para la próxima vez. Hacía un par de semanas había asistido en el parto a una mujer de cuarenta y cinco años y había ido todo muy bien. «Durante el embarazo, también», le había dicho. Y era verdad. Blanca no había tenido como pacientes a muchas embarazadas de esa edad, y todavía seguía gratamente sorprendida de que todo hubiera ido tan bien. «Pero no te esperes ahora cuatro años, que luego hay que criarlos», le había dicho Blanca con un guiño. La complicidad, sin embargo, se había perdido y, al irse Beatriz, Blanca se enfundó el semblante serio que se dejó puesto hasta que entró la paciente siguiente.

Beatriz, sin embargo, seguía dándole vueltas al porqué. El estrés, quizás. El nivel de estrés que llevaba debía de sentirse hasta en su útero; y, luego, sus dudas. Esas dudas que había tenido, intermitentes, sobre si era o no una buena idea tener otro en esos momentos. ¿Lo habrían matado sus dudas? Sin darse cuenta se había referido a su bebé sin usar el femenino, como hasta entonces. La idea de una hija, a la que pensaba tener en sus brazos apenas unos meses más tarde, se había esfumado. Ya no era su niñita, sino algo neutro, aquello que había tenido en su vientre, aquello que había salido de su seno arrastrado por chorros de sangre espesa. Quizás era una reacción de protección del subconsciente. No pensar en su niña dolía menos.

Y luego estaba, por suerte, su burbuja para protegerla, para protegerla de las críticas por no haber contestado a un *e-mail* a tiempo, del enfado por haber

olvidado la comida en casa de sus suegros o de la decepción por no haber comprado Cola Cao. Una burbuja de indiferencia dentro de la que se había levantado un día, al poco de conocer que su embarazo se había interrumpido. La burbuja la había aislado tanto del miedo a enfrentarse al cliente de Mariano que la presentación había ido bien. El cliente había estado algo desagradable al principio, pero, poco a poco, la calma de Beatriz lo había hecho callar. «Creo que bien», había respondido Beatriz, modesta como siempre, cuando Noelia le había preguntado que qué tal la presentación. «No pareces muy convencida», había comentado Noelia. Sí, Beatriz creía que sí, que había ido bien, pero si no, de pronto, le daba igual. Ya se las arreglaría Mariano con el cliente la siguiente vez, porque ella, desde luego, tenía claro que escurriría el bulto como pudiese.

Beatriz se había volcado en su trabajo y el recuerdo de la presentación se había quedado en un segundo plano. Al cabo de los días, Mariano, ya de vuelta, la había felicitado. Había hablado con el cliente por teléfono y parecía que les iba a dar una segunda oportunidad. Tenía, simplemente, un par de cosas que quería cambiar en el borrador de contrato que Beatriz le había presentado, pero nada importante. «Me alegro», había comentado Beatriz, con un tono tan neutro e indiferente que había sorprendido a Mariano. Celia también se había alegrado y había felicitado a Mariano por tan buena preparación. Mariano había anunciado la buena noticia en la reunión de departamento que había organizado a su vuelta. «Hay que celebrarlo», incluso había dicho delante de Beatriz y sus compañeros. Nunca nadie vio celebración alguna y, después de aquello, todo volvió a lo mismo de siempre.

A Beatriz no le molestó que aquello se olvidara tan rápidamente, no se esperaba otra cosa. Volvió a sus quehaceres, en el trabajo, en casa, haciendo lo de siempre pero sin estar allí. No estaba allí ni en ningún otro lado, se había vaciado por dentro, pero nadie veía aquello. Ni siquiera Alba y Araceli, que la conocían desde niña. En el parque, Beatriz seguía la conversación, intervenía cuando pensaba que había que hacerlo. De dónde le salían los comentarios, las palabras, no lo sabía, tenía la mente en blanco y la garganta seca.

—Al venir hacia aquí he visto a una madre zarandear a su hijo, pero bien —dijo Alba—. Se la veía al borde de un ataque de nervios.

—¿Qué hacía el crío? —preguntó Beatriz a pesar de no tener el más mínimo interés en saberlo.

—Más bien era lo que no hacía. Estaba allí pasmado, no sé lo que le habría

dicho su madre que hiciera, pero el crío estaba allí parado sin hacerlo —dijo Alba.

—A mí también Emma me pone de los nervios. A veces tengo la impresión de que debe de pensar que mi voz es un ruido de fondo. Tengo que repetir las cosas mil veces y termino subiendo bastante el tono. Luego, encima, va Agustín y me dice que me calme, que no grite así, y yo me pongo todavía peor de los nervios.

—A su padre lo adorará —comentó Alba—. Además, está en la edad. ¿Cómo lo llaman? ¿Complejo de Electra?

—Yo no sé si lo de Electra influirá o no, pero a su padre lo idolatra. Lo ve poco porque Agustín llega supertarde del trabajo y, cuando llega, le consiente todo. Él es el bueno de la película. Yo, la que le da la vara con lo de los deberes, con lo de recoger la habitación...

—Tengo una vecina que está en pleno proceso de divorcio y cuenta que los hijos dicen que prefieren quedarse con el padre —contó Alba.

—No me extraña. Y seguro que la mujer se mata por sus hijos. Yo soy la que paso más tiempo con Emma, pero con el que quiere estar es con su padre. Aunque tampoco la culpo, porque si pasas más tiempo con los hijos es normal que te harten más y que les pegues un grito o los zarandeas como esa madre que has visto.

—Así que luego muchas de las patologías psíquicas son culpa de la madre —comentó Beatriz, sombría.

—Sí —le dio la razón Araceli pensando que Beatriz estaba de broma—, recuerdo una película de DiCaprio sobre un aviador americano que está como una cabra. Le tiene fobia a la suciedad y a los microbios y, luego, era porque su madre de pequeño no paraba de lavarlo.

—Pues a mí no me importaría que los míos tuvieran un poco más de fobia a la suciedad, que me paso la vida poniendo lavadoras —continuó Alba con la broma.

Beatriz se forzó a sonreír y siguió la conversación distraída. Alba y Araceli la notaban un poco ausente, pero pensaban que era porque Beatriz estaba más pendiente de sus hijos. Sobre todo, después del susto del columpio. A Alba, cuando supo lo ocurrido, le había dado cargo de conciencia haberse ido tan temprano aquel día. No había sido necesario que Beatriz hubiera dado muchos detalles, Alba se imaginaba de sobra cómo lo había debido de pasar Beatriz. «Sobre todo con el pánico que le da a ella la sangre, que no puede ni verla», le había comentado Araceli a Alba cuando esta se lo contó. Así que

seguían hablando, intentando mantener a Beatriz en la conversación, pero sin molestarse mucho por su pasividad. Beatriz escuchaba mirando hacia donde estaban sus hijos, pero, si hubiera tenido que contarle más tarde a Juan qué habían hecho Miguel y Luis, o de qué habían hablado sus amigas, no habría sabido qué decirle.

En el trabajo tampoco Noelia parecía más preocupada de la cuenta, aunque quería que Beatriz se apuntara con ella a yoga al mediodía. «Ya verás, es un buen descanso, te va a dejar relajada, como nueva», le había dicho para convencerla. Pero Beatriz le daba largas. Ya había ido a una clase años atrás, también con una compañera de trabajo. Habían salido corriendo de la oficina y llegado por los pelos a la clase. Beatriz, con el estrés de la precipitación todavía a cuestas, había intentado hacer los ejercicios. El recuerdo se había difuminado un poco, pero Beatriz no tenía la impresión de que le hubieran salido muy bien aquellas posturas incómodas. De lo que sí se acordaba era del estrés que solo había remitido en los últimos minutos de la clase, haciendo unos ejercicios de respiración, durante los cuales se había quedado prácticamente dormida. Pero había durado poco porque, al terminar la clase, habían tenido que cambiarse de nuevo a toda velocidad y salir corriendo a comprarse un bocadillo que se comerían de vuelta al trabajo delante del ordenador. Si aquello se suponía que debía relajarla, no lo había conseguido. Ahora, con hijos, raro era el descanso de mediodía en el que no tenía que ir a comprar un regalo para un cumpleaños al que sus hijos estaban invitados, un disfraz para una fiesta en el colegio o algún ingrediente que faltaba para la cena.

Tampoco pensaba Beatriz que un «descanso» en medio de la vorágine de cosas que tenía que hacer, sí o sí, cada día fuera a relajarla. ¿Qué otra cosa podía ayudarle? Le hubiera gustado saberlo. También se había terminado dando cuenta de que la baja médica con la que tanto había soñado para poder evitar la reunión con aquel cliente desagradable tampoco hubiera ayudado mucho. «Una madre no puede estar enferma», le había comentado una vez Alba. Y era cierto, ya fuera con dolor de cabeza o con catarro, las cosas había que hacerlas. Aunque se quedara en casa, el baño, los deberes, las disputas, la cena, la ropa sucia, todo seguiría su curso. Hasta atender a la suegra que llamaba «por gusto», como solía decir la madre de Juan, pero que a menudo lo hacía en el peor momento.

No, ponerse mala no arreglaría nada. Beatriz cayó en la cuenta de que lo que realmente deseaba era pasar unas semanas o, mejor aún, dos o tres meses

en coma. Tener un accidente, no muy grave para que no le quedaran secuelas, pero lo suficientemente grave para quedar, durante un tiempo, postrada sin conocimiento en una cama de hospital. Postrada, inmóvil, sin tener que hacer nada. Con otros ocupándose de su cuerpo, lavándola, alimentándola. Sin oír ni ver nada de lo que ocurriera a su alrededor, tan solo sentir un vacío total rodeándola, una calma sin límites, y dejar correr el tiempo hasta que su cuerpo y, sobre todo, su mente consiguieran reponer fuerzas para seguir con esa empinada cuesta arriba en la que se había convertido su vida.

Aparte de eso, poco se le ocurría como solución. «Delega», «di que no», le aconsejaba Juan. Pero, si ella no lo hacía, quién iba a hacerlo. Lo que ella no hiciera en el trabajo seguramente le tocaría a Noelia, y ella también tenía ya bastante trabajo. Y, fuera del trabajo, ya hacía su madre bastante. Es cierto que lo hacía con gusto, pero también tenía derecho a disfrutar de más tiempo para ella. Y, además, los años tampoco pasaban en balde para doña Milagros. Beatriz veía que su madre necesitaba sentarse más a menudo, que iba más lenta en todo.

Así que Beatriz puso el piloto automático y siguió para adelante como hasta entonces. Como hasta entonces, pero sin ilusión. Salvo para ese aumento de sueldo tantas veces prometido y que esta vez no se le podía escapar. Al menos el sacrificio serviría para algo. Podrían irse de vacaciones a la casa de campo, como Juan quería, o plantearse comprar un coche nuevo y, sobre todo, Beatriz podría levantar un poco el pie en el trabajo, decir que no más a menudo. Una vez conseguido el aumento, el siguiente no llegaría en años, así que la presión que ella se imponía para darlo todo en el trabajo decaería.

Noelia seguía proponiéndole casi todas las mañanas un descanso para ir a tomar un café y Beatriz los aceptaba a menudo, deseosa de tener unos minutos de distracción que pudieran animarla un poco. Noelia parecía elegir a propósito temas que no tuvieran que ver con el trabajo o los hijos. Le hablaba de sus vacaciones, de sus clases de yoga y de recetas que había descubierto y que Beatriz tenía que probar. Noelia siempre estaba a la última sobre nutrición y los alimentos de moda. «¿Eso qué es?», preguntaba a menudo Beatriz. «¿El freekeh? Una especie de cereal, pero con un índice glucémico muy bajo», aclaraba Noelia. Era difícil, sin embargo, pasar mucho tiempo sin hablar de alguna cosa del trabajo. O, al menos, de algún compañero. A Beatriz le daba pena lo mal que lo estaba pasando Lara, que tenía un hijo cada dos por tres enfermo. Le daba rabia la poca empatía que Mariano demostraba cuando Lara pedía plazos más largos para terminar lo que le hubiera encomendado.

Tampoco le parecía normal a Beatriz que Mariano le hiciera a Sara llevarle el café y hacer otras tareas que poco tenían que ver con el trabajo de una secretaria.

—Mira que Sara me parece una borde, pero me da coraje que tenga que ocuparse de comprar los regalos de aniversario para la mujer de Mariano.

—O llevarle cosas a la tintorería —añadió Noelia.

—¡Qué me dices!

—Sí, como lo oyes. Y si la envía a la tintorería supongo que hará otros recados como ir a la farmacia o a la herboristería.

—¿A la herboristería? —preguntó Beatriz incapaz de imaginarse qué podría Mariano necesitar de una herboristería.

—Sí, que tiene un hijo celíaco y tiene que comer cosas sin gluten —explicó Noelia—. No me mires así, que sí, que se dice celíaco, no es porque lo haya bautizado en honor a la que tú ya sabes.

—Ya sé, pero la coincidencia no deja de ser graciosa. ¿Tú crees que se habrán liado Celia y Mariano alguna vez?

Noelia estaba convencida. Eso era, pensaba, lo que debía de haber hecho inclinar la balanza hacia Mariano cuando su puesto estaba vacante. Pero el que no se lo hubieran dado a ella la tenía todavía bastante quemada y no quería ahondar en el tema. Puso cara de ni sí ni no y dijo que tenía que terminar algo antes del mediodía para así poder interrumpir la conversación. Con un poco de suerte Beatriz no insistiría durante el camino de vuelta a sus mesas.

El fin de semana llegó por fin. Ese domingo no tenían compromisos familiares y Beatriz podría aprovechar para planchar un poco. Su objetivo era reducir a la mitad la altura de la pila de ropa que tenía pendiente de plancha. Si Juan se llevaba a Luis y Miguel al parque, incluso podría ponerse a planchar tranquilamente delante de la tele. Hacía tiempo que no veía otra cosa que no fueran las noticias. El sábado por la mañana, Beatriz dejó a sus hijos en judo y se fue a hacer la compra. La clase de judo duraba hora y media. Así que, entre ida y vuelta, tenía como mucho cuarenta y cinco minutos para comprar. No solía haber problema, sobre todo si no había mucha cola en la caja, pero tampoco se podía entretener mucho buscando cosas o comparando precios. Por suerte, Beatriz se conocía al dedillo la distribución del supermercado y preparaba la lista de la compra poniendo los artículos siempre en el mismo orden, siguiendo el recorrido que hacía: primero, las frutas y las verduras;

luego, la leche y las bebidas, la carne o el pescado, las cosas de desayuno, los productos de limpieza y, finalmente, los congelados. Ese día iba bien de tiempo y se quedó un rato delante de los productos para la colada, dudando si comprar una segunda botella de detergente que estaba de oferta a mitad de precio.

—Buenas. ¿Qué haces por aquí? ¿No tienes uno más cerca de casa? —le preguntó Tere mientras le daba dos besos.

—Sí, pero es que tengo los peques apuntados a judo en el polideportivo y este es el que está más cerca. Cuando no tienen clase, voy al de las Cuatro Esquinas. Oye, ¿qué tal con la nueva chica? ¿Ha empezado ya?

—Sí. Bien. Bueno, no tan bien como con Cándida, pero bastante mejor que estar sin chica, que ya no podía más.

—Es que la suerte que tenías con Cándida...

—Sí, es cierto, pero yo también la entiendo. Con carrera y un máster en gestión de empresas era normal que quisiera trabajar en algo de lo suyo, sobre todo ahora que tenía por fin todos los papeles en regla.

—Entonces, puedes ir un poco más descansada ahora.

—Sí, pero tampoco mucho. En la empresa de Lucas parece que hay una competición por ver quién se queda en la oficina hasta más tarde. El otro día se tuvo que volver antes a casa porque yo tenía cita con el de la alergia y al día siguiente un compañero mayor le dijo, en plan «te estoy dando un consejo valioso», que estaba mal visto irse de la oficina antes que el jefe.

—En la de antes de Juan también era así, por eso se buscó otro trabajo. Ahora está bastante contento. Yo donde estoy no me puedo quejar, tengo un poco de flexibilidad con los horarios, pero siempre que saque adelante mi trabajo dentro de los plazos. A veces no tengo tiempo ni para ir al aseo.

—Te entiendo. Yo, a pesar de la chica, voy también siempre corriendo. Y eso que he tenido que empezar a decir que no a algunos proyectos interesantes. A la larga, me imagino que ni me los ofrecerán.

—Y yo que pensaba que con una chica se podía ir menos con el agua al cuello...

—Será las que se pueden permitir pagarle muchas horas. O tenerla interna. Unas horas, tres días a la semana, no te resuelve mucho. Y luego habrá quien se extrañe de que cada vez se tengan menos hijos y más tarde. Yo no sé cómo no dan más ayudas y facilidades a las familias. Porque, si cada vez hay menos niños, a ver quién nos va a pagar a nosotros la pensión.

—Si nos jubilamos a tiempo para disfrutarla, que como sigan así vamos a

terminar trabajando hasta los ochenta años. Bueno, te dejo, que el judo termina dentro de media hora y no me da tiempo.

Esperando en la caja a que le pasaran los productos, Beatriz se fijó en lo que la persona delante de ella había puesto en la cinta. A Juan, al empezar a quedar con él, le había dado su número de móvil en un tique de la compra. «¿Estás segura?», le había preguntado él risueño. Según Juan se podía saber mucho de una persona viendo lo que compraba. La señora de delante debía de vivir sola porque compraba pequeñas porciones de carne, y la fruta, casi más por piezas que por kilos. Debía de ser viuda, con nietos que venían a visitarla de vez en cuando, porque también había cogido una botella de refresco y unas galletas con forma de animalitos. En la caja de atrás, había una mujer mucho más joven pero también probablemente sola y sin gusto por la cocina, porque iba metiendo en la bolsa, una tras otra, cajas de platos precocinados. Beatriz miró su compra desfilando por el escáner; era fácil deducir cómo era su vida. Entonces reparó en ello. Se le había olvidado, una vez más, el alioli. Esperando que no fuera lo único que se le hubiera olvidado, empezó a meter las cosas en las bolsas deprisa y corriendo. Iba a llegar por los pelos a recogerlos al judo.

Después del fin de semana, Beatriz estaba de mejor humor. En casa le había cundido. Además, con solo tres cosas en su lista de tareas urgentes, la semana en el trabajo debería ser un poco más tranquila, aunque Beatriz sabía por experiencia que la tranquilidad solía durar poco. Repasó sus *e-mails* y, por un momento, se le empezó a acelerar el pulso. Mariano había mandado un mensaje apenas unos minutos antes. Cuando lo abrió, comprobó aliviada que la víctima en esa ocasión era Lara. Aun así, leyó con atención el *e-mail*. A Lara aquello le iba a llevar bastante tiempo y pensó que quizás podría echarle una mano. A Beatriz le quitaría tiempo para su trabajo, pero no veía justo que Mariano no tomara en consideración la situación personal de Lara. ¿Cómo no entenderlo? ¿No era él también padre? Beatriz miró de nuevo su lista de tareas urgentes y decidió que ayudaría a Lara con la parte de las estadísticas. De todas maneras, para terminar la tarea principal que tenía que completar aquella semana, primero tenía que leerse un estudio de ciento y pico páginas, y, en el trabajo, había demasiado ruido para concentrarse en esa lectura. Había entonces empezado a leerlo en casa, y lo llevaba en el bolso por si en el metro encontraba un asiento libre y podía seguir leyendo. Al principio le había

sentado mal que Mariano la empujara a trabajar fuera de la oficina por las noches y algún fin de semana que otro, pero ahora Beatriz se daba cuenta de que llevándose a casa algo de trabajo, se podía organizar mejor. Por la noche, a menudo estaba cansada, pero era cuestión de ponerse. Además, era práctico, porque así, antes de llegar a la oficina al día siguiente, ya llevaba una parte del trabajo hecha. Lo malo era que, cuando había pedido a los informáticos tener acceso a su buzón del trabajo desde el móvil, no había pensado en pedirles que no le sonara el móvil cada vez que llegaba un *e-mail* nuevo, y ella no sabía cómo se desactivaban las notificaciones. Entonces, cuando el móvil sonaba durante la cena, Beatriz se removía intranquila en la silla y se pasaba el resto de la cena impaciente por leer el mensaje que acababa de llegar.

Juan no decía gran cosa, él también se ponía a veces a ver sus *e-mails* de la oficina una vez que Miguel y Luis se iban a la cama. Incluso, alguna vez, Beatriz le oía discutir al teléfono de cosas del trabajo. Pero, luego, pasaba a otra cosa y parecía olvidarse del móvil y de cualquier tema del trabajo. A Beatriz eso le costaba más y su móvil empezó a acompañarla a donde fuera por la casa. Juan se reía de ello. «Siento como si entre nosotros hubiera otro hombre», le dijo una vez mirando el móvil que Beatriz había dejado entre ellos al sentarse en el sofá. Se lo tomaba un poco peor cuando Beatriz sacaba de la maleta algún informe para leer. «Bea, que estamos de vacaciones», le sermoneaba. Ella intentaba explicarle lo evidente, que cuando ella estaba de vacaciones nadie hacía su trabajo. «No es como cuando atiendes clientes detrás de una ventanilla y, cuando cierras, se termina el trabajo —decía Beatriz a su marido—. El mío se va acumulando y si lo dejo todo para la vuelta, luego no voy a dar abasto». Y conforme lo decía, sentía una especie de agobio que le trepaba por el pecho y la convencía de que tenía que aprovechar al máximo cualquier momento de sus vacaciones para evitar que la cantidad de trabajo que le esperaba a la vuelta la enterrara como una avalancha.

A veces no servía de mucho lo que creía haber avanzado en su trabajo durante sus días libres. Los proyectos cambiaban o, simplemente, se retrasaban. Y aunque su trabajo no fuera directamente a la papelería, la tarea se quedaba aparcada por tiempo indefinido. Pero, a Beatriz, no siempre le molestaba. Todo aquel trabajar frenéticamente, sin sentido, le parecía que era como una balsa que la mantenía a flote. Si no ocupaba la mente constantemente con el trabajo, estaba segura de que esta empezaría a vagar por territorios en los que ella no quería adentrarse. Juan parecía estar a la expectativa. No se

atreví a sacar el tema, pero Beatriz suponía que se preguntaba si lo iban a intentar otra vez. Blanca también parecía esperarlo. «¿Necesitas que te recete ácido fólico?», le había preguntado una vez que habían coincidido en un cumpleaños.

Beatriz sabía que no tenía mucho tiempo para pensárselo. Conforme pasara el tiempo, mayor riesgo tendría el embarazo. De hecho, eso era lo que le había echado para atrás hacía apenas unos meses. ¿Por qué lo había hecho finalmente? ¿Por sentirse todavía mujer antes de que su útero pusiera el cartel de «cerrado por defunción»? ¿Porque la valentía de Alba le había dado envidia? Quizás incluso como una coartada para alejarse del trabajo durante los meses de baja por maternidad. De repente, le pareció egoísta tener un hijo simplemente por cualquiera de esas razones. Y, además, no era como si no tuviera ninguno, pensó. Ella tenía dos, sanos y risueños. Tanto en su círculo como en el de sus amigas, conocía a unas cuantas que estaban intentando tener el primero. Eso sí que sería duro, pensaba Beatriz. Vivir con la incertidumbre de no saber si conseguirían ser madres. Beatriz comprendía la ansiedad de todas ellas. Ella tampoco hubiera querido pasar por la vida sin saber lo que es ser madre. De hecho, no comprendía cómo se podía envejecer con la ilusión de vivir intacta sin tener hijos. Una vez llegado el punto en que una tuviera más pasado que futuro, sin hijos, ¿qué fuerza se tendría para mirar hacia delante, en vez de volver una y otra vez a recrear lo ya pasado?, se preguntaba. Entendía, por lo tanto, a las que lo intentaban una y otra vez, a pesar de las decepciones. Y, encima, más de una siguiendo aquellos tratamientos intrusivos que violentaban sus hormonas. Tratamientos desagradables, tediosos, dolorosos incluso. Agarrándose cada vez a un porcentaje de probabilidades decreciente, como si se tratara de un clavo ardiendo. Beatriz, sin embargo, había tenido suerte; ¿iba a desperdiciarla? Se había quedado embarazada bastante rápido cada vez que lo había intentado. Pero sabía que el tiempo no perdona y no podía demorarse mucho más. Así que fue franca, se colocó delante de un espejo y se preguntó a la cara si de verdad quería otro hijo. La Beatriz del espejo desvió la mirada y no fue capaz de contestar. Esa no era la pregunta que realmente importaba. No, esa no era la cuestión. La pregunta que tenía que hacerse era si quería pasar de nuevo por aquella montaña rusa de sentimientos, con la ilusión llevándola hasta la euforia al saberse embarazada, para luego tornarse en desilusión y despeñar su alma en el precipicio oscuro del que todavía no había salido. Y la respuesta a esa segunda pregunta sí se la podía dar mirándose a los ojos. Hubiera sido

imposible engañarse a sí misma sobre ello. La respuesta era no, no quería volver a sufrir de esa manera nunca más. Ahora solo faltaba poder confesárselo a Juan.

Beatriz anuló la siguiente cita para comer con Lucía y las demás. Carmen le insistió para que fuera. Esta vez podría llevarle el libro, le había dicho. Se lo había llevado al despacho para poder dárselo cuando quedaran a comer. Además, parecía que Carmen tuviera ganas de contar algo. Como no fuera que tirara de la curiosidad para animarla... Pero no convenció a Beatriz, a pesar de que no tenía una excusa muy sólida. «Mucho trabajo», había apuntado sin dar detalles. Le entró un poco de remordimiento, sobre todo porque la razón era simplemente que no le apetecía. Sin embargo, se dijo, a Alba tenía que llamarla para ver cómo estaba. Ella se interesaba por Beatriz, por cómo estaba, y le debía un poco más de atención, a ella sola, sin Araceli y los niños por medio. Se apuntó «llamar a Alba» en uno de los pósts con listas de cosas para hacer que tenía pegados en el marco de su pantalla de ordenador. Antes quizás no hubiera tenido que apuntárselo, pero cada vez tenía más cosas en la cabeza y más posibilidades de olvidarlo. También decían que se solía olvidar lo que no se quería hacer. Y es que, hablar con Alba no le era indiferente, sobre todo si hablaban de su pequeña Carlota. «Pues la tengo enganchada al pecho», le había dicho la última vez por teléfono. Eso era algo que Beatriz ya no viviría. La decisión estaba tomada, pero no por eso dolía menos plantarse en un fracaso. Dolía y mucho.

—No quiero volver a intentarlo —le dijo a Juan esa misma noche.

Juan la miró. Beatriz tenía los ojos húmedos. La abrazó y por unos momentos no dijo nada. El llanto de Beatriz llenó el silencio. Antes de oírlo, Juan lo sintió, porque las primeras lágrimas calladas le mojaron la camisa. Luego, el llanto fue en aumento y el cuerpo de Beatriz se puso a temblar levemente. Juan se había preparado mentalmente para esa conversación. Sabía que surgiría en algún momento. Había preparado argumentos contra el desánimo de Beatriz. La próxima vez iría bien, no había razón para que no fuera así. Juan había ensayado decenas de frases de ánimo, algunas cómicas, otras más serias. No se había preparado, sin embargo, para la situación en que Beatriz tirara completamente la toalla. Conociéndola, no le había parecido probable. Pero allí estaba él, ante una victoria por noqueo del destino y Beatriz, tirada, sin querer levantarse de la lona. La estrechó un poco más entre

los brazos, como para darle a entender su apoyo en la decisión que ella había tomado.

—Mira a Miguel y a Luis, ¡qué suerte tener dos hijos como ellos!

Juan todavía le susurró alguna cosa más, pero Beatriz no la oyó. Se sentía tan culpable de haber decepcionado a Juan que lo único que oía era su propia respiración entrecortada. Se quedó allí un buen rato, acurrucada contra Juan. Cuando el llanto cesó, Juan la besó en la cabeza y le ofreció una infusión. Entonces salió de la habitación hacia la cocina, a pesar de que ella le había respondido que no, que no quería una infusión. Beatriz se metió en la cama para seguir llorando, pero las lágrimas decidieron quedarse en su interior. Cerró los ojos y se quedó dormida.

Pasó el tiempo, llegó el verano y Beatriz pensó que las vacaciones le iban a venir bien. Pero las vacaciones no fueron del todo reposadas. A Luis le picó una medusa el primer día y, ya fuera por eso o porque su padre se había quedado una semana más trabajando y no estuvo con ellos en la playa los primeros días, a Luis le dio un ataque de mamicis y se pasaba el día pegado a Beatriz. Cuando Juan llegó, Beatriz aprovechó para conectarse a ver lo que pasaba en la oficina.

—Descansa, Bea, disfruta de las vacaciones.

—Solo contesto a un *e-mail* y ya está, que siempre es mejor que tener a Mariano llamándome para que le resuelva una duda.

—Si te llama, me pasas el teléfono para que le explique yo lo que significa «vacaciones».

Beatriz no entendía por qué Juan se molestaba, no la necesitaban para otra cosa. Él estaba leyendo y sus hijos jugando tranquilamente. ¿Por qué, entonces, no podía dejar que ella hiciera lo que quisiera?

Beatriz había seguido la mayor parte de las vacaciones con un humor cambiante, pero ni Juan ni sus hijos habían parecido llevarlo mal. A todas luces se lo habían pasado bien, y para ella, bueno, las vacaciones tampoco habían estado tan mal. Beatriz había recargado un poco las pilas, aunque poco le duró. A la vuelta le esperaba pasarse unos días poniendo lavadoras y planchando. Y luego estaba lo de preparar la vuelta al cole. Por eso habían regresado el viernes por la tarde en vez de apurar hasta el domingo como habían hecho años atrás. Así también le daba tiempo de ir al supermercado y llenar la nevera para la semana.

El sábado, en la cola del supermercado para pagar, Beatriz miraba el contenido de su carrito de la compra. Un poco más y hubiera necesitado dos, se dijo intentando no pensar a cuánto ascendería la cuenta. Esperaba, en todo caso, que no se le hubiera olvidado nada. A veces se pasaba días diciéndose que tenía que comprar algo y, cuando se ponía a hacer la lista de la compra, se le olvidaba y, luego, como no lo viera de sopetón al pasar por las estanterías del supermercado, se volvía a casa sin ello. Esta vez, por lo menos, había comprado el alioli. Dos tarros.

Todavía tenía que forrar un par de libros de Miguel y Beatriz se alegró de haber encontrado rollo de papel adhesivo también en el supermercado. Así no tendría que ir a la papelería. Lo extraño era que no le hubieran enviado todavía la lista de material de Luis. Como estaba en infantil, había que comprar mucho menos, pero Beatriz creía recordar que el año anterior ya habían recibido una lista justo antes de las vacaciones. ¿O había sido más tarde, durante el verano, por *e-mail*? En todo caso, sí, el año anterior Beatriz se veía el primer día de clase, llevando a Luis de una mano y una bolsa de plástico con material en la otra. ¿No sería que pensaban que también cambiaba a Luis de colegio?, se preguntó. Miguel empezaba primaria y Juan se había empeñado en cambiarlo a uno concertado que decía era mejor. A Luis lo dejarían en el mismo hasta que terminara infantil. A Beatriz no le hacía gracia empezar de nuevo por las mañanas a llevar a cada uno a un sitio diferente, pero la vecina de al lado también llevaba al suyo al nuevo colegio de Miguel y se turnarían para llevarlos y recogerlos. Beatriz, en mayo, había informado a la directora de que Miguel no seguiría en el colegio el curso siguiente, pero ahora dudaba si en la breve conversación que habían tenido habría quedado claro que Luis, por el momento, se quedaba en su colegio. ¿Y si la directora no lo había entendido así y le había dado la plaza de Luis a otro niño? Beatriz empezó a ponerse nerviosa. No había empezado a poner la compra en la cinta. Todavía había dos clientes por delante de ella. Una señora mayor, ya a punto de pagar, pero que todavía no había sacado el monedero. Parecía que primero quisiera terminar de ponerlo todo en las bolsas. Beatriz empezó a impacientarse, ella metía las cosas en las bolsas conforme la cajera las escaneaba y si, cuando le decía el total, todavía había artículos por guardar, metía la tarjeta en el lector, ponía el código y mientras sonaba el pitido confirmando que el pago se había aceptado y se imprimía el tique, ella terminaba de guardar los artículos restantes. Así, los que iban detrás de ella no tenían que esperar. «Pero —se dijo irritada— parece que no todo el mundo

piensa en si hace o no esperar a los demás». La cinta avanzó unos centímetros. Beatriz empezó a poner su compra en el trecho de cinta que aparecía ahora libre, pero pronto se tuvo que parar por falta de espacio. La señora mayor todavía estaba allí, no se aclaraba con la tarjeta. No tenía pinta de utilizarla muy a menudo. Seguramente pagaba más a gusto con efectivo, pero algún hijo debía de haberla convencido de que con una tarjeta era más práctico. Después de la experiencia, la señora quizás no pensara lo mismo. Beatriz daba golpecitos rápidos con el dedo en el paquete de cereales que tenía en la mano esperando poder ponerlo en la cinta. Repasaba mentalmente la conversación con la directora e intentaba recordar cualquier comunicación que hubieran recibido del colegio. Pero cada vez estaba menos segura de que, el lunes, Luis tuviera plaza en el colegio. Si ese era el caso, ¿qué iban a hacer? Empezó a temblar de pánico y mentalmente repetía «venga, venga» mientras miraba a la cajera. La cajera hablaba con el cliente de delante de Beatriz y parecía pasar los artículos con más parsimonia que hasta entonces. Beatriz sintió la cara fría. Del susto se estaba poniendo blanca. Tenía que volver cuanto antes a casa y contárselo a Juan. Había sido culpa suya, ella era la que había estado en contacto con la directora, ella era la que tenía que haber reaccionado antes al no ver ninguna lista de material para el curso siguiente, pero no había pensado en ello, o quizás sí, pero aquel pensamiento debía de haber sido barrido por el tsunami de las demás cosas que ella llevaba en la cabeza. Porque era ella la que se encargaba de todo lo que tuviera que ver con el colegio, con las actividades extraescolares, con los cumpleaños. Hasta recordaba a Juan el cumpleaños de su propia madre. Llevaba tantas cosas en la cabeza que algo así tenía que terminar pasando. Tenía que hablarlo con Juan, buscar una solución. Cuando llegó delante de la cajera, le devolvió automáticamente el saludo sin mirarla y se preparó, con dos bolsas ya abiertas de par en par, a recibir la compra, como si participara en un concurso de velocidad. Tenía la respiración acelerada y la mirada fija en los artículos que se acercaban a ella después de haber sido escaneados. Los fue colocando en las bolsas de cualquier manera y ya había sacado la tarjeta antes de que la cajera terminara de decir el importe. Pagó y volvió rápidamente a casa a contarle a Juan el problemón que tenían.

—Pero ¿tú le dijiste a la directora que se cambiaban los dos de colegio?

—No, pero lo mismo dedujo que no íbamos a dejar a uno en un colegio y al otro en el otro.

—Entonces Luis está todavía inscrito en el suyo.

—Ya, pero no estoy tan segura.

—Pero ¿por qué no lo iba a estar?

Juan había intentado tranquilizarla, pero no entendía esa idea que se le había metido a Beatriz en la cabeza. Simplemente le había quitado importancia a la cosa y había mandado a Beatriz a la habitación a que se echara un rato. Después de aquello, Beatriz parecía más tranquila, pero, debajo de la superficie, la preocupación seguía latente.

El lunes, Beatriz seguía pálida, pero Juan había conseguido transmitirle un poco de optimismo. «¿Por qué no iba a tener Luis plaza?», se repetía mentalmente Beatriz. «¿Que se cambiaba de colegio?», se imaginaba contestándole a la directora con cara de sorpresa. Ella no había dicho tal cosa y si habían entendido lo contrario, no era su problema. Llevaba a Luis de la mano con toda la determinación de la que era capaz. Como al que, en un ejército, le toca llevar el estandarte y está a merced de cualquier ataque porque no lleva nada con que protegerse. Al llegar a la clase, Beatriz saludó a la profesora, la misma del año anterior. La profesora recibió a Luis como si fuera lo más normal del mundo, como si lo estuviera esperando. Cogió a Luis de la mano y lo llevó hacia una pared lateral a enseñarle la percha, con su nombre, donde podía dejar la rebeca.

—No encuentro la lista de material. ¿La habéis dado ya?

—Sí, al final de curso, con los trabajos del año. Mira, aquí me quedan copias de la lista.

Todos los demás padres llegaban cargados con el material. La profesora adivinó lo que Beatriz estaba pensando.

—No te agobies, con que lo traiga todo a lo largo de esta semana está bien.

Unos días más tarde, Mariano la llamó a su despacho. Como de costumbre, le llevó unos momentos ir al grano. Eran tiempos difíciles. Algunos clientes habían aprovechado la actualización del contrato para negociar comisiones más reducidas y, como el objetivo había sido perder el mínimo de clientes, bastantes las habían obtenido. Aquello no sería neutro con relación a la cuenta de resultados y había habido que congelar algunos gastos previstos. Eso incluía los gastos de personal.

—Entonces, ¿no me van a subir el sueldo a principios de año?

—Este ejercicio no hay margen para ello, pero trabajas muy bien y eso se sabe más allá de este despacho. En cuanto haya alguna posibilidad, tú serás la

primera, que no te quepa duda.

Beatriz se quedó sin saber qué decir. Matarse a trabajar, aceptar preparar contrarreloj la presentación para aquel cliente borde, todos los dichosos informes y cuadritos hechos en tiempo récord, todo eso no había servido para nada. Las capas de decepción se fueron superponiendo una encima de la otra en el interior de Beatriz mientras su jefe seguía hablando. Tendría, le había explicado Mariano, una subida correspondiente a lo establecido en el convenio. «Vamos —pensó Beatriz—, lo que a todo el mundo en la empresa, se hubieran esforzado en hacer bien su trabajo o no». Un raquítrico 1,7 por ciento que Mariano había presentado como «casi un dos por ciento». Con eso no tenía ni para invitar a Juan a una cena en un restaurante de mala muerte. Hacía ya tiempo que Beatriz planeaba celebrar el aumento con Juan en un restaurante bueno. Para celebrarlo y también para darle las gracias. Primero por su paciencia, pero, sobre todo, por su apoyo. Además, Beatriz había previsto una velada, los dos solos. Sabía que les vendría muy bien. Comer pudiendo hablar tranquilamente sin tener que interrumpir la conversación con algún «no comas con las manos, utiliza el tenedor» o «termínate los guisantes». Y luego, volver a casa, con los niños ya en la cama, y poder seguir disfrutando de la cercanía del otro, de ser pareja, de uno de esos momentos de intimidad que empezaban a escasear tanto en su relación.

La cara de Beatriz al salir del despacho de Mariano era todo un poema. Nunca había llorado de rabia, pero sentía que aquella podía ser la primera vez. Se cruzó con la mirada de algún compañero e intentó guardar la compostura. Intentando mostrar naturalidad, se sentó delante de su ordenador, pero su respiración empezó a coger carrerilla, como si de pronto sus pulmones no admitieran apenas aire y tuviera que proveerlos con rápidas bocanadas para que pudieran seguir haciendo su trabajo. Se levantó y fue a los aseos. Cada vez estaba menos segura de que pudiera contenerse y no quería dar el espectáculo delante de todo el mundo. Intentó respirar profundamente, cogiendo cada vez más y más aire. Si lloraba se le notaría, los curiosos vendrían a preguntarle y ella perdería los papeles. Tenía que tranquilizarse. Poco a poco lo consiguió. Se miró al espejo y vio que tenía los ojos húmedos. En ese momento entró Sara.

—Se me ha metido una pestaña en el ojo y no consigo ver dónde está — dijo Beatriz levantándose el párpado y acercando la cara al espejo.

—A veces ya se te ha salido, pero la molestia sigue un rato por lo mucho que te has frotado el ojo.

Por suerte, Sara no se ofreció a mirar para ayudarle a sacarla y, en cuanto hubo cerrado, tras ella, una de las puertas de los retretes, Beatriz volvió a su mesa intentando aparcar su decepción en algún lugar remoto de su mente. «Concéntrate en el trabajo y las ganas de llorar se irán», se dijo. Y así fue. Sus ojos se secaron y su respiración se fue calmando, pero la rabia se le había agarrado a la garganta y no le dejaba hablar. Sus dedos hundían con más fuerza que de costumbre las teclas mientras escribía, pero nadie, ni siquiera ella misma, se daba cuenta. Así pasó el día, con una única nota positiva en forma de sonrisa de agradecimiento, cuando le enseñó a Lara en qué fichero encontrar la información que buscaba.

Aquella noche la rabia le impidió dormir. Se le había desplazado de la garganta y le crispaba los músculos de los hombros y la espalda. Quizás si la hubiera compartido, la rabia la atenazaría con menos fuerza, pero Juan ya empezaba a respirar pesadamente en su lado de la cama. Al volver a casa, Beatriz no había tenido ganas de sacar el tema y, luego, tampoco había encontrado un buen momento. Luis no quería irse a dormir, decía que no quería tener pesadillas, que cuando cerraba los ojos le entraba miedo. Juan le había leído un cuento y Beatriz le había cantado una canción de cuna, pero durante casi una hora Luis estuvo levantándose de la cama.

—¡Qué careto! —le dijo Noelia al día siguiente.

—Luis nos ha dado la noche.

—Parece que este año las revisiones salariales no van a ser muy generosas.

—Ya me he enterado —respondió Beatriz intentando evitar una mueca.

—El que sí estará contento es Alfonso.

—¿Alfonso? ¿Por qué?

—Es el único de nuestro departamento al que le van a subir el sueldo por encima de lo del convenio.

—¿Estás segura? —preguntó Beatriz cortándose a tiempo para no decir que a ella Mariano le había dado a entender que lo de los tiempos difíciles era para todo el mundo.

—Sí, Cruz, la de recursos humanos, me lo ha dicho. Parece ser que hay dieciséis afortunados en toda la empresa, pero este año a nadie le suben más del quince por ciento.

¿Quince por ciento? Beatriz con un diez por ciento ya se hubiera dado por contenta. Y, encima a Alfonso, que siempre iba a su aire, sin contribuir nada al equipo y que creaba mal ambiente porque se guardaba para él información que

todos necesitaban. A él, a él le habían dado su aumento. Beatriz, sin entenderlo todavía, intentó recordar cuándo habían premiado a Alfonso por última vez. No hacía mucho, estaba convencida. En todo caso hacía menos tiempo que a ella. ¿Alfonso? Beatriz seguía sin creérselo. Alfonso se relacionaba poco con el resto del equipo. Nunca iba a comer con ellos y cuando alguien iba a su mesa a pedirle algo, le hacía ver de una manera u otra que no apreciaba las interrupciones. Tenía fama de adicto al trabajo y de hacerlo bien, pero Noelia ya había insinuado en alguna ocasión que no era oro todo lo que relucía. «Me he leído su análisis sobre los retrasos en los pagos y es bastante flojo», le había dicho a Beatriz en una ocasión. Pero Alfonso siempre estaba disponible para todo lo que Mariano quisiera y parecía que eso valía más que lo bien que hiciera su trabajo. Además, Alfonso no compartiría información con sus compañeros, pero siempre estaba atento a las noticias o a la publicación de estadísticas que pudieran ser útiles para el negocio e iba con ellas directamente a Mariano. Si hubiera estado igual de atento en casa a lo que pasaba quizás ahora no estaría viudo. Su mujer había muerto de un tumor cerebral hacía cinco años. En principio era de los operables, pero lo habían detectado demasiado tarde. Alfonso no se había dado cuenta de la degradación de su mujer, que poco a poco dejó de arreglarse y de maquillarse. Las pocas ganas que tenía de hacer ciertas cosas, incluso salir de cena, se podrían haber interpretado en un primer momento como cansancio o, quizás, como una simple depresión posparto. Pero tampoco Alfonso pareció darse cuenta de que se le trababan algunas palabras ni le llamaron la atención los olvidos cada vez más frecuentes de su mujer. Beatriz se preguntaba si para Alfonso todo lo que pasara fuera del trabajo pertenecía a un mundo paralelo, un mundo lejano en el que, afortunadamente para él, su madre y su suegra se turnaban para ocuparse del nieto. ¿Era ese el secreto para que le fuera a uno bien en el trabajo? Demostrar dedicación exclusiva.

—No lo entiendo —dijo Beatriz—. Bueno que se valore la motivación y lealtad de un empleado, pero, yo creo que, si alguien hace bien su trabajo, eso debería contar más que el que te hagan la pelota continuamente.

—Me parece que tienes el síndrome de la tiara.

—¿El síndrome de la qué?

—De la tiara, el de las que trabajan como hormiguillas en su rincón, sin hacerse notar, esperando que algún superior se dé cuenta de lo bien que trabajan y vengan a coronarlas con la tiara de Miss Currante.

Beatriz no sabía qué decir, todavía estaba digiriendo la explicación de

Noelia.

—¿Por qué te crees que Alfonso, cada vez que abre la boca en una reunión, se explaya tanto sobre lo que está haciendo en esos momentos?

—Los hay que les gusta oírse hablar y atraer la atención —respondió Beatriz—. Yo en las reuniones no me enrollo, suelo decir aquello que se me antoja útil o interesante para los demás.

—Error. Así los demás no saben ni la punta del iceberg de lo que haces. La próxima vez fijate cómo lo hace Alfonso. Ni siquiera espera a que Mariano haga un comentario positivo sobre su trabajo. Él mismito te lo sirve todo en la misma bandeja. Primero habla de lo difícil que era la tarea y luego explica lo bien que ha resuelto él solo todos los problemas que conllevaba.

Beatriz se quedó pensativa y ni tan siquiera se dio cuenta cuando Noelia se despidió. No estaba segura de querer convertirse en un charlatán de pueblo simplemente para que la consideraran mejor en el trabajo. ¿No estaba ya claro lo mucho que trabajaba? ¿Qué respeto se ganaba siendo una bocazas? Fue pasando al lado de las mesas de sus compañeros y vio que cada uno estaba absorto en las tareas que realizaban. Miró más allá; cerca de la ventana estaba Ángel, sentado con la mirada fija en la pantalla del ordenador, un codo clavado en la mesa y la mano correspondiente jugando a hacer girar un bolígrafo entre los dedos. ¿Sabía ella lo que hacía Ángel? ¿Sabía si hacía bien o no su trabajo?

El resto del día no pudo concentrarse en las tareas que tenía que hacer. Fue el día más improductivo que había tenido desde hacía mucho tiempo. Pero, por una vez, le daba igual. El trabajo y el resto. O al menos eso pensaba ella. Su burbuja de indiferencia empezaba a agrietarse y un viento de tristeza empezaba a colarse dentro.

Aquella noche, sin embargo, Beatriz sí se durmió casi enseguida. Le había estado dando vueltas a lo de Alfonso la mayor parte de la mañana y sus neuronas empezaban a estar agotadas. Además, arrastraba cansancio de la noche anterior. Así que apenas media hora después de que Miguel y Luis se fueran a dormir ya estaba ella metiéndose en la cama. Al cabo de un rato, quizás unos minutos, quizás unas horas, Beatriz se levantó. Alrededor de ella, la oscuridad y el silencio eran totales. Era un silencio un tanto raro, ni siquiera se oía la respiración de Juan. Salió de su habitación para ir al aseo. Le extrañó, sin embargo, ver luz al final del pasillo. Avanzó por él y se le antojó largo, o quizás era ella. Estaba medio dormida y su paso era torpe. Al llegar a la puerta de la habitación de sus hijos todavía no sabía de dónde provenía

aquella luz. No podía venir de la lámpara del techo ni de la mesilla. Era una luz tenue que solo iluminaba una parte de la habitación. De pronto, un brillo la deslumbró. La luz había rebotado con violencia sobre la superficie metálica de un cuchillo de cocina y le dio en plena cara. Instintivamente levantó la mano para protegerse los ojos, pero el reflejo de luz cambió de ángulo conforme el cuchillo trazaba una curva hacia abajo. Beatriz lo siguió con la mirada y lo vio hundirse en el pecho de Luis, una y otra vez. Su Luis, su pequeño. Luis estaba cubierto de sangre, pero aquel cuchillo seguía abatiéndose sobre él sin que ella pudiera hacer nada. El dolor le desgarró el pecho de arriba abajo. Entonces Beatriz se incorporó en la cama, con la boca abierta como si volviera a la superficie después de largos minutos de apnea debajo del agua. Con el terror todavía metido en el cuerpo, miró hacia su lado. Juan, al sentirla moverse, pareció ir a despertarse, pero se dio media vuelta y siguió durmiendo. Beatriz temblaba, tenía frío y calor al mismo tiempo. Se echó la sábana encima como si fuera una coraza y, una vez más, lloró hasta quedarse dormida.

NEGRO

Apenas diez minutos más tarde Beatriz tenía una reunión con Mariano y sus compañeros de departamento. No merecía la pena empezar nada, no le iba a dar tiempo a mucho y eso que se le estaban acumulando tantas cosas que solo pensar por dónde empezar le iba a costar esfuerzo. Beatriz llevaba un par de semanas con una sensación de ahogo constante. Tenía la impresión de estar delante, más que de un ordenador, de una de esas máquinas lanzapelotas que utilizan los tenistas para entrenar. Beatriz se imaginaba el suelo, alrededor de ella, lleno de pelotas amarillas. Por cada tarea que conseguía quitarse de encima, el buzón de su correo electrónico le escupía dos o tres más. Algunas pequeñas, como confirmar el día y la hora de la cita con un cliente; otras, más pesadas. No siempre le llegaban por *e-mail*, sus compañeros se le acercaban a la mesa sin parar con solicitudes de información diversas. «Pásame las cifras de julio», le pedía Ángel. «Mariano ha dicho que el ajuste para Ormasa lo calcules tú que conoces bien al cliente», le informaba Sara. «¿Sabes si el pedido ha salido ya? Tengo que añadir una cosa», le decía Lara. Otras veces las tareas eran el resultado de decisiones tomadas en reuniones como la que tenían esa mañana. Se pasaban una o dos horas hablando sobre lo que habría que hacer con respecto a un tema u otro. Perdiendo el tiempo mientras el trabajo se acumulaba en la bandeja de entrada. Mareando la perdiz innecesariamente porque Mariano, desde incluso antes de que empezara la discusión, ya sabía qué era lo que había que hacer y quién quería que lo hiciera. Hablarlo en grupo, sin embargo, parecía conferir a sus decisiones un cierto carácter de democracia participativa y Mariano no se privaba de convocar reuniones, sobre todo sabiendo manipular tan bien la discusión.

Beatriz volvió a mirar el reloj del ordenador, quedaban siete minutos, necesitaba unos dos o tres para ir al aseo y otro par para ir de allí a la sala de reunión. Respiró profundamente y empezó a imaginarse, como tantas veces esas últimas semanas, postrada en un coma profundo en la cama de un hospital cualquiera. Era tan fuerte el deseo que verse inmóvil en aquella cama blanca, en aquella habitación blanca, tenía un efecto relajante bastante potente. Eso era lo que necesitaba antes de afrontar otra reunión inútil. Relajarse unos instantes

antes de que la negrura de su vida empezara de nuevo a comerse al blanco. Gris ágata, gris pizarra, gris antracita, negro. Negro por todos sitios. Un negro altivo que se imponía sin miramientos, como si pensara tener pleno derecho a invadir su vida.

Negro, allí donde mirara. Excepto cuando cerraba los ojos por la noche para intentar dormir. Entonces no encontraba el negro, sino un potente rojo, como si tuviera un foco dándole directamente en la cara. Con la luz atravesándole con violencia la barrera de sus párpados, colándose sin piedad por las rendijas de sus pestañas. El rojo daba paso a imágenes que ella intentaba desterrar pero que volvían tozudas evitando los manotazos con los que Beatriz pretendía espantarlas. Las imágenes eran siempre las mismas. Los documentos que se apilaban en su mesa, los *e-mails* sin leer que se amontonaban en su bandeja de entrada, los pósts con listas de cosas que no debía olvidar que se multiplicaban por su mesa de despacho y, sobre todo, la cara de desprecio de Celia. La cara de Celia una y otra vez. Esa era la imagen que más le costaba echar a un lado. Como mucho conseguía que no se proyectara entera en el revés de sus párpados. Entonces era solo la boca de Celia la que aparecía. Esa boca de dientes disparejos y amarillentos por el tabaco. Esa boca flanqueada por rígidas arrugas de disgusto. Los labios de Celia se movían monótonos como la secuencia de una película que se repite en bucle. Como una película muda, porque por mucho que los labios de Celia se movieran sin parar, ningún sonido salía de la cavidad de aquella boca. Sin embargo, Beatriz no necesitaba escuchar sonido alguno para saber lo que aquellos labios decían. Decían que era una incompetente, una inútil que no llegaría a nada porque una vez más se había equivocado. Había defraudado toda la confianza puesta en ella presentando de nuevo un trabajo de mala calidad, de tan mala calidad que era sorprendente que alguien pudiera hacer tan mal algo que era de lo más sencillo.

Cuando Beatriz intentaba parar los labios de Celia, se topaba con otras imágenes del trabajo no mucho más agradables. Mariano diciéndole con la mirada que evidentemente Celia tenía razón. Sus compañeros de trabajo que la miraban con cara de pena. «Parecía que valía ¿no?», les imaginaba decir extrañados. «¿Cómo nos ha podido engañar de esta manera tanto tiempo?». Ella avanzaba por el pasillo y sus compañeros evitaban mirarla. Beatriz se acercaba a Noelia para pedirle ayuda, pero esta le daba la espalda. Las palabras de Celia habían cubierto a Beatriz con un aura de intocable y nadie iba a cometer el error de ayudarla. Entonces Beatriz notaba que lloraba. «¿Es

posible llorar mientras se duerme?», se preguntaba. O, quizás, no estuviera dormida. ¿Estaba viviendo aquella pesadilla despierta?

Cuando sonaba el despertador, el primer segundo le sabía a liberación, pero, entonces, sentía como si unos brazos la sujetaran a la cama. No había manera de salir, Beatriz se sentía tan cansada como cuando se había acostado la noche anterior. El despertador volvía a sonar a los cinco minutos. Esta vez sí que tenía que salir de la cama y, con esfuerzo, lo hacía. No podía quedarse más en la cama. Tenía que sacar del cajón la ropa para Luis y Miguel. Otra vez se le había olvidado dejarla preparada la noche anterior. También tenía que comprobar si Juan había metido las cosas de natación en la cartera de Miguel. No, la natación era al día siguiente, todavía estaban en martes. Qué lenta pasaba la semana. Beatriz miraba el reloj y se sorprendía de que fuera tan tarde. Tenía que despertar a Miguel y a Luis, Juan ya se había ido al trabajo. Beatriz volvía a mirar el reloj y se decía que los dejaría unos minutos más en la cama. Primero quería tomarse un café con leche tranquilamente, sin gritos ni peleas por ver quién utilizaba aquella mañana la cuchara pajilla de regalo que habían encontrado dentro del paquete de los cereales dos días antes. Ese momento, con su café, era sagrado, aunque fuera breve. Unos meses antes, Beatriz se lo tomaba todavía yendo de un lado para otro. Le daba pequeños sorbos mientras preparaba el desayuno de sus hijos. Le daba otro sorbo, mirando por la ventana del salón para ver el tiempo que hacía. Se lo llevaba al dormitorio para darle otro sorbo delante de la puerta abierta del armario mientras decidía lo que se iba a poner aquel día. De un tiempo a esa parte, sin embargo, desayunaba sentada, a veces con un café más amargo de la cuenta porque se había quedado corta con la leche y no tenía ganas de levantarse a echarse más.

A veces Miguel y Luis aparecían por la cocina. Se habían despertado solos. Beatriz los dejaba entonces desayunando y se iba a arreglarse. Pero, hasta algo tan simple, le resultaba difícil. Elegir lo que se iba a poner se había convertido en un esfuerzo hercúleo para sus neuronas. Miraba las perchas que colgaban del armario y era incapaz de decidirse. Y no era porque tuviera mucha ropa, que no la tenía, sino porque le costaba concentrarse. No tenía ganas de ir al trabajo y todo lo relacionado con él le daba pereza. Entonces se iba a ducharse, diciéndose que decidiría bajo la ducha. Unas veces lo conseguía, pero eso no quería decir que el esfuerzo mental hubiera terminado, porque, a menudo, al volver al armario se daba cuenta de que la camisa elegida debía de estar en el cesto de la ropa sucia.

Beatriz volvió a la realidad y se dio cuenta de que ya no le daba tiempo para ir al baño. Tenía que ir directamente a la reunión con Mariano y sus compañeros. Durante la reunión, Beatriz consiguió despejar algunas pelotas. La mayoría por los pelos. Después de rozar la red habían caído en el campo contrario. Desgraciadamente algunas en el de Lara o Noelia. No parecían encantadas, pero ella, sinceramente, no podía encargarse de más cosas, ya llevaba demasiadas a cuestas. Mariano, de nuevo haciendo como si fuera un simple árbitro, había estado de su lado la mayor parte del partido. Había concedido todos los puntos dudosos a su favor. Pero, cuando Beatriz pensaba que ya estaba todo dicho, todavía quedaba una sorpresa. La fiesta de Navidad se acercaba y, ese año, explicaba Mariano, coincidiendo con el veinticinco aniversario de la empresa, iba a ser por todo lo grande. Un comité compuesto por empleados de distintos departamentos se encargaría de la organización. Del área comercial Beatriz era la elegida. Alrededor de la mesa, la mayoría intentó contener un suspiro de alivio. Alfonso no lo logró y la cara de satisfacción que tenía al terminar la reunión merecía ser portada de una revista de negocios. «Beneficios récord, Alfonso Cortézar, director ejecutivo de Trucasa, nos explica cómo».

Beatriz se preguntaba desde cuándo estaba aquello decidido. La cara que paseaba por la empresa desde que supo que otra vez se había quedado sin aumento era de todo menos festiva. Lo que le faltaba a ella, se quejó para sus adentros. Habría que pensar en actividades para entretener al personal más allá de la comida y la música. Otros años se había hecho una tómbola para recoger fondos para una obra caritativa. Eso quería decir imprimir boletos, venderlos y luego hacer el paripé en el escenario durante el sorteo. ¿Cuántos serían en total para organizar la fiesta? O, más que cuántos, ¿quiénes? Porque la cantidad de trabajo podía variar considerablemente dependiendo de las ganas y el tiempo que le dedicaran los miembros del comité. Si estaban tan motivados como ella, la cosa no empezaba bien.

Volvió a su mesa prácticamente arrastrando los pies, como si llevara unas gruesas suelas de cemento en los zapatos. Otras veces se había quedado hablando con sus compañeros unos instantes después de la reunión, pero esa vez tenía prisa por alejarse de allí, como si, poniendo tierra de por medio, el marrón que le acababa de caer se alejara. Sus piernas, sin embargo, no avanzaban al ritmo que ella quería, y todavía tuvo que aguantar el comentario

de algún compañero pasando a su lado por el pasillo. Ella hubiera apreciado que le dieran ánimos, pero a las únicas que lo hubieran hecho con normalidad ya no les quedaba ánimos para repartir. Noelia y Lara también salieron desmotivadas de la reunión. Alfonso, que en general no le dirigía la palabra, le dio de broma el pésame, fingiendo una exagerada aflicción. Debía de encontrar la cosa bastante graciosa. No se le solía ver sonreír mucho, pero esa vez paseó por la oficina una sonrisa desbordante el resto del día.

Dos veces estuvo Beatriz a punto de levantarse e ir al despacho de Mariano a decirle que ella no era la persona idónea para aquella tarea. Para organizar una fiesta había gente más dicharachera en la empresa y, sobre todo, sin hijos. Porque algunas de las cosas que tenían que hacer, como contactar con una empresa de *catering*, se podrían hacer en horario de trabajo, pero para otras, como comprar los premios de la tómbola, habría que hacerlo un sábado. A la tercera se decidió, Mariano quizás podría conseguir que nombraran a otra persona. A Mariano, pensaba ella, le interesaba que se concentrara en el último proyecto que Celia se había sacado de la manga. Para hacerlo bien había que dedicarle tiempo y con lo de la fiesta ella no iba a poder terminarlo para cuando Mariano quería. Como era algo para Celia, había alguna posibilidad de que Mariano intentara quitarle a Beatriz eso de encima, aunque fuera difícil hacer cambiar la decisión que vete a saber quién había tomado. Otras veces, Mariano ya había removido cielo y tierra con tal de tener a Celia contenta.

—Si no puedes terminar lo de Celia para el veinte, ya veremos entonces. Además, ya he enviado los nombres. Ah, mira, qué pronto me han contestado los de recursos humanos —le dijo Mariano señalando la pantalla de su ordenador—. Para otras cosas no, pero para esto ni diez minutos. Han aceptado tu nombre. Eres oficialmente miembro del Comité de la Fiesta de Fin de Año.

¿Cómo que acababan de aceptarle su nombre los de recursos humanos? ¿No había presentado el tema Mariano durante la reunión como si su nominación le viniera dada, como si él tuviera poco que ver en la decisión? Beatriz se había quedado allí pasmada, mirando a Mariano sin decir nada. Si a Mariano aquella mirada le intimidó, no lo hizo ver.

—Ya que estas aquí, siéntate, voy a llamar al de Ormasa, que ha pedido explicaciones sobre lo que le enviamos. A ver si lo pillamos ahora en la oficina y así me puedo quitar esto de encima. Sara, márcame el número de Gerardo, el de Ormasa —gritó Mariano en dirección a la puerta.

Un buen rato más tarde, Beatriz salió del despacho de Mariano sintiéndose tan vacía que ni siquiera notaba las piernas. Era como si no existieran. Las veía, sabía que eran las suyas, pero era como si estas no la reconocieran como dueña. Se sentía incapaz de hacer que la llevaran a ningún sitio, pero ellas se movían como si hubieran decidido por sí solas. La conversación con el de Ormasa había durado más de treinta minutos, diez de ellos hablando de fútbol. Beatriz no había tenido que aclarar ninguna de las cifras que había preparado unos días antes. De hecho, la conversación habría podido transcurrir perfectamente sin ella. Su presencia había sido tan superflua que Mariano ni siquiera la despidió. Cuando colgó el teléfono, se giró hacia su ordenador como si Beatriz ya se hubiera ido y siguió con lo que estaba haciendo antes de la interrupción sobre lo de la fiesta de fin de año.

Al alejarse del despacho de Mariano, oyó a Sara preguntarle a sus espaldas si había ido todo bien con el cliente, pero Beatriz hizo como si no la hubiera oído y siguió hacia su mesa. No tenía ganas de cháchara y, luego, Sara se quería meter en todo, saberlo todo. De qué le servía, si lo único que tenía que hacer era responder al teléfono y llevarle a Mariano la ropa al tinte. Sus piernas le llevaron a los aseos, pero Beatriz supo que no era para refrescarse la cara o estirar a gusto su dolorida espalda. Entró en uno de los retretes, bajó la tapa y se sentó agachando la cabeza hasta apoyarla en las manos, que ofrecían la palma abierta para sostenerla. «Tienes que volver a tu mesa, que tienes mucho que hacer», le decía una vocecilla. Sabía que era su voz, pero sonaba tan lejana que cualquier instrucción que le daba se desinflaba por el camino. Allí pasó un buen rato, aunque a ella le pareció corto, hasta que alguien entró y ocupó el cubículo contiguo. Entonces se levantó, tiró de la cadena y salió de los aseos lo más rápido posible para no cruzarse con aquella inoportuna presencia.

Unas horas más tarde llegó por fin el que se había convertido en el mejor momento diario de su gris existencia. Beatriz entraba por la puerta de casa y, estuviera haciendo lo que estuviera haciendo, Luis corría hacia ella. «¡Mamá!», gritaba. Cómo se alegraba Luis de verla volver a casa. Miguel también, pero el entusiasmo de Luis era enternecedor. Se le echaba en los brazos con una sonrisa de oreja a oreja y la besaba. «Yo también me alegro mucho de veros», le respondía Beatriz con la primera sonrisa del día. «Y no os podéis imaginar cuánto», se decía a sí misma. Cuando Beatriz no estaba con sus hijos, a menudo pensaba en ellos. Intentaba entonces pensar en sus sonrisas y sus ocurrencias, pero la mayoría de las veces no conseguía evitar imágenes

horribles, como que los atropellaba un coche o cualquier otra desgracia a la que ella asistía sin poder hacer nada. Cualquier esfuerzo por volver a imágenes felices era entonces infructuoso. La negrura de las desgracias que veía en su mente cubría todo lo que le podía resultar agradable como una mancha de aceite que se extiende imparable. Era extraño. Tantas veces en las que, después de unos días de vacaciones, casi se había alegrado de volver al trabajo porque la energía de sus hijos la había agotado y necesitaba hacer un paréntesis maternal y, sin embargo, ahora Beatriz no podía evitarlo. Si no estaba con ellos sufría por su ausencia, sufría por lo que pudiera pasarles si no estaba ella para protegerlos.

Unos días antes había dejado a Miguel en el colegio. Su profesora no estaba, había un sustituto. Beatriz había dejado a Miguel reticente. Había inquirido por qué faltaba la profesora, por cuánto tiempo sería. Al final se había ido al trabajo, aterrada durante un largo momento por la idea de que aquel hombre joven fuera a abusar de su hijo. Luego, al llegar al metro, los minutos que le quedaban al siguiente convoy para llegar habían atraído su atención. El sombrío pensamiento había desaparecido poco a poco sin que Beatriz se hubiera siquiera parado a cuestionar lo absurdo que era pensar de aquella manera. Y no era porque no se parara a pensar. Su mente estaba en ebullición constantemente, pero cosas que ni siquiera se le hubieran pasado antes por la cabeza, cosas descabelladas, aparecían de pronto como probabilidades totalmente reales. Tan reales que Beatriz no era consciente de tal cambio en su manera de ver la realidad.

Esa tarde, allí, de nuevo en casa, con Luis en brazos, Beatriz deseó que ese instante no terminara nunca. Se sentó en el sofá con Luis en su regazo. Sus hijos estaban viendo dibujos animados. Meses atrás se hubiera enfadado al encontrarlos delante de la tele y los habría mandado a jugar a su habitación. Con tantos juguetes que tenían y allí estaban, hipnotizados por unos estúpidos dibujos de peleas caninas, probablemente más violentos de la cuenta. Beatriz pasó los brazos alrededor de Luis y no dijo nada. Juan estaba en la cocina, vaciando el lavavajillas, pero a Beatriz no le apetecía acercarse a saludarlo. No tenía fuerza alguna para enfrentarse a sus reproches. Desde hacía unos días, Juan no paraba de echarle en cara su cansancio, sus olvidos, su mal humor. Al principio, cuando ella se ponía a llorar, Juan se había disculpado enseguida, desolado. Últimamente, el que se pusiera a llorar cabreaba a Juan

todavía más, pero Beatriz no podía evitarlo. Bastante tenía con aguantar las ganas de llorar la mayor parte del tiempo. Esas ganas de llorar que la invadían desde que salía del trabajo y que tenía que contener durante un espacio de tiempo que se le hacía interminable hasta que sus hijos se iban a la cama. Entonces ella también se metía en la suya. A veces no se quitaba la ropa; el maquillaje, nunca. Se colocaba en posición fetal y se ponía a llorar, a llorar todas las lágrimas acumuladas durante horas. Algunas veces Juan venía, pero le ofrecía soluciones en vez de consuelo y, al poco, sintiéndose completamente inútil, se iba.

Sí que debería cambiar de trabajo, pero Beatriz no encontraba apenas ánimos para buscar ofertas de empleo. Alguna vez conseguía hacer el esfuerzo, pero nada la motivaba. Y, cuando veía alguna interesante, los requisitos siempre le parecían estar más allá de sus capacidades. Además, ¿irse con el rabo entre las piernas, cuando había invertido tanto esfuerzo? ¿Cómo iba a irse sin recoger el fruto de ese esfuerzo? En otro sitio tendría que empezar de cero, darse a conocer para que poco a poco la tomaran en cuenta, hacerse un hueco entre los que ya estaban allí desde años atrás. El verdadero problema era Celia. «Ojalá la atropellara un coche», pensaba Beatriz con tanta violencia que las uñas se le clavaban en las palmas de las manos. Quizás, si Celia se iba, aunque simplemente fuera para cambiar de área dentro de la empresa, si ella se iba, todos los problemas de Beatriz se solucionarían. O casi todos, porque todavía quedaría Mariano, pero él era un mal menor.

O quizás el problema era ella misma. ¿Cómo había podido llegar a tal situación? Había sido tonta, debería haber marcado más los límites desde el principio. Rechazar con más firmeza tareas que había tenido que terminar haciendo. Negociar con más habilidad los plazos para completarlas. Encima, los tenía mal acostumbrados. Trabajaba en fin de semana, contestaba *e-mails* por la noche y dejaba que la llamaran al móvil durante sus vacaciones. En un nuevo trabajo, era cierto que tendría que empezar de cero, pero también lo era que no darían por sentado que ella iba a dejar que el trabajo invadiera de tal manera su vida fuera de la oficina. Sí, en un nuevo trabajo, Beatriz no cometería el mismo error. En el suyo, no era que ella hubiera dado la mano y le hubieran cogido el brazo, era que ella había dado la mano, el brazo, el resto del cuerpo y ellos le habían agarrado hasta el alma. Con tales reflexiones, por unos minutos, Beatriz acumulaba una cantidad de ánimos suficiente para volver a consultar ofertas de empleo, pero al poco se daba cuenta de que no sería capaz de estar a la altura ni siquiera para las ofertas menos exigentes. Y

luego, si la llamaban para una entrevista, más allá de sus capacidades y experiencia, ¿qué entusiasmo y motivación podía transmitir si de lo único que tenía ganas a todas horas era de llorar?

Al día siguiente, el director de recursos humanos envió a toda la empresa un *e-mail* con la lista de miembros del comité para la fiesta de fin de año. Beatriz solo reconocía tres nombres de los otros ocho. «Maite seguro que se lo toma en serio», se dijo. Entre los demás alguno se escaquearía dejando que el resto hiciera el trabajo, pero, por lo menos, Maite se mojaría, aunque Beatriz ya había trabajado con ella y sabía que era de las que les gusta que las cosas se hicieran a su manera. Después de aquel *e-mail*, Beatriz todavía recibió tres o cuatro más de cachondeo, felicitándole por el nombramiento y sugiriendo ideas para la fiesta tan estrambóticas como pedir que los directores de todas las áreas fueran vestidos de zombis o que se prestaran a un juego a lo Guillermo Tell en el que la manzana se pondría en sus cabezas. Unos minutos más tarde llegó también uno de Maite, sugiriendo una primera reunión para proponer ideas y decidir quién se encargaría de qué. Como estaban todos muy ocupados, Maite había fijado que se reunirían al día siguiente durante la hora de la comida. ¡Vaya!, otra comida con Sofía y las otras que se iba a perder.

Beatriz salió de su buzón de correo y continuó buscando la información que Mariano le había pedido esa mañana. «Cualquier dato útil». Mariano no había precisado más en su *e-mail*, salvo que querían hacerle una oferta a aquel cliente potencial. Beatriz tenía la mirada fija en el ordenador, pero su cabeza no estaba procesando lo que veía en la pantalla. Aquella sería otra tarea sin mucho futuro. Esa compañía no se le antojaba un cliente muy potencial. En términos económicos, era un peso pesado y, por lo tanto, ya contaría con los servicios de alguno de sus competidores directos. La empresa de Beatriz tenía una pequeña cuota de mercado, pero la mayor parte se lo repartían otras dos empresas que llevaban más años en el sector y, a menudo, eran más baratas. Beatriz estaba segura de que el trabajo que tenía que hacer no serviría de gran cosa. En vez de centrarse, se decía, en los clientes que ya tenían. Más de uno no estaba muy contento y corrían el riesgo de perderlo. Si conseguían ese nuevo cliente sería a costa de ofrecerle un precio tan competitivo que no les iba a ser rentable. «La imagen», diría quizás Mariano. «Es por la imagen». Qué bien que se pudiera hacer recortes en los sueldos para poder ganar en «imagen».

Beatriz escribió un par de párrafos describiendo a la codiciada compañía, añadió un gráfico en forma de mapa mostrando la distribución geográfica de su negocio y un cuadro con los beneficios y el volumen de negocios anual durante los diez últimos años. Terminó con una lista de argumentos que ya habían utilizado para captar a otros clientes y que pensaba que se aplicaban también en este caso. Releyó el documento e hizo algún que otro cambio. Luego, volvió a su buzón de correo electrónico para enviárselo por *e-mail* a Mariano.

Habría pasado solo una hora desde el *e-mail* de Maite, pero su bandeja de entrada se había llenado con un improductivo intercambio de mensajes sobre la fiesta de fin de año. De pronto, había tantos que a Beatriz le llevó unos minutos entender cuál era la situación. Después del mensaje de Maite, Beatriz había recibido dos confirmando la participación en la reunión del día siguiente, uno de otro compañero diciendo que no podía, pero sin decir qué otro momento podría ser mejor para él, otro diciendo que todavía no sabía si podría, otro preguntando si no podría ser una hora más tarde. Maite entonces había enviado otro *e-mail* para ver si una hora más tarde le venía bien a la mayoría. Pero, para uno de los que antes podían, más tarde era imposible porque tenía una reunión a primera hora de la tarde. Otro, en su *e-mail*, explicaba que, posiblemente, a él lo sustituiría otro compañero y que en cuanto supiera el nombre lo diría. Beatriz sintió pena por él. Otro que, como ella el día anterior, mantenía la ilusión de librarse. Maite entonces había contestado que de momento lo iba a incluir en los mensajes y que fuera a la primera reunión, porque año tras año siempre se hacía lo mismo y estaría bien contribuir con ideas nuevas para que la fiesta de ese año no fuera tan «rollo» como de costumbre. Beatriz se puso a contar. En total dieciséis *e-mails* simplemente para ponerse de acuerdo sobre cuándo reunirse una primera vez.

Beatriz se levantó, le dolía la espalda. El dolor solía empezarle por la tarde, pero eran las once y media y ya estaba ahí. Se fue a los aseos, las puertas de los retretes tenían la altura adecuada. Beatriz subió los brazos y puso las palmas en el marco antes de echar el cuerpo hacia adelante. Al cabo de unos minutos, el estiramiento parecía haber funcionado. Eso o el haberse levantado de la silla. Ya le molestaba menos la espalda. Al volverse para salir de nuevo al pasillo, Beatriz vio de refilón su reflejo en el espejo. No estaba segura de lo que había visto pero ella no era. Sin embargo, no había nadie más allí en los aseos. De hecho, si alguno de los váteres hubiera estado ocupado, ella no se habría puesto a estirarse por miedo al ridículo. Giró la cabeza y miró la imagen del espejo. Sí, era ella a la que había visto sin reconocerse.

Tenía el pelo revuelto. En la calle había hecho bastante viento y ella no había pensado en volver a arreglarse un poco el pelo cuando subía en el ascensor. De todas maneras, había subido con otras dos personas y le hubiera dado corte retocarse mirando al espejo. Pero el pelo no era lo que la había asustado, sino su cara. Se veía vieja de golpe. Quizás por esa mirada cansada y, sobre todo, por las ojeras. Pero había algo más. Beatriz examinó su cara, trocito a trocito. Cada mancha, cada arruga. No estaba segura de que algunas fueran nuevas, pero las de la frente sí le parecía que lo fueran. Se retiró el flequillo hacia atrás con la mano y relajó la expresión para ver si desaparecían. Entonces vio un par de pelos cortos y translúcidos, sus primeras canas. No, no era el pelo despeinado, ni las ojeras, ni la camisa que llevaba abotonada coja, ni las arrugas en la frente, ni esas canas sueltas. Era el conjunto. Todo eso a la vez le daba un aspecto rancio y desaliñado. Se peinó con la mano, se masajeó con la punta de los dedos todo el contorno de ojos y se abotonó bien la camisa. Se miró de nuevo al espejo y se forzó a sonreír. Luego, salió al pasillo sin darse cuenta de que se le había olvidado la sonrisa en la imagen del espejo.

De vuelta a su mesa, Beatriz vio que alguien había enroscado un par de palmos de espumillón azul en la esquina izquierda de su ordenador y colocado un gorro de Papá Noel en la de la derecha. Los quitó y se sentó. Si la tachaban de sosa, ya diría ella que le tapaban demasiado la pantalla. Maite y los otros se habían seguido mandando *e-mails*. Beatriz se dijo que ya abriría el último más tarde, si no, no iba a avanzar mucho en su trabajo. Uno de los *e-mails* que acababa de recibir era de Sara y estaba vacío. En el objeto del mensaje simplemente decía: «Mariano, que vengas». Le dio un pinchazo en la espalda al levantarse de la silla. Se pasaba demasiado tiempo sentada en aquella silla que seguro que no ganaba un concurso de ergonomía. Beatriz echó los hombros hacia atrás y puso la espalda lo más recta que pudo, no tenía tiempo para volver a los aseos a estirarse otra vez. A Mariano no le gustaba que le hicieran esperar.

—He hablado con Celia —dijo Mariano cubriendo con su voz el «hola» de Beatriz—. Será difícil que se lo quitemos a Ginesa, llevan con ellos bastantes años, pero quiere que lo intentemos. Prepárame un borrador de oferta con las condiciones que le hicimos a Turonsa y una presentación PowerPoint.

Beatriz se imaginaba que Mariano hablaba del cliente potencial sobre el que le había pedido información aquella mañana, pero podía ser cualquier otro.

—¿Bonirsa?

—Le voy a decir a Sara que nos fije cita con ellos lo antes posible.

Beatriz quiso decir que a lo mejor su presencia no era necesaria, pero supo que sería inútil. También quiso sugerir que Sara no fijara la cita para el martes siguiente, si no tendría que anular por tercera vez su hora con el dentista, pero se imaginó a Mariano diciendo: «Pues se anula el dentista».

—Habría que decirle a Sara que no fije la cita antes de una semana, para que nos dé tiempo a prepararnos.

—Será cuando a ellos les venga bien, que si queremos que se vengan con nosotros no vamos a empezar haciéndonos los tiquismiquis.

La tarde pasó rápida y lenta a la vez. Rápida, porque, cuando se hizo la hora en que Beatriz tenía que irse, no había avanzado mucho con lo que Mariano le había pedido. Lenta, porque el goteo de *e-mails* de los miembros del comité para la fiesta la estaba sacando de quicio. Algunos empezaban ya a compartir ideas, a veces ridículas, y otros respondían con variantes todavía más extravagantes de aquella estúpida idea o simplemente con signos de puntuación haciendo una sonrisa, sin aportar nada a la conversación. A todas luces, en la empresa había gente bastante más ociosa que ella. «A ver si cuando haya que hacer algo productivo se ponen manos a la obra con la misma celeridad con la que escriben chorradas», se dijo. Beatriz creó una carpeta «FinAño» y metió allí todos los *e-mails*, leídos o no. Veintinueve, ya iban por veintinueve *e-mails*. A ese ritmo serían más de cien simplemente antes de reunirse al día siguiente.

Beatriz intentó pensar en el fin de semana que se acercaba para animarse. Había quedado con Alba y Felisa en el parque el domingo por la tarde. A Felisa hacía mucho que no la veía y pensó que quizás su dinamismo podría contagiársele y así empezaría la semana con más ánimos. O quizás no, quizás tendrían otra de esas conversaciones entre amigas en las que, al poco de ponerse al día, empezaban a compartir frustraciones. Entonces volvía a casa con la sensación de haberse liberado de un pequeño peso a cambio de cargarse con otro mayor en forma de preocupación por una amiga. Por Alba no, ella rara vez se quejaba, tenía un optimismo a prueba de hijos, trabajo y cansancio. Pero Felisa tenía un carácter más reivindicativo y, desde la última vez que se habían visto, debía de tener bastantes frustraciones nuevas para compartir. Y si Felisa estaba de buen humor, ¿tenía ella derecho a amargarle la tarde descargando su desánimo sobre su amiga? Aunque intentara disimular, sabía que se le notaba. Alba, incluso por teléfono, lo había intuido y le había preguntado qué era lo que le pasaba. Beatriz le había dado una evasiva

cualquiera. El trabajo, el cansancio, ya ni se acordaba. Si no hablaba de ello, todavía podía contenerse, pero si alguien se ponía a indagar, sus lágrimas terminarían desbordándose y llevándose a su paso todas las barreras que Beatriz se empeñaba en construir para protegerse del exterior. Empezó a dudar de que quedar fuera una buena idea, pero ella, de todas maneras, ya había prometido a sus hijos que los llevaría a aquel parque. Además, también era mejor llevarlos que tenerlos encerrados en casa la mayor parte del fin de semana. Sería idiota decirle a Felisa y a Alba que no podía y luego toparse con alguna de las dos allí o por la calle.

Llegada la hora de volver a casa, Beatriz recogió los papeles sobre su mesa y apagó el ordenador como si fuera un ritual, sin pensar en lo que estaba haciendo, si no en los minutos que quedaban todavía para llegar a casa. Las ganas de llorar aparecieron esta vez antes, desde que Beatriz apretó el botón del ascensor. Las contuvo, por si al abrirse la puerta se cruzaba con alguien que subía a su planta, pero luego se fueron intensificando conforme bajaba pisos. Al llegar abajo eran de nuevo tan fuertes como unos instantes antes. Tenía que vencerlas, no podía dejar que la gente a su alrededor le viera perder los papeles. Tenía que aguantar, por lo menos hasta salir del edificio. Intentó aplastarlas esta vez con más fuerza y del esfuerzo le dio una arcada. «Vamos, unos metros más, en la calle todo irá mejor». Y sí, el aire de la calle calmó momentáneamente su angustia incipiente, también las ganas de llorar. Seguían allí, dentro de ella, pero, conforme se iba alejando de la oficina, le resultaban más fáciles de dominar. Con cada paso que daba se acercaba el momento de tener de nuevo a Luis en sus brazos. Llegó a la boca del metro y se dirigió escaleras abajo hacia el andén. Bien, se dijo, solo tendría que esperar tres minutos al siguiente convoy. Dos, la cifra en el panel de información acababa de cambiar.

El tren se acercaba. No se veía todavía la luz al fondo del túnel pero se le oía. Delante de Beatriz había un metro, quizás menos, hasta el borde del andén. Más allá, se veían las vías con un brillo deslucido, grasientas en la base. Una bolsa de plástico se movía empujada por alguna corriente de aire. Un poco más lejos, había un papel, inmóvil, como pegado al suelo. Alrededor de ella no había mucha gente, algún que otro grupo repartido a lo largo del andén. También mucha más gente sola, como ella, cada uno en lo suyo. El sonido del tren se fue intensificando y la luz apareció, aunque todavía lejana. Beatriz siguió mirando delante de ella, primero viendo solo las vías, luego también el trecho de andén que la separaba de ellas. El borde era rugoso,

distinto al del resto del andén, que tenía un recubrimiento liso. No, la distancia era corta, un paso quizás, dos como mucho. Estaba realmente cerca del borde, del borde y de la fosa oscura que comenzaba inmediatamente después. Una oscuridad que por alguna razón la atraía. Instintivamente, dio un paso hacia atrás, no fuera que aquella angustia que se le había agarrado al estómago la empujara hacia delante en el último momento. El tren llegó y Beatriz entró en el vagón que se había parado a su altura.

A la mañana siguiente, Beatriz estaba de nuevo en el andén del metro, sin consciencia alguna de lo que había hecho desde que había salido del trabajo el día anterior. Habría vuelto a casa, habrían cenado, habría preparado las cosas para el colegio, seguramente se habría metido de nuevo a llorar en la cama apenas sus hijos se hubieran dormido. Habría sido seguramente así, pero Beatriz no podía estar segura, no se acordaba de nada, de ningún detalle. Ni siquiera de lo que habían cenado. Concentrarse en intentar recordar tan simple detalle le suponía demasiado esfuerzo. Y luego estaban todos esos pensamientos entrecortados que entraban y salían de su cabeza interrumpiendo el trabajo de su memoria. La imagen de su pantalla de ordenador mostrando una lista interminable de *e-mails* sin leer, la idea de pedirle a Noelia la presentación PowerPoint que había hecho no hacía mucho para reutilizarla para Bonirsa, la decisión de no leer los *e-mails* sobre la fiesta hasta media hora antes de la reunión, el temor a que Sara le dijera que la reunión con Bonirsa era finalmente el martes, el reproche por haber olvidado llamar a su madre por su santo el día anterior, la preocupación por que a sus hijos les pudiera pasar algo malo, el sentimiento de culpabilidad por tener a Juan abandonado. Llegó a la parada de su trabajo sin saber cómo, pues no recordaba haberse subido al vagón.

La angustia del día anterior reapareció al acercarse a su edificio. Quizás la había llevado a cuentas desde entonces, pero era solo en ese momento cuando volvía a sentirla. Al encender el ordenador vio con alivio que el intercambio de *e-mails* entre los miembros del comité había cesado. Beatriz casi se alegró de tener la reunión. Le serviría de descanso y para cambiar de aires por unos momentos. Se preguntaba qué le tocaría a ella. Estaba decidida a que no le atribuyeran más tareas de la cuenta. Al fin y al cabo, su carrera no dependía de ello y sería más fácil decir que no. También podría proponer una idea de la que ella se ocuparía. Una idea que fuera lo suficientemente buena para ser aceptada, pero que no supusiera mucho trabajo. Era una pena que no lo hubiera pensado antes. Esa era posiblemente una buena escapatoria. Se puso

mentalmente manos a la obra mientras el ascensor subía los pisos. Quizás algún juego para hacer que la gente de distintas áreas se conozca. «Les podemos poner —pensó— pegatinas de colores distintos y hacer que vayan a presentarse a tres o cuatro personas con pegatinas de un determinado color». Original, como idea, no estaba segura de que fuera. Además, sería un lío con tanta gente, reconoció. «Y un rollo», apuntilló una vocecilla dentro de ella. Otra bombillita empezó a encenderse cuando se cruzó con Sara en el pasillo.

—Tienes una reunión el lunes a las seis y media con Mariano para lo de Bonirsa —le dijo Sara a bocajarro.

—¿El lunes a las seis y media?

—Sí, para preparar vuestra visita del martes —respondió Sara con fastidio.

—¿Vamos a ver a Bonirsa el martes?

Sara ya ni respondió. Le dio la espalda y volvió a su mesa murmurando para sí misma. A Beatriz parecía que no se le habían despertado todavía las neuronas y a ella no le gustaba tener que dar explicaciones obvias. Si quería más detalles, que leyera sus *e-mails*. Como Beatriz se iba tan temprano del trabajo no habría visto el último sobre el tema, pero eso no era problema suyo. En esa empresa había que espabilarse y no esperar que se lo dieran a una todo hecho. De vuelta a su puesto Sara miró con disgusto la chaqueta que Mariano le había dado para llevar más tarde al tinte. Como si ella no tuviera otra cosa que hacer en sus descansos del mediodía.

Unos minutos antes de la hora de la reunión sobre la fiesta de fin de año, Beatriz salió de su despacho confiada en que podría arreglárselas para terminar haciendo lo mínimo. Cuando llegó a la sala donde habían quedado, allí solo estaba Maite con una fiambarrera con su almuerzo. Beatriz la saludó y se sentó esperando que la reunión no se alargara mucho en aquel cuchitril sin ventanas. Estaban cortos de salas de reunión; aquella era, posiblemente, unos antiguos archivos reconvertidos. Beatriz miró hacia arriba intentando encontrar al menos una boca de ventilación. ¿Cuánto tiempo de oxígeno tendrían allí encerradas? Otro compañero entró y Beatriz se dio cuenta de que también se había traído algo para comer. «Qué previsores», se dijo y empezó a sentir hambre. Maite no parecía estar dispuesta a esperar más de la cuenta y, pasado el cuarto de hora de rigor, dio por empezada la reunión con solo la mitad del comité presente. Los demás la dejaron hacer. Ya se había

autoproclamado ella presidenta del comité el día anterior al tomar la iniciativa de convocar aquella reunión. Además, tampoco aspirarían la mayoría a hacerse con las riendas. Beatriz los miró y pensó que, con toda seguridad, aquello se iba a convertir en un concurso por ver quién adoptaba el perfil más bajo y así librarse de arrimar el hombro un máximo.

—¿Ideas? —preguntó Maite con la misma contundencia de quien dispara un cañón.

Alguno se removió en la silla, la mayoría miraba hacia abajo. En ese momento entró otro compañero.

—Gustavo, estamos con las ideas. ¿Qué tienes que aportar? —disparó de nuevo Maite.

—Bueno, pues no sé lo que habéis propuesto ya, pero yo creo que estaría bien hacer que los directores se enrollen un poco, que se suelten la melena, vamos.

Alguien rio mostrando su aprobación.

—¿Que se enrollen cómo? ¿Haciendo qué?

Maite estaba llevando la reunión como un interrogatorio y Beatriz se dijo que con ese ambiente tenso no iban a surgir muchas ideas.

—No sé, pues disfrazándose de algo o haciendo un numerito cómico.

La compañera sentada enfrente de Beatriz, con su ceja izquierda subida, no parecía muy convencida. Ella tampoco. Se imaginaba la reacción de Celia al saber que tenía que hacer un numerito cómico. Celia, tan estirada ella que era inmune a los chistes más graciosos. Encima, siempre iba hecha un pincel. ¿Cómo se la podría convencer de que participara?

—Yo creo que una coral que cante unos villancicos estaría muy bien. Nunca se ha hecho, a pesar de que es lo que pega por las fechas.

Los demás no parecían entusiasmados con la propuesta de Maite, pero sabían que si criticaban la idea tendrían ellos que proponer otra cosa.

—Después de la reunión enviaré un *e-mail* para ver quién quiere cantar. Entre tanta gente seguro que hay alguien con buena voz. Yo me encargaré de la selección y los ensayos. ¿Otra cosa? Beatriz, ¿qué idea traes?

—Había pensado en algo para que la gente de diferentes departamentos se conozca. A veces nos escribimos con compañeros de trabajo de los que solo conocemos el nombre y el puesto, pero no la cara. Nos los podemos cruzar en el pasillo o en el ascensor y no saber que son ellos con los que nos pasamos la vida hablando por teléfono o intercambiando *e-mails*.

Como ahora, alrededor de esa mesa. Sin saber qué nombre de la lista de

los miembros del comité correspondía a la chica de la ceja.

—Y ¿en qué consistiría?

—Por ejemplo, un juego de adivinar canciones por equipos.

—Eso a la gente no le gusta —sentenció Maite.

—Puede ser divertido —se atrevió a decir Gustavo.

Maite no contestó, se limitó simplemente a fulminarlo con la mirada y pasó a otra cosa.

—No debemos olvidar que también hay que ocuparse de la comida y de la bebida. Y además de la decoración y de la tómbola. Rosario, ¿te encargas tú de la decoración? ¿Y Beatriz de la tómbola? —propuso Maite.

—¿Alguien más se apunta a lo de la tómbola? —preguntó Beatriz buscando ayuda.

—Todos nos ocuparemos de vender los boletos, pero lo demás no tiene mucho misterio, que se hace todos los años y con una persona a cargo sobra —dijo Maite.

—¿Habrá un DJ? —preguntó Gustavo deseoso de poder encargarse de algo que le gustara.

—El pinchadiscos de hace dos años fue un desastre y el año pasado se decidió que el dinero se emplearía mejor en otra cosa, como la comida. ¿Te ocupas tú de ver presupuestos con empresas de *catering*?

Gustavo no parecía encantado.

—Mejor de las bebidas...

A Maite aquello le parecía poca cosa, pero aceptó. Uno de los tres que habían faltado a la reunión lo haría. Ya se encargaría ella de comunicarle la decisión.

—Antonio, ¿te encargas tú de las cuentas? Tenemos que justificar a los recursos humanos en detalle cómo se ha utilizado el dinero.

Antonio respiró aliviado. Eso era lo suyo. Tendría que ir delante y detrás de los demás, recordándoles que pidieran factura y que guardaran todos los tickets de compra, pero se le antojaba menos penoso que el resto de las cosas que había que hacer.

—Bueno, ya tenemos algo con lo que empezar. Como veis, el montante que tenemos a nuestra disposición es bastante justo, así que, para la decoración, Rosario, lo que puedas hacer tú y no haya que comprar, mejor.

Gustavo fue el primero en salir por la puerta. Rosario seguía sentada con un gran interrogante marcado en la cara. A Beatriz se le había quitado el hambre y se volvió directamente a su despacho a trabajar. Maite y Antonio

todavía se quedaron hablando un rato. A media tarde, Maite envió un *e-mail* resumiendo las conclusiones e informando de la hora y fecha de la siguiente reunión. A Josefa le tocaba el *catering* y a los otros dos, que tampoco habían ido a la reunión, recoger todo después de la fiesta. Unos minutos más tarde, Josefa contestó y Maite neutralizó al instante la queja diciendo que si no se participa en las reuniones no se puede influir en las decisiones.

Beatriz llegó al fin de semana agotada. El viernes se había tenido que quedar hasta tarde preparando lo de Bonirsa. Se había ido a la cama con el cuerpo agarrotado por el estrés y, a la mañana siguiente, no parecía que hubiera descansando lo más mínimo. Le había pedido a Juan que llevara a Miguel y a Luis al judo, ella haría la compra por la tarde, después de comer. Tras recoger la mesa, sin embargo, se tuvo que sentar. Ya recogería la cocina más tarde. Quizás, incluso Juan lo terminaba haciendo, pensó Beatriz recordando el consejo de Sofía. Cerró los ojos y el sueño la invadió. Se tumbó, poniendo la cabeza encima del reposabrazos del sofá. Serían unos pocos minutos, lo justo para recargar las baterías. Oyó a lo lejos la voz de Miguel llamándola, seguida de un susurro que parecía decir «deja a la mamá que descanse».

Juan se llevó a sus hijos a la habitación. No estaban muy contentos. Los sábados, después de comer, solían ver la tele y no querían jugar con los Lego como les sugería él. Al final, Juan les dejó que jugaran con su móvil a un juego de explotar pelotas. No le hacía gracia dejarles el móvil, pero era la única manera de que no fueran cada tres minutos al salón a comprobar si Beatriz se había despertado ya. Parecía haber caído en un sueño muy profundo y Juan le echó su bata por encima. Ya la despertaría luego si se empezaba a hacer tarde para ir de compras. Después de las seis, era un horror. Había tanta gente que se formaban colas hasta para entrar en el aparcamiento.

Al rato, sin sentirse mucho más descansada, Beatriz se dijo que se tenía que levantar. La hora de la siesta era la mejor para ir al supermercado y evitar el mogollón de gente que solía haber los sábados. Abrió los ojos y tan solo vio un túnel luminoso delante de ella. Miró a su alrededor. Todo era blanco, no había nada. Empezó a ponerse nerviosa, no sabía dónde estaba, tan solo sabía que quería volver al salón de su casa, levantarse e ir a hacer la compra. Entonces se dio cuenta de que no sentía su cuerpo. «¡Dios mío!, ¿es esto la muerte?», se preguntó asustada. Al final del túnel se veía una sombra. Ella intentó tender la mano pidiendo ayuda, pero su cuerpo no respondía. ¿Tenía

todavía uno? «Me tengo que levantar, me tengo que levantar», se repetía cada vez más desesperada.

—Espera, espera, yo te ayudo —le dijo Juan tirándole de la mano para ayudarlo a que se incorporara.

Beatriz empezaba a volver poco a poco de ese vacío en el que se había perdido apenas unos momentos antes. Los colores volvieron, las sensaciones, poco a poco, también. Se había conseguido levantar del sofá, pero estaba como mareada. Miró a Juan y tuvo ganas de llorar, de compartir con él el susto de haberse creído muerta.

—Gracias, Juan —le dijo simplemente.

—¿Se puede ver la tele ya? —preguntó Miguel.

—¿Estás bien, Bea?

—Papá, ¿dónde está el mando?

Mientras Juan les ponía la tele, Beatriz cogió la lista de la compra y empezó a buscar su bolso. Dudó en tomarse un café, seguía un poco aturdida. Al final salió sin café, ya se iría despejando de camino al coche.

El domingo, Beatriz se levantó mejor, más descansada. Miguel y Luis se estaban portando bien ese fin de semana. No había habido todavía ninguna pelea entre ellos y milagrosamente hacían lo que Beatriz decía sin rechistar. Se habían dado cuenta de que su madre tenía mucha menos paciencia que de costumbre y no querían arriesgarse a que, en el último momento, se enfadara y decidiera que no los iba a llevar al parque. Además, ese parque les gustaba más. No iban a menudo porque estaba más lejos, pero lo preferían porque, al que iban casi siempre, tenía cosas de bebés y ellos ya eran grandes. A Miguel le gustaba sobre todo una pasarela con cuerdas que había antes de llegar a un tobogán supergrande. Era difícil avanzar por ella porque las cuerdas se movían, pero él ya lo había conseguido varias veces. Luis todavía no sabía. Era un bebé, un bebé llorón que le rompía sus juguetes y por culpa del que tenía que tragarse los dibujos de Mickey cuando podían ver la tele. Miguel prefería los dibujos de luchas y seguramente también Luis, pero su mamá no quería que Luis los viera porque decía que Luis era todavía pequeño para ver cosas tan violentas. Miguel, sin embargo, había aprendido a utilizar el mando de la tele y, a veces, se levantaba a media noche, cuando todos estaban dormidos y se ponía a ver dibujos. Tenía que verlos sin voz, para que sus papás no se despertaran, pero merecía la pena, podía elegir lo que quisiera. A

veces, iba a la cocina, se subía a la encimera y cogía algunas galletas de chocolate o chuches del armario. Cuando le entraba el sueño apagaba y se iba a la cama y así no se enteraba nadie. Bueno sí, su madre había descubierto hacía ya algunos días, en el hueco entre el sofá y la pared, los envoltorios de los caramelos que se comía. Pero ahora sabía que tenía que echarlos a la basura. Si estaba muy cansado para volver a la cocina, los escondía en la tripita de un peluche que tenía en la cama. Miguel se dijo que tenía que vaciarlo pronto, pero durante el día era más difícil hacerlo sin que lo pillaran.

Cuando llegó la hora de ir al parque, Miguel y Luis estaban más que listos. No, no tenían que ir al aseo. No, no tenían que beber agua. Aun así, Juan les obligó a ir al baño. Miguel entró en el aseo, tiró de la cadena y salió diciendo que él ya había hecho pipí. Luis todavía no había hecho nada, estaba pidiéndole ayuda a papá para desabrocharse el botón del pantalón. «Bebé llorón», pensó Miguel. Quiso llevarse su balón nuevo, el que le había regalado su abuela, pero su mamá le dijo que en el parque no se podía jugar porque le podía dar a otros niños más pequeños y hacerles daño. Miguel se pensó si valía la pena insistir, pero no quería enfadar a su mamá. Le dio, sin embargo, rabia una vez ya sentado en el coche, cuando vio que Luis llevaba su perrito saltarín. Cruzó los brazos enfurruñado y no dijo nada durante el trayecto.

Ya en el parque, Beatriz vio a Felisa acercarse empujando una sillita medio destartada del uso. Su hija tenía casi la misma edad que Luis, pero todavía la llevaba a casi todas partes en sillita. «Voy más rápida», se había justificado Felisa alguna vez. Y es que siempre iba corriendo a todas partes. Beatriz sabía que Felisa no se quedaría mucho tiempo. Se levantaría bruscamente en algún momento y diría que tenía que salir «pitando» porque media hora más tarde había quedado para otra cosa. Felisa tenía siempre la agenda llena y seguro que quedar con ellas era una de las tres o cuatro cosas que tenía previstas para esa tarde. A Beatriz, aquellas citas relámpago, le sabían a poco. Y luego, estando con los niños, no se sentarían ni un minuto a hablar tranquilamente. Estarían yendo detrás de ellos o, al menos, de la hija de Felisa, que pedía constantemente a su madre que la columpiara o que la subiera a tal o cual sitio. Aunque hubieran quedado sin niños, Beatriz sabía que Felisa terminaría estresándola. Felisa solía estar más pendiente de la hora o de llamar al camarero o de saludar a alguien que pasaba cerca que de la conversación que tenían. Aun así, Beatriz seguía llamándola para saber de su vida y Felisa siempre encontraba un hueco para ella aunque fuera breve.

Beatriz observó a Felisa durante los últimos metros hasta llegar a donde

ella estaba. Felisa hizo un gesto, acompañado de un fuerte resoplido que evidenciaba que venía corriendo de hacer otra cosa. Beatriz se preguntó qué sería, pues un domingo casi todo estaba cerrado. Felisa estaba igual que cuando iban al instituto, quizás alguna arruga más alrededor de los ojos, pero, de lejos, parecía que el tiempo no pasaba por ella. A lo mejor también el talle, un poco más ancho por culpa del embarazo, pero, por lo demás, nada había cambiado, tan solo la ropa, que era más clásica. Atrás habían quedado las camisas con estampados de flores y los pantalones de colores chillones. Ahora prestaba más atención a cómo combinaba las prendas. Sería por influencia de su marido, al que Beatriz había visto solo en contadas ocasiones, pero siempre le había parecido ir muy bien vestido.

—Perdona por el retraso, pero tenía que pasar por casa de mi cuñada a llevarle la ropa que se le ha quedado pequeña a Nuria —dijo mientras soltaba a su hija.

—No te preocupes, Alba sí que llegará tarde, ya la conoces.

Beatriz resistió las ganas de mirar la hora. Habrían sido como mucho seis o siete minutos de retraso, porque ella misma había llegado a las seis y cuatro. Pero, para Felisa, en punto era en punto. Le dio dos besos para saludarla y vio que le empezaban a salir bastantes canas a la altura de las sienes. Beatriz se preguntó si era verdad que con las preocupaciones y el estrés salían más y antes. Nuria salió corriendo hacia el tobogán y allí la siguieron.

—He visto viniendo una camisa que está muy bien —dijo Felisa.

—¿En El Corte? —preguntó Beatriz calibrando si era la camisa vieja que llevaba ella el motivo del comentario de Felisa.

La verdad es que se había puesto lo primero que había pillado. Al fin y al cabo, iba simplemente al parque.

—No, en una tienda justo en la esquina de enfrente.

—¿Una con muchos bolsos en el escaparate?

—Sí, hace esquina con la calle de la academia —contestó Felisa cortándose en seco y buscando otro tema para desviar la conversación.

Ella se había sacado a la primera las oposiciones a inspector de hacienda, pero a Beatriz se le habían atragantado y, a los pocos meses de suspenderlas, lo había dejado. Beatriz buscó a sus hijos con la mirada. Estaban cada uno en una punta del parque. Luis jugando con una niña, Miguel cerca de un árbol dando pisotones a lo que seguramente sería una fila de hormigas.

—¡Qué grande está ya Luis!

—Sí, el otro día alguien me preguntó si eran mellizos. Nuria también ha

crecido mucho desde la última vez que la vi.

—Si es que ya hace tiempo que estás un poco perdida. Podríamos quedar aquí más a menudo, que está bien este parque. Un martes o un jueves, los demás días Nuria tiene baile o solfeo.

—Entre semana yo no puedo por el trabajo. Y luego, los fines de semana, ya sabes cómo es para quedar.

—Debería haber jornada continua en todos sitios. Si no, saliendo tan tarde del trabajo ya me dirás tú cuándo puedes hacer cosas.

—Si supieras a qué horas vuelvo a veces a casa. Menos mal que tengo a mi madre, que los recoge la mayoría de los días del colegio. Mira, Alba ya viene con sus dos mayores.

—Ha tenido muy seguidos a los tres, ¿no?

Beatriz contestó con un murmullo que no quería decir ni sí, ni no. De todas maneras, Alba ya estaba prácticamente a su altura y si alguien tenía que contestar ese tipo de preguntas era ella. Luis se acercó pidiendo un poco de agua e inmediatamente después se fue corriendo y diciendo a los hijos de Alba:

—Venid, os voy a enseñar. Mi amiga tiene una cosa muy chula.

—¿Es una amiga del cole? —preguntó Felisa.

—No, la acaba de conocer, pero Luis es muy sociable y se hace amigos rápidamente. En cambio, Miguel va más a lo suyo.

—Ya veo que le gustan los bichos —comentó Felisa mientras se acercaba a darle la mano a su hija, que tenía miedo de tirarse sola por el tobogán.

Alba y Beatriz la siguieron.

—Enhorabuena por la niña. Era Carlota, ¿no?

—Sí, gracias, es verdad que desde el embarazo no te había visto —contestó Alba—. Y tú, ¿cómo estás?

—Bien, con un poco menos de trabajo. A lo mejor es un buen momento para tener un segundo —dijo Felisa con tan poco convencimiento que estaba claro que las ganas que tenía no eran muchas.

—Te entiendo. Si es que cuando te quitas los pañales de encima, luego debe de dar más pereza. Yo, como los he ido encadenando, no sé lo que es. Aunque haces bien, que cuando se tienen tan seguidos como yo —dijo Alba dirigiendo la mirada hacia sus hijos— vas de cabeza.

—Y encima, no es solo eso. No tengo ninguna gana de sexo. No me apetece —les comentó Felisa bajando apenas la voz.

Nuria acababa de soltarle la mano a su madre, pero la tenían al lado.

Beatriz pensó que seguramente habría oído el comentario. Ella también hablaba a menudo, sin mucha discreción, de cosas delante de sus hijos, pues pensaba que no se enteraban. Pero veía que cada vez había que tener más cuidado con lo que se decía. Alguna vez le había venido alguno de los dos preguntando que qué significaba «masturbarse» o alguna otra palabra que habían pillado al vuelo. Beatriz entonces se las tenía que ingeniar para cambiar de tema si no conseguía encontrar una definición de la palabra en cuestión que fuera apta para todos los públicos. Beatriz se preguntó si Nuria era de las que luego iban contando todo lo que les habían oído a los mayores. A Felisa, en todo caso, no parecía importarle.

—Pero la falta de apetencia, ¿es con Juanmi o en general? —preguntó Alba con picardía—. Lo digo porque a veces cuando se lleva mucho con la misma persona se cae en la monotonía, pero si la chispa salta con otro, no está todo perdido.

—Yo conozco a una que dice que ha recuperado la pasión con su marido echando una cana al aire de vez en cuando —apuntilló Beatriz también de broma.

Beatriz pensó en el marido de Felisa, tenía una boca fea, con los dientes mal alineados, pero, por lo demás, estaba de buen ver. A lo mejor era que el hombre no se daba mucha maña en la cama, que, de esos, le constaba que había más de uno entre los maridos de sus amigas. Ella tampoco era que pudiera comparar mucho, pero a Juan se le daba bien.

—En general —respondió Felisa—. Tengo la libido anestesiada.

—¿Estás segura? —insistió Beatriz—. Mira aquel padre, el de rojo. O mejor, el tío del árbol, ¿cuando lo miras no sientes como si se te alegrara el cuerpo?

—Pues no.

A unos metros de ellas había un veinteañero fibroso haciendo estiramientos junto a un árbol. Beatriz se quedó unos segundos mirándolo. A ella tampoco se le alegraba el cuerpo. No era su tipo, a Felisa siempre le habían gustado los «cachas», pero a ella no. Como no fuera que su libido tampoco funcionara. Se paró a pensar cuánto hacía que Juan y ella no lo habían hecho. Se asustó al pensar que debían de ser, como mínimo, tres semanas. Estaba últimamente tan cansada que se metía pronto en la cama y, luego, ni se daba cuenta cuando Juan se acostaba. Pero, si se ponía a acariciarla, seguro que conseguiría ponerle a cien en un momento. Él siempre sabía qué tecla había que tocar para excitarla. Se imaginó con él en la cama y se dio cuenta de que no sentía el cosquilleo

que solía instalarse en la entrepierna cuando pensaba en cómo Juan se ocupaba de ella. ¿Debería preocuparse? Felisa no parecía estarlo. Alba se alejó para limpiarle los mocos a Anais.

—Natalia me ha recomendado un libro —dijo Felisa.

—¿Uno de esos de autoayuda? —preguntó Beatriz.

—No, de otro tipo.

La cara de Beatriz daba a entender que no tenía idea de qué otro tipo era.

—Es literatura «erótico-festiva», desde la primera página parece que están follando sin parar.

—¿Y está bien? El porno suele estar pensado para que lo consuman hombres. Una vez haciendo *zapping*, me topé con una cadena porno y me veo a una rubia en pelotas pasando una esponja jabonosa por el capó de un coche. ¿A ti te pone eso?

—Sé a lo que te refieres, yo una vez vi una escena en que entraba un bigotudo con más pelos en el pecho que un oso, tiraba a una mujer en picardías sobre el sofá y, antes de follársela, se sacaba un chicle de la boca y lo pegaba en la mampara de la lámpara.

Beatriz ponía cara de asco mientras Felisa imitaba con la mano el gesto que le había visto hacer a aquel hombre con el chicle.

—Pero este libro del que te hablo parece que está escrito por una tía —aclaró Felisa.

—Debe de dar corte comprar un libro así en la librería.

—Lo puedes comprar por internet. Lo que me echa para atrás es que es un poco gordo. No sé cómo se las ingeniará para escribir una historia larga y conseguir que la gente se lea los pasajes entre «folleto y folleto».

Beatriz parecía bastante interesada en saber más. Alba volvía con el pañuelo de papel en la mano buscando con la mirada una papelera.

—También parece que hay quien hace películas porno para mujeres —continuó Felisa.

Alba, sorprendida de por dónde había terminado yendo la conversación en su ausencia, dejó de buscar una papelera y se metió el pañuelo en el bolsillo.

—¿Cómo cuál? —preguntó Beatriz, pensando que Felisa estaba resultando ser una caja de sorpresas. Nunca antes se habían adentrado tanto en el tema del sexo durante sus conversaciones con Felisa.

—No sé, no me he atrevido a buscar por internet.

—No creo que Juanmi se ponga a espiarte para ver por qué páginas navegas con tu tableta —comentó Alba.

—No, si no es por eso, lo mismo Juanmi se alegra incluso de ver que todavía tengo algún interés en la cosa. Pero es que Nuria juega con mi tableta y ya me la he encontrado más de una vez mirando algo en la pantalla que no era el juego que yo le había abierto. Como se pone a darle con el dedo a todo lo que parpadea, de vez en cuando le salen anuncios y parece que los anuncios que se reciben suelen estar relacionados con las búsquedas por internet.

Sí, Beatriz lo sabía. Cuando había decidido quedarse de nuevo embarazada había empezado a consultar páginas sobre cómo era el embarazo pasados los cuarenta. Sabía que podía preguntarle a Blanca todas las dudas que quisiera, pero, a veces, era más rápido buscar las respuestas en internet. Desde entonces recibía un montón de publicidad sobre pañales y ropa de bebé. Intentaba no prestarle la más mínima atención, pero le dolía todavía. Sentía como si alguien, al otro lado de la web, se regocijara en restregarle por las narices que ya no iba a ser madre de nuevo. Beatriz se preguntó qué páginas de internet debería ponerse a consultar para que aquella publicidad desapareciera, con páginas porno debería funcionar. Levantó la vista y miró hacia donde había estado Miguel la última vez que lo vio, pero allí ya no estaba. Lo buscó con la mirada, escaneando el espacio delante de ella como si fuera un radar. Miguel se había salido de la zona de juegos y estaba agachado al lado de un coche. Beatriz se acercó a decirle que volviera, que allí no se podía jugar.

—A mí, las del yoga, me regalaron hace unos años un libro llamado *Porno para mujeres* —dijo Alba a Felisa.

A Felisa le extrañaba que el grupo con el que Alba hacía yoga le regalara tal libro, pero no dijo nada.

—Era de fotos, con algún que otro comentario. Si lo encuentro te lo paso —dijo Alba con una sonrisita.

Felisa empezó a dudar de que Alba fuera en serio.

—¿Estaba bien?

—Sí —respondió Alba sonriendo cada vez más—. En una foto se veía a un buenorro con el torso desnudo incorporándose en la cama y diciendo: «El bebé llora, no te levantes que ya voy yo». En otra, había otro tapado con lo mínimo mientras pasaba el aspirador y decía: «Pareces cansada, cámbiate y ponte a descansar que ahora te preparo la cena».

—Ya veo por dónde vas...

—Mi preferida era la de uno poniéndose guantes para limpiar y diciendo: «Me gusta ponerme con estas cosas antes de que me lo digan».

Alba había conseguido que Felisa terminara riéndose, pero no que se relajara lo suficiente para no estar preocupada con la hora. Cuando Beatriz volvió con ellas dijo:

—Me tengo que ir que le he prometido a mi madre pasarme por su casa. Le está haciendo a Nuria el vestido para la boda de mi hermano y quiere probárselo. Y no puedo pasarme muy tarde porque, luego, vamos a cenar a casa de un primo de Juanmi que celebra su cumpleaños.

Cuando Felisa se fue, Alba comentó:

—Menuda agenda tiene siempre. No sé cómo te las arreglas para quedar con ella.

—Esta vez me llamó ella —contestó Beatriz pensando en si había sido una buena idea proponerle a Alba que se uniera. Le daba que Felisa tenía ganas de hablarle de la relación con su marido—. No parece que le vaya muy bien con Juanmi.

—Lo de la libido nos pasa a todas. Mi vecina dice que hay que irse de vez en cuando en pareja a algún sitio, aunque sea simplemente un fin de semana. Pero ya me dirás tú a quién cargo yo con los tres...

—No sé, me da la impresión de que no es solo el sexo. Es también la manera que tiene de hablar de Juanmi. Algún comentario que hace sobre él...

—¿Te ha dicho algo en particular?

—No, la verdad es que no recuerdo ningún comentario en concreto —dijo Beatriz buscando en su memoria algún ejemplo—. Es solo esa impresión de que ya no siente gran cosa por él.

—Y, sin embargo, habla de tener un segundo.

—Y ya ves con qué pocas ganas.

—¿Tú crees que se va a divorciar? Cuando hay un problema, Felisa siempre ha sido de esas a las que les gusta dejar la cosa resuelta y zanjada.

—La verdad es que no me extrañaría lo más mínimo, Felisa siempre ha tenido poca paciencia. Pero me daría pena por Nuria.

—No sé, cuando hay tensión entre los padres, los hijos lo notan y que sigan juntos tampoco es bueno para los críos.

Beatriz no estaba del todo convencida y durante un breve instante calló buscando las palabras.

—Hace unos meses fuimos a cenar a casa de una compañera de trabajo de Juan que había invitado a varios más de la empresa para celebrar no sé qué proyecto que habían terminado. Está divorciada y tiene una hija de siete u ocho años. Al poco de llegar nosotros, viene el padre a dejarla porque le

tocaba a la madre tenerla durante la semana y la cría se pone a llorar porque no quería que su padre se fuera.

—¿Y la madre cómo reaccionó?

—Pues yo no sé si es que la cría se ponía así cada vez que su padre la traía de vuelta y la madre estaba ya harta, pero le soltó un bufido.

—¿Cómo se puede ser tan insensible?

—Bueno, pues la tía sigue ocupándose de sus invitados y la cría se va a su habitación. Al rato voy al aseo y paso por delante de la puerta. La cría seguía llorando y había escrito «papá» en el suelo con unos bloques de madera de juguete.

—Pobre.

—Sí, la verdad es no sabes qué hacer ni qué decir, porque al fin y al cabo yo ni conocía a la madre, era la primera vez que iba a su casa. Pero ver a la pobre cría así, tan triste... A mí se me hizo un nudo en el estómago.

Anais y Luis se habían puesto a discutir y Beatriz y Alba fueron hacia ellos.

—Nos vamos a ir yendo —dijo Alba, sintiendo que Anais estaba cansada y que se iba a ir poniendo cada vez más latosa.

—Yo creo que nosotros también —contestó Beatriz recordando la última vez que se había quedado sola en el parque una vez que sus amigas se habían ido.

A la mañana siguiente, Beatriz llegó más tarde que de costumbre al trabajo. Había habido un problema en el metro y se había quedado parado bastante tiempo entre dos estaciones. No era la primera vez que pasaba, pero esta vez no había salido corriendo del metro, preocupada por llegar tarde, como si correr los últimos metros hasta su edificio le permitiera recuperar los casi veinte minutos perdidos por el retraso debido al tren. No, esta vez Beatriz salió parsimoniosa del vagón, subió las escaleras tranquilamente y se dirigió sin prisa hacia la puerta de su edificio. El paréntesis del fin de semana le había ayudado a poner un poco más de distancia entre ella y el estrés del trabajo. Además, después de lo que le había pasado el sábado, había decidido tomarse en serio los consejos de Juan. «¡Que le den!», le había soltado Juan perdiendo la paciencia la última vez que Beatriz se había quejado de Mariano. Tenía razón Juan, ella hacía de cualquier cosa una montaña. Debía pasar más de todo y ese día había decidido poner el consejo en práctica. Al entrar en el edificio vio la hora en el reloj de encima de los ascensores y se imaginó la miradita que Sara le dedicaría por llegar tarde. «Me da igual», se dijo Beatriz

por tercera vez esa mañana. Como estrategia era simple, y encima estaba funcionando. En el reflejo del espejo del ascensor vio que su camisa tenía una mancha. «Me da igual», repitió mentalmente. Salió del ascensor con la cabeza alta y paso decidido, en vez de cabizbaja y arrastrando los pies como de costumbre. Encendió el ordenador y consultó los *e-mails* nuevos. Un pinchazo en el estómago le anunció que la estrategia podía no funcionar durante muchas horas seguidas. Aun así, no perdió el ánimo y se puso manos a la obra.

A media mañana tenía una reunión con Mariano. No habían conseguido convencer a Bonirsa para que dejara a Ginesa por ellos, pero Mariano no parecía querer tirar la toalla.

—Lo de Bonirsa era previsible —dijo Mariano.

Beatriz levantó la vista del cuaderno de notas que llevaba consigo. Le sorprendía que Mariano reconociera tan abiertamente que desde un principio pensaba que el esfuerzo invertido no iba a servir para nada.

—Pero el trabajo no está perdido. Todo lo que preparamos nos va a ser útil para ir a buscar otros clientes. Esta es la lista que he preparado —le dijo Mariano mientras deslizaba por la mesa hacia ella una hoja.

La lista contenía ocho empresas. Beatriz conocía de nombre a algunas de ellas.

—Celia ya ha dado su visto bueno a estos ocho —continuó Mariano—. Quiere que nos empleemos a fondo. La cuenta de resultados de la empresa pasa por tiempos difíciles y tenemos, a toda costa, que conseguir más clientes.

—No tan difíciles como para subirle el sueldo a Alfonso sustancialmente. A él y a otros quince.

No se lo podía creer. ¿Había dicho eso ella? En todo caso, no lo había pensado, le había salido solo. Mariano parecía también sorprendido, aunque Beatriz no supo determinar si era por el tono o porque no se esperaba que Beatriz conociera tal información.

—Sabes que yo hice todo lo que estaba en mi mano para que te dieran el aumento. Le estuve dando a Celia argumentos en tu favor hasta el día de antes de la reunión con el comité de remuneraciones.

La cara de Beatriz le decía que no se lo estaba creyendo y que esperaba una excusa más convincente.

—Ya sabes que la reunión es a puerta cerrada y que yo no participo —continuó Mariano—. Pero, por lo que he oído, Celia fue bastante más vehemente defendiendo el caso de Alfonso que el tuyo.

Beatriz arqueó ligeramente las cejas pero no dijo nada.

—No sé, lo mismo tendrías que hablar tú con ella para ver qué es lo que espera de ti, porque sin el apoyo de Celia, ni este año, ni el próximo.

Beatriz había abierto los ojos como platos pero seguía callada. Mariano empezó a sentirse incómodo y buscaba a toda velocidad qué más decir. Aunque creía haber convencido a Beatriz de que la culpa no era de él y eso era lo importante.

—Me pongo con el primero —dijo Beatriz cogiendo la lista y dirigiéndose hacia la puerta para salir.

No se molestó en dejar tras ella la puerta del despacho de Mariano cerrada. Pasó por su mesa, dejó la lista y se fue a los aseos. El pinchazo que había sentido aquella mañana se le había desplazado al otro costado, atravesándola de par en par como un haraquiri. Dentro, abrió la puerta del último retrete, bajó la tapa del váter y se sentó. ¿Por qué Celia le tenía tal manía? ¿No hacía ella siempre lo que pedía? ¿Qué había hecho ella para que la detestara de aquella manera? Beatriz sintió la necesidad imperiosa de perderse en el abrazo de Juan, apoyar la cabeza en su pecho y dar rienda suelta a sus ganas de llorar. Esa vez no iba a luchar por contener las ganas, aunque alguien entrara en los aseos, aunque alguien diera golpecitos a la puerta del retrete para comprobar si estaba ocupado. Se iba a quedar allí, sentada, el tiempo que hiciera falta para calmarse. No saldría hasta domar su pena, esa pena desbocada que le aplastaba el pecho hasta cortarle la respiración. Se quedaría allí y lloraría. Cerró los ojos y vio su imagen. La imagen de cómo era ella antes de que toda esa pesadilla en la que se veía atrapada comenzara. Tenía buena cara, descansada. Las arrugas y las canas habían desaparecido. No así las dudas. «Puedes llorar», le dijo a su imagen. Abrió los ojos pero los notó secos. No podía llorar. Ya había llorado hasta agotar toda su reserva de tristeza. Había sido por la niña, esa niña que nunca ya tendría. La había llorado noche tras noche, pidiéndole disculpas por no haberse ocupado mejor de ella. Se había dejado llevar por la inercia, por ese sentido de la responsabilidad que le había hecho deformar su vida hasta ajustarla al trabajo. Al trabajo y a sus promesas zalameras, a las migajas de reconocimiento que dejaban a su ansia por sentirse valorada con la miel en los labios. Cruzó los brazos sobre el vientre como si intentara cerrar el hueco por el que se le podían escapar las entrañas. Abrazando el nido vacío de su niña que ya no sería. Ni siquiera ese sacrificio había valido la pena, porque era el trabajo el que la había matado mientras la distraía hipócritamente con promesas que nadie tenía la intención de cumplir. Cerró de nuevo los ojos y

vio a Celia. Sintió de pronto rabia por haberse dejado tomar el pelo de aquella manera. Una rabia violenta que fue creciendo como olas azuzadas por la tormenta. Y así, hasta que el odio anegó su alma.

CELESTE

Beatriz encendió el ordenador y se puso a mirar por la ventana. Se había propuesto pasar de los *e-mails* «urgentes». Se lo debía a Juan. No podía seguir así, hecha un trapo, llorando a la mínima. Además, a Juan empezaba a agotársele la paciencia. Y, sobre todo, tenía razón, era ella la que tenía que retomar el control de la situación. No podía continuar esperando que las cosas se arreglaran solas.

Dispuesta a ignorar su buzón de entrada, Beatriz se puso a ordenar los cajones de su escritorio. Tenía la costumbre de guardarlo todo y el cajón estaba a reventar. Empezó a tirar papeles a la papelera. Muchos hacía incluso años que ya no le servían de nada. La publicidad de un gimnasio de la zona al que nunca encontró tiempo de ir. Cupones de descuento caducados. Tarjetas de visita de gente con la que ya no tenía contacto... De pronto un vacío intenso se hizo en ella. Con mano temblorosa cogió un trozo de papel. Era el papel que le había dado Blanca con las indicaciones sobre cuánta progesterona tomar y cuándo. Cómo había podido dejar que la «hijaputa» de Celia le destrozara la vida de aquella manera. Sin querer miró a la pantalla del ordenador. Una larga lista de *e-mails* sin leer aparecía delante de ella. Muchos de Mariano, algunos enviados como «importantes».

Beatriz se dijo que tenía que despegar la mirada de la pantalla. Se había prometido mantener la calma. «Poner distancia» lo había llamado Juan. Otras mañanas Juan se empeñaba en machacarla, antes de salir de casa, con lo que tenía que hacer en el trabajo para que la situación no siguiera consumiéndola de esa manera. Esa mañana Juan se había callado. Su mirada también había cambiado. Ya no era una de sus miradas autoritarias de «mírame, que te estoy hablando y esto es importante» con las que últimamente mostraba que su paciencia estaba llegando al límite. Meses atrás, sin embargo, no había sido así. Juan la miraba con cariño mientras la escuchaba e intentaba consolarla. Más tarde, Juan también le había dado ánimos, consejos. Solo recientemente, había empezado a sermonearla, con esa mirada seria que Beatriz no le había visto poner ni cuando Miguel y Luis habían hecho una trastada de las gordas. Juan quería que Beatriz reaccionara. Le decía, le pedía, que luchara para salir

de aquella situación. De un tiempo a esta parte estaba claro que empezaba a estar harto. Era cada vez más evidente. Juan soltaba un resoplido, miraba al techo mostrando su hartazgo y terminaba dándole la espalda para evitar el dichoso tema. La mirada de esa mañana había sido diferente. Era una mirada de haber tirado la toalla. Una mirada de desesperación, una mirada de «a ver en qué condiciones vuelves esta noche a casa».

Beatriz se irguió en la silla decidida. Lo tenía que intentar. Lo tenía que hacer por Juan y sus hijos. No podía seguir así. Lo primero era calmarse. Despegar los ojos del dichoso ordenador y calmarse. Sí, pensar en otra cosa y calmarse. No le dio tiempo. Otro *e-mail* llegó en ese momento. No necesitaba abrirlo para saber de qué se trataba. Tenía que haber terminado una cosa el día anterior y la secretaria de Mariano se lo recordaba. «Vete a la reunión con los de estrategia sobre el proyecto piloto y me tienes al corriente», le había dicho Mariano la tarde anterior. Beatriz había protestado, le había recordado que tenía que terminar para ese mismo día lo de las estadísticas del mes anterior. Pero Mariano, una vez más, no había dejado que se escabullera. «Si lo terminas mañana, no pasa nada», le había dicho, aquello era más importante. «Prepara luego un resumen de lo que dicen en la reunión para que se lo mande a Celia», le había pedido Mariano mientras su cuerpo, girándose en dirección a su despacho, ponía punto final a la discusión.

Así que Beatriz había ido a la reunión para tomar notas y, como pronto pudo constatar, para aguantar los reproches de los otros participantes. No había podido decir gran cosa del documento que habían enviado con la convocatoria de la reunión y sobre el que se había pedido comentarios. Ella, hasta que lo habían mencionado, ni siquiera sabía que existiera. «Si se envía un documento pidiendo *feedback*, lo mínimo es que se lea antes de la reunión», le había echado en cara Julio. Aunque lo más incómodo había sido sentirse mal recibida porque al que esperaban era a Mariano. Ella no les servía de mucho ya que lo que necesitaban era que Mariano estuviera presente para así poder tomar decisiones y hacer avanzar, de una vez por todas, el proyecto.

Después de haber perdido toda una tarde con eso, se decía Beatriz irritada, le venía la secretaria de Mariano con que enviara las estadísticas. Lo peor es que Beatriz sabía que no era Sara la que había tenido la iniciativa de recordárselo. No, Sara para eso siempre esperaba instrucciones. Había debido de ser Mariano el que le había pedido a Sara que enviara aquel recordatorio sobre las dichas estadísticas. A lo mejor incluso le había dicho que pusiera en copia a Celia para que viera de quién era la culpa de que las cifras del

informe para el Comité de Dirección no estuvieran todavía listas. Beatriz no se atrevió a abrir aquel *e-mail* para comprobar quién lo había recibido además de ella.

Tenía que despegar la vista de aquella pantalla. Lo sabía, pero la rabia se había instalado y la tenía bien cogida. Beatriz la sintió colgada del cuello y pateándole sin contemplaciones el corazón, que latía dolido tan fuerte que parecía que se le iba a salir del pecho. Pensó de nuevo en Juan. Lo tenía que librar del peso inerte en que ella se había convertido, de alguien incapaz de ocuparse de sí misma, incapaz ni siquiera de tomar decisiones tan simples como qué ropa ponerse por la mañana. Encima lo olvidaba todo y solo quería que la dejaran tranquila, atrincherada en su cama entre sábanas impregnadas de olor a lágrimas. Le estaba amargando la vida. ¿Y sus hijos? No se merecían tener que aguantar a alguien, unas veces, de mal humor, otras, deprimida, y siempre, sin fuerzas para hacer lo que se espera de una madre. Su tristeza se les estaba contagiando y tenía que poner fin a aquello antes de que la tristeza los ahogara a ellos.

Entonces llegó la oportunidad que tanto había estado esperando. O más que esperando, soñando. Soñar con ello le había permitido descargar la rabia y sentirse un poco mejor. ¡Se había proyectado tantas veces en la cabeza la situación! Una y otra vez, a cámara lenta. Distintas versiones de su venganza a Celia. Con gritos o humillación incluida. Y ahora, por fin, ahí estaba en su buzón de entrada una invitación para una reunión «arriba».

Tenía que actuar rápido. La reunión era apenas diez minutos más tarde. Se abalanzó hacia el pasillo, pero al llegar a él se paró, respiró hondo e intentó aparentar toda la calma posible. Obligándose a no salir corriendo, avanzó en dirección del despacho de Mariano y se acercó a la mesa de Sara.

—¿Está Mariano? —preguntó Beatriz señalando con la cabeza la puerta cerrada del despacho.

—Está con Celia —contestó Sara sin prestarle mucha atención a Beatriz.

—¿Sabes si ha visto el *e-mail* de Julio?

Los *e-mails* del jefe del Departamento de Estrategia siempre ponían de mal humor a Mariano. Esa misma mañana, uno de los últimos *e-mails* que Beatriz había recibido venía de él. Beatriz no lo había abierto, pero seguramente estaría dirigido a Mariano, con la mitad de la empresa en copia, tal como acostumbraba Julio cada vez que explotaba. Y, después de terminar prácticamente echando humo por las orejas tras la reunión de la víspera, el tono que habría utilizado no debía de ser el más diplomático.

—¿Qué *e-mail*? —preguntó Sara molestándose finalmente en mirar a Beatriz.

—El de hace un rato. ¿No te ha puesto en copia? Parece inofensivo, pero me huelo que hay algo gordo detrás.

—Ya lo veo —dijo Sara mirando su pantalla—. ¡Qué pesado es este hombre! Cuando vuelva Mariano se lo digo.

—Si eso, ahora se lo digo yo, que lo veré después de su reunión con Celia —dejó caer con toda la naturalidad que pudo Beatriz.

Beatriz se dirigió a los ascensores. Era muy difícil que saliera como ella esperaba. Aunque, conociendo a Sara, sabía que esta intentaría por todos los medios decírselo ella misma a Mariano. Sara creía tener un olfato especial para ver lo que le haría ganar puntos con su jefe. Y puntos, ella quería marcar un máximo. Al fin y al cabo, con un título de filología, ella tenía derecho a un puesto mejor y, en todo caso, más interesante que pasarse el día respondiéndole a otra persona el teléfono. El puesto de Beatriz, por ejemplo. ¿No podría ella hacerlo igual de bien? Cuando Beatriz desapareció de su vista abrió el *e-mail*. Julio había enviado de nuevo un *e-mail* kilométrico. Sara dudó si imprimirlo para leerlo mejor, pero no quería que Beatriz se le adelantara. Si había un problema, y con Julio no sería raro que lo hubiera, quería ser ella la primera en decírselo a Mariano. Julio se quejaba en el *e-mail* de que Mariano no hubiese participado en la reunión del día anterior y párrafo tras párrafo explicaba las consecuencias que los retrasos acumulados estaban provocando en los resultados. No parecía muy distinto de otros *e-mails* anteriores de Julio, pero quizás Beatriz tuviera razón. Sara cogió el teléfono para llamar a la secretaria de Celia.

—Hola, Marta. ¿Me puedes avisar cuando Mariano salga de la reunión con Celia? Le tengo que decir algo urgente.

—Acaban de salir los dos del despacho. No hace ni dos minutos.

—¿Volvía Mariano para aquí?

—No, iban hacia los ascensores. Supongo que irían simplemente a la cafetería. No creo que Mariano tarde mucho en volver.

Sara consiguió retener un «mierda» entre los dientes y se forzó a decirle «gracias» a Marta. Imprimió el *e-mail* y salió hacia los ascensores en dirección a la cafetería.

Mientras tanto Beatriz había llegado a la azotea. Era la primera en llegar pero sabía que no tenía mucho tiempo por delante. Se acercó a la barandilla. Había pasado ya un tiempo desde que se había apoyado en ella la última vez y

lo mismo alguien había apretado las tuercas para fijarla de nuevo sólidamente. Beatriz puso la mano en la barandilla con la solemnidad de quien sabe que la suerte está echada. No, no parecía que alguien hubiera reparado en que aquellas tuercas necesitaban media vuelta más. Al empujar la barandilla hacia fuera cedía sin problemas. Pero no lo suficiente, se dijo. Beatriz miró nerviosamente hacia la puerta. Podrían acceder a la azotea en cualquier momento. Además, no sabía si funcionaría. Sacó un pañuelo de papel medio usado del bolsillo y cogió con los dedos la tuerca del lateral derecho. La tuerca giró, pero no tan fácilmente como ella esperaba. Debería haber previsto una llave inglesa, una discreta que se pudiera ocultar debajo de una chaqueta. ¿Por qué no había pensado en ello? La podía haber dejado en el cajón de su despacho esperando que la ocasión se presentara. Nadie iba a abrirle el cajón y, con tanto trasto que tenía dentro, hasta una llave inglesa hubiera pasado desapercibida. Con una llave inglesa en el cajón, podía incluso haber subido otro día a aflojar las fijaciones, en vez de tenerlo que hacer ahora, cuando era más fácil que la sorprendieran en plena faena.

Le pareció oír un ruido y la mano se le quedó congelada, a medio camino en el aire, con el pañuelo ondeando como una bandera. Prestó atención, pero no distinguió ningún sonido más allá del de las hélices de aeración que giraban con un ritmo aprendido de memoria. Pensó en si escuchar aquel ruido no habría sido una mala pasada de su miedo. El corazón le latía tan acelerado que sus venas no parecían llevar bien la situación. Una se puso a darle latigazos a la altura de la sien. Las manos empezaron a sudarle y a temblarle tanto que el pañuelo se le cayó al suelo. Quiso cogerlo. Tenía que aflojar la tuerca un poco más y luego intentarlo con la del otro lado. Sin embargo, el pañuelo saltó en el aire hacia la puerta empujado por el viento. Beatriz dio un paso en su dirección, pero el viento fue de nuevo más rápido que ella y se lo llevó más lejos todavía. De espalda a la balaustrada, se metió la mano en el bolsillo buscando cualquier otra cosa. Con lo que le sudaban las manos no podía coger la tuerca directamente, se le resbalaría de los dedos. Una esquina de su camisa, pensó, pero no le dio tiempo para más. En ese momento se oyeron voces al otro lado de la puerta y Beatriz se quedó allí clavada, sin atreverse a volverse para ver cómo se había quedado la tuerca que había aflojado. La puerta se abrió con un chirrido desagradable y Celia apareció. Llevaba ya un cigarrillo en una mano y el mechero en la otra.

Beatriz volvió a imaginarse la escena que se había repetido tantas veces mentalmente. En una de sus variantes, Beatriz se veía a sí misma dirigirse

hacia la barandilla y echarse con todas sus fuerzas hacia atrás. La barandilla cedía y la imagen de perplejidad de Celia y Mariano le acompañaba en la caída. Otras veces, sobre todo en los momentos de más rabia, se veía girarse hacia ellos, antes de lanzarse al vacío, y hacerles una peineta. En las versiones más negras, la película mental continuaba con imágenes de su entierro, en el que compañeros apenados tomaban la palabra y le echaban abiertamente la culpa a Celia por la presión a la que la tenía sometida.

Ajena a tales pensamientos, Celia avanzó hacia donde se encontraba Beatriz, rebasándola sin apenas saludar, y se detuvo cerca de la barandilla. Miró hacia abajo sin interés alguno en lo que había en la calle, dio una bocanada y se giró hacia Beatriz y Mariano dándole la espalda a la calle. Parecía estar enfadada. En apenas dos bocanadas ya se había fumado casi todo el cigarrillo. Mariano tampoco tenía la actitud jocosa de otras veces. Beatriz intentó calmarse. No sabía cómo iba a terminar aquello. O quizás sí. Terminaría como en tantas otras ocasiones, Beatriz sufriendo una lluvia de reproches, Mariano sin mediar palabra y Celia dando por terminado el encuentro al acabar el cigarrillo. Beatriz volvería a su despacho, un poco más deprimida aún, para afrontar de nuevo ese monstruo en el que se había convertido su ordenador.

En ese momento sonó el móvil de Mariano. Celia lo miró con fastidio, pero Mariano pareció encontrar en el móvil la excusa perfecta para alejarse de Celia y de su mal humor.

—¿Sara? ¿Qué? Espera, que no te oigo bien.

Mariano se volvió hacia la puerta donde esperaba estar un poco más protegido del viento y del ruido de los ventiladores del edificio. Mientras tanto, Celia había empezado a exponerle a Beatriz la razón de su cabreo. Beatriz dio un paso hacia ella como para escucharla mejor. Celia, sin embargo, no era de esas personas a las que les gustan las distancias cortas. Quizás era porque en esas distancias es difícil imponer respeto. Es más difícil mirar con condescendencia a alguien que se tiene demasiado cerca. O quizás era simplemente porque Celia no estaba muy acostumbrada al más mínimo contacto personal. Fuera como fuese, Celia, inconscientemente, dio un pequeño paso hacia atrás para recuperar su distancia de seguridad.

—¿Un *e-mail* de quién? —preguntó Mariano casi a gritos, tapándose con la mano la otra oreja y alejándose cada vez más.

Beatriz miraba a Celia atentamente pero no escuchaba lo que decía. Oía el viento, los ventiladores, los gritos de Mariano y el pito de algún que otro

coche allí abajo en la calle, pero no a Celia. La miraba fijamente y seguía acercándose levemente a ella. Celia seguía retrocediendo, sin darse cuenta, hasta que de pronto se vio arrinconada contra la barandilla. Le extrañó verse allí. Ella no era de las que cedía espacio a los demás, pero la cercanía de Beatriz, que ponía cara de que no la oía bien, le resultaba incómoda. Para contrarrestar esa sensación de espacio invadido, Celia fue a apoyar una mano en la barandilla mientras echaba ligeramente el cuerpo hacia atrás alejándolo del de Beatriz. La barandilla cedió, Celia perdió el equilibrio y se cayó hacia atrás. El lateral derecho de la barandilla se había desprendido. El izquierdo, sin embargo, todavía aguantaba. Celia se había quedado agarrada con las dos manos a aquel trozo de metal que ondeaba, poniendo a prueba la resistencia de las fijaciones que lo mantenían todavía unido al resto de la barandilla. Los pies de Celia jugaban con el vacío. Y ella, consciente de que, debido a su peso, el resto de la barandilla estaba a punto de desprenderse, soltó un alarido pidiendo ayuda. Beatriz se echó al suelo y le tendió su brazo izquierdo. Celia se agarró a él, primero solo con una mano, como sopesando qué sería más seguro, si la barandilla que chirriaba al balancearse su cuerpo o el brazo de Beatriz. Un nuevo crujido de la barandilla debió de convencerla y soltó la otra mano para aferrarse a Beatriz. Mariano había dejado caer su móvil y llegaba, presa de un auténtico pánico, corriendo hacia ellas. Mientras tanto Beatriz, por el peso, había terminado acostada con el vientre en el suelo y buscaba con el brazo derecho dónde poder sujetar a Celia.

—Llama para pedir ayuda —le gritó Beatriz a Mariano.

Mariano dudó un instante qué sería mejor, si hacer lo que Beatriz decía o ayudarla. Pareció decantarse por lo segundo. Se acercó hasta donde ella estaba, alargando también él el brazo para intentar llegar hasta Celia, pero lo que quedaba de barandilla le impedía acercarse lo suficiente. Necesitaban una cuerda o algo que sirviera de gancho. Pero no había nada así en la azotea. Quizás en esa especie de trastero que se veía a la derecha del ventilador, pero estaría cerrado con llave. Mariano corrió a recoger su móvil del suelo, pero no atinaba a marcar. En ese momento el móvil sonó. Era Sara de nuevo.

—Mariano, parece que se ha cortado —le dijo Sara nada más descolgar.

—Sara, necesitamos ayuda. En la azotea. Rápido —se le oyó gritar histérico.

Mientras tanto, Beatriz había conseguido coger a Celia con los dos brazos. La espalda empezó a dolerle por el peso de Celia y el reborde áspero de la azotea se le estaba clavando en el pecho. La tenía sujeta firmemente por los

antebrazos. Celia también se aferraba como podía, pero el pánico le había agarrotado todos los músculos. Abajo, en la calle, todo parecía seguir su curso habitual. Los coches avanzaban o se paraban conforme el semáforo estuviera verde o rojo. La gente caminaba por la acera, unos paseando, otros con prisa. Nadie había levantado la vista y seguían ajenos a la tragedia que tenía lugar unos metros más arriba.

—En la azotea —volvió a gritar Mariano.

Beatriz escuchó los pies de Mariano arrastrarse por el chinarro de nuevo en dirección hacia ellas. Si Beatriz conseguía mover su cuerpo un poco hacia la derecha, Mariano podría tener suficiente sitio para acostarse también y, así, agarrar a Celia, por lo menos con un brazo. Beatriz tenía a Celia bien sujeta pero con Mariano también tirando podrían izarla sin tener que esperar a que llegara la ayuda. Beatriz miró a Celia a los ojos y el miedo que vio en ellos le alegró. Vio en aquellos ojos la misma desesperación en la que ella se había ido hundiendo desde hacía meses. Beatriz vio la tristeza, la impotencia, el estrés, el sufrimiento que como piedras atadas a sus pies tiraban de ella hacia el fondo. Un fondo negro del que seguramente no habría salida. Cerró los ojos y se vio atrapada en aquella oscuridad. No, no la había, ahora estaba segura de que allí abajo no había ninguna escapatoria. Lo único que Beatriz podía hacer para dejar atrás aquella espesa negrura era impulsarse con fuerza hacia la superficie, pero para eso tenía que cortar todas las cuerdas, dejar caer todo el lastre. Solo tenía un intento, lo sabía, no podía desperdiciarlo, su vida dependía de ello.

Decidida, abrió los ojos y vio de nuevo los ojos de Celia, su boca entreabierta. Esta vez no salían de ella las palabras de desprecio, los reproches, las críticas que tantas veces le había oído. Beatriz recordó su odio, ese fiel compañero de viaje de los últimos tiempos, y se dio cuenta de que no podía hacerlo, no así. Así, no conseguiría volver a la superficie, su odio se lo impediría. Entonces recordó un relato de Edgar Allan Poe que había leído en el instituto. Más que un relato, parecía un tratado sobre la venganza. De qué servía vengarse de alguien si la persona no era consciente de ello, parecía ser la conclusión. Volvió a ver cómo aquel personaje de Poe observaba cómo iba siendo emparedado, primero atónito, luego consciente de que aquello era un castigo. Supo entonces lo que tenía que hacer. No quedaba mucho tiempo. Mariano estaba ya a apenas unos metros. Beatriz arqueó la comisura de los labios, insegura de cómo conseguir que su boca reprodujera el gesto de desprecio que tantas veces le había dedicado Celia a ella. Pero no fue

necesario. Celia lo había entendido, lo había leído en los ojos de Beatriz. Entonces Beatriz cerró los ojos y soltó a Celia. Las manos de Celia se resbalaron rápidamente hacia abajo, intentando sin conseguirlo agarrarse a las muñecas de Beatriz. Cuando Mariano llegó al borde, Celia caía al vacío con la mirada clavada en él. Beatriz seguía con los ojos cerrados, pero de ellos salían lágrimas. Algunas de dolor, otras de alivio, otras porque sabía que ya nada volvería a ser igual.

UNA SEMANA ANTES

Mariano estaba sentado de espaldas a la puerta. Celia había salido para decirle algo a su secretaria. Mariano no llevaba mucho esperando, pero sus dedos empezaron a tamborilear en la mesa de reunión de Celia. Apenas se dio cuenta, cogió un bolígrafo para entretener sus dedos. A Celia no le gustaban los golpecitos en la mesa. Tampoco aguantaba cuando alguien movía la pierna o el pie. Aunque el movimiento quedara oculto debajo de la mesa, Celia debía sentir las vibraciones porque entonces dejaba de hablar y se quedaba mirando fijamente a la persona. Mariano se preguntaba si era porque tales tics la desconcentraban o si consideraba esa muestra de impaciencia como una falta de respeto.

El despacho de Celia era amplio y Mariano se preguntó si se lo darían una vez que él ocupara el puesto de Celia. Lo mismo aprovechaban para repensar la distribución de despachos. Llevaban meses diciendo que los despachos cerrados irían desapareciendo. Los espacios abiertos fomentaban la comunicación y la colaboración, alegaban. Mariano sospechaba que era una cuestión de costes. El precio por metro cuadrado en la zona había subido como la espuma y había terminado por afectar al precio de alquiler de las oficinas. Se rumoreaba que el objetivo era concentrar a todo el mundo en cuatro plantas y así liberar todo un piso. Por el momento, la resistencia a tal cambio había sido feroz, incluso de la gente que, como él, seguramente conservaría un despacho cerrado. Los planes estaban, por lo tanto, en suspenso. Los del sindicato habían propuesto trasladarse a los cinco primeros pisos del edificio, que eran más baratos e iban a quedarse pronto libres. Pero estaba claro que ocupar los últimos pisos del edificio daba más prestigio a la empresa.

Mariano barrió con la vista la oficina de Celia. Él la reorganizaría de manera diferente. Para empezar, eliminaría un armario. No estaba seguro de que todo lo que contenían los armarios fuera de utilidad y, si lo era, seguro que se le podía encontrar sitio en los del pasillo. El Klimt y el Kandinsky desaparecerían rápidamente. Mariano prefería tener originales a reproducciones y, sobre todo, algo con menos colorines, quizás un sobrio

Párraga. Pondría también la mesa de despacho en el sitio de la de reunión, y a la inversa. Así, al entrar, la gente lo vería a él directamente en vez de encontrarse con la mesa de reunión. Es verdad que aquella mesa enorme de madera maciza le daba solemnidad al lugar, pero Mariano se imaginaba que Celia se la llevaría consigo a su nuevo despacho. Celia no había tardado mucho en hacerse con el puesto de consejero delegado que tanto anhelaba. Tendría mal carácter, pero era hábil y astuta. Además, tenía claro lo que quería y no escatimaba esfuerzos en conseguirlo. Ni los suyos, ni los de los que estaban por debajo de ella, quisieran o no. A Mariano casi le había costado su matrimonio. Su mujer le decía que parecía estar casado con Celia. Le echaba en cara las largas horas de trabajo en la oficina y en casa. Tenía razón, no podían hacer gran cosa los fines de semana. Pero antes que ir a comer a casa de sus suegros, Mariano casi prefería quedarse en casa trabajando. Miró hacia el sillón de despacho de Celia y se imaginó sentado en él. Don Mariano, el director financiero, se repitió mentalmente, y su pecho se llenó de orgullo.

Al final, tanto trabajo había dado sus frutos. Celia podía ser tiránica, pero Mariano debía reconocer que era justa recompensando a sus «fieles». Todavía no se habían anunciado los cambios en la cúpula directiva. Mariano sospechaba que Celia quería dejar bien atados todos los cambios de puesto antes de que se diera a conocer su ascenso. Quería tener a gente de confianza en los puestos clave. Estaba claro que Mariano era uno y le había parecido lo más natural que el puesto que dejaba Celia fuera para él. La continuidad era un valor importante en la empresa y seguramente Celia estaba teniendo más dificultades negociando cambios en otras direcciones de la empresa con las que había habido enfrentamientos en el pasado. Pero de eso seguramente Celia no le hablaría. El objetivo de esa reunión improvisada sería sobre qué cambios habría en su propia dirección.

Mariano se preguntaba si Celia le dejaría influir en la decisión de quién lo sustituiría. Tenía sus dudas. Su secretaria había bloqueado para la reunión tan solo un cuarto de hora y ya habían pasado más de cinco minutos. Celia habría tomado una decisión y la reunión sería simplemente informativa. Mariano se removió en la silla, incómodo. Tenía derecho a elegir el equipo de gente que trabajaría más directamente para él. Había bastante trabajo y no podía permitirse el lujo de perder el tiempo con alguien que no entendiera su manera de trabajar y de organizar las cosas.

Celia volvió y se sentó enfrente de él. Sonreía. Pocas veces Mariano la había visto contenta. Hasta ese momento, la mayoría de las sonrisas que le

había visto eran burlonas o irónicas. La más franca había sido cuando Celia se había enterado de que el proyecto que Serrano había querido imponer en la empresa había fracasado estrepitosamente. Ahora que Serrano iba a estar por debajo de Celia, no solo sus proyectos, sino también él mismo, tenían los días contados. También la había visto contenta, o más que contenta, satisfecha, alguna vez que había conseguido un nuevo cliente medianamente grande, pero no ocurría a menudo. Sin embargo, desde que Celia había conseguido llegar a lo alto de la empresa se la veía cambiada.

—Por fin hay fecha para anunciar los cambios. El viernes de la semana que viene.

—Pensaba que la junta se iba a reunir de urgencia —comentó un tanto decepcionado Mariano, que no pensaba que tendría que esperar todavía diez días más para que se anunciara su ascenso.

—No han encontrado otra fecha para reunirse antes. Además, para tales anuncios, siempre es mejor justo antes del fin de semana. Así da tiempo a algunos a que se les bajen los humos antes de volver al trabajo al lunes siguiente.

Mariano asintió con la cabeza dando pie a que Celia continuara. No era para eso para lo que le había llamado. La fecha se la podría haber comunicado por *e-mail* o por teléfono.

—Gutiérrez ocupará el puesto de Serrano y se reducirá un diez por ciento los efectivos de la Dirección de Operaciones...

Mariano se preguntó qué era lo que harían con Serrano. No lo podían echar a la calle porque llevaba más de veinte años en la empresa y costaría caro indemnizarle. Quizás esperaban que él se fuera indignado dando un portazo. Ya podían soñar, Serrano no era tan estúpido.

—... también habrá algún que otro cambio en los mandos intermedios en otras dos direcciones, pero inofensivos. La idea es que tu puesto lo asuma Beatriz. ¿Qué opinas?

Mariano se tomó unos instantes para contestar. La pregunta era puramente retórica, Celia no esperaba su opinión sino su aceptación. Años atrás, cuanto todavía no conocía bien a Celia, había caído en la trampa y había dado su opinión sobre otro asunto. Rápidamente Celia le había hecho ver que su punto de vista no le interesaba. Ahora también la decisión estaba tomada, aunque Celia se lo hubiera presentado como una «idea» todavía en el aire. Mariano no estaba seguro de que fuera la mejor elección. Por un lado, se alegraba. Beatriz era bastante organizada y trabajaba bien. Con ella, no tendría que preocuparse,

Beatriz haría lo que se le dijera sin cuestionar las instrucciones. El problema era más bien si conseguiría imponerse a su nuevo equipo. Beatriz rendía, pero sobre todo cuando trabajaba sola.

—Creo que tiene las cualidades necesarias —continuó Celia—. Es organizada y concienzuda, y además tiene ambición.

Mariano encajó el golpe. Sabía que no iba destinado a él, pero una vez más Celia dejaba entrever el desprecio que sentía por las mujeres, como la de Mariano, que decidían no trabajar. A Mariano le constaba que su mujer trabajaba incluso más que él, pero sabía que Celia consideraba un completo desperdicio que alguien con estudios universitarios se dedicara a su casa y a sus hijos.

Mariano supo en ese momento que Beatriz no era la persona indicada. La había visto desanimada a menudo cuando sus ideas eran rechazadas o cuando los borradores que había preparado le volvían llenos de comentarios y correcciones. Pero solía ser momentáneo; al día siguiente, Beatriz volvía a dar batalla con nuevos argumentos o motivada para invertir las horas que fueran necesarias para que la siguiente versión del borrador fuera excelente. Últimamente, sin embargo, Mariano tenía la impresión de que Beatriz había tirado la toalla. Ahora, cuando las cosas no salían como ella quería, parecía más resignada que combativa. Mariano intuía que la presión a la que Celia la sometía tenía algo que ver con el reciente abatimiento de Beatriz. Celia era de las que creían que los sacrificios eran indispensables para ascender y, desde luego, no se lo iba a poner fácil a nadie, por mucho que le gustara esa persona. Y a Celia le gustaba Beatriz. Mariano lo había entendido desde un principio. Le gustó desde el momento en que vio su currículum y lo añadió a la lista de candidatos para una entrevista que había preparado Mariano. Le gustó durante la entrevista. «Tiene potencial», había dicho Celia cuando impuso su elección al resto de los entrevistadores, Mariano incluido. Y porque creía en ella, Celia le había hecho la vida difícil en la empresa. No quería que su preferencia por Beatriz fuera evidente. Pero Mariano sabía que no era simplemente por el deseo de parecer ecuánime de cara a la galería. Había en Celia algo de Pígalión, como si quisiera moldear una Beatriz perfecta a base de probar los límites de su talento y resistencia. A la vista de cómo se comportaba Beatriz de un tiempo a esta parte, Mariano se preguntaba si a Celia no se le había ido la mano.

—¿Quieres que se lo anuncie yo? —preguntó Mariano.

—No, ya se lo diré yo la semana que viene. Ahora quiero que se concentre

en el informe para el Comité de Dirección. Se lo diré la víspera de la reunión de la junta.